
HARLEQUIN
Bianca™
Los Drakos
TARA PAMMI
LA PRINCESA DESDEÑADA

Bianca™

LA PRINCESA DESDEÑADA

Tara Pammi



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La princesa desdeñada, n.º 156 - 13.9.19
Título original: The Drakon Baby Bargain
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-1328-342-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

UN beso…

Eleni Drakos estaba a la entrada del salón de baile de baldosas blancas y negras y miraba desde detrás de la máscara. Un beso de un hombre que la mirara con calidez y deseo en los ojos, un hombre que pudiera hacerle olvidar que ante ella solo se presentaba un abismo de soledad absoluta.

Quería un beso porque cumplía treinta años y estaba harta de su vida monótona, de fingir que no sentía una punzada de dolor cada vez que veía a su cuñada embarazada o que no anhelaba tener una familia propia. Había vivido toda su vida según las reglas que había impuesto su padre, el rey Theos, y que habían garantizado que sus hermanos, Andreas y Nikandros, hubiesen conseguido todo lo que hubiesen necesitado.

Lo que no había previsto era que acabaría quedándose sola, como había estado durante todos esos años.

Entró sin rumbo en el inmenso salón de baile ovalado. Las lámparas con lágrimas de cristal iluminaban a los hombres y mujeres elegantemente vestidos y no era la única que escondía la cara detrás de una máscara. El baile de máscaras era una tradición que la Casa de Drakos celebraba todos los años, aunque, debido al empeoramiento de la salud mental de su padre, no se había celebrado durante los últimos cuatro años.

Sin embargo, como los sectores más tradicionalistas estaban de uñas por la prolongada ausencia de Andreas después del fallecimiento de su padre y como temían que la colaboración entre Nikandros y Gabriel Márquez fuera un peligro para la economía de Drakon, ella había propuesto que ese año volviera a celebrarse como una manera de apaciguarlos.

Había organizado el baile en tres semanas.

La satisfacción le corrió por las venas al observar a las mujeres con sus vestidos largos y a los hombres de esmoquin que bailaban un vals lento.

La máscara blanca y negra que se había comprado la semana anterior en un viaje a París entonaba especialmente bien con el pintalabios rojo oscuro y unos mechones le caían por las mejillas

desde el moño alto que se había hecho con su indomable pelo. El vestido de seda rojo y negro sin tirantes resaltaba su figura, como un reloj de arena, que no podía reducir ni con la dieta más estricta. Los tacones de diez centímetros disparaban su metro sesenta y favorecían a la estilizada pierna que podía verse entre la abertura del vestido que le llegaba hasta la cadera. Se había quedado pasmada cuando se miró al espejo de cuerpo entero con marco dorado. Siempre había sido normal y corriente en comparación con sus hermanos, los príncipes de Drakon, y la prensa solía recordárselo al llamarla la Princesa Anodina, pero, en ese momento, se había encontrado casi hasta hermosa.

Como habría dicho su padre, no estaba mal para la Casa de Drakos.

Siguió recorriendo el salón de baile y se maravilló por la grandiosidad del hotel. Había sido una mansión victoriana que estaba cayéndose a pedazos hasta que Márquez Holdings Inc. la había renovado en tres meses y la había convertido en un destino muy apetecido por los nuevos ricos que acudían a Drakon gracias al interés de Gabriel Márquez.

El implacable magnate inmobiliario estaba invitado en el palacio y llevaba tres meses en Drakon para supervisar sus inversiones. Casinos, complejos turísticos de lujo, estaciones de esquí, un circuito de categoría mundial… El mapa de Drakon estaba cambiando con la diestra orientación de su hermano Nik y el señor Márquez. La prensa lo llamaba un rey Midas de los tiempos modernos, pero ella no se habría creído la transformación del edificio si no lo hubiese visitado hacía casi un año.

Miró los exuberantes jardines mientras daba un sorbo de champán. El olor a rosas era muy intenso y se oyeron las doce campanadas de una iglesia antigua en la plaza principal de la ciudad. Fue un sorbo más largo de lo prudencial, notó la caricia de las burbujas en la garganta y suspiró. Fue un sonido que pareció brotarle de lo más profundo de su alma solitaria.

La noche volvía a presentársele vacía.

–¿Por qué suspira así…?

La voz grave y cavernosa hizo que sintiera un escalofrío por la espalda, que acompañó a la sensación burbujeante de la garganta. Se le aceleró el corazón y se dio la vuelta bien agarrada a la balaustrada de la terraza.

–No quería interrumpirlo…

–Quédese.

Se quedó clavada por esa orden. Ni su padre, un hombre mandón y difícil de complacer, había sido tan tajante.

–¿Perdón…?

–Quédese y hágame compañía –repitió el hombre sin inmutarse por el tono seco de ella.

El hombre, apoyado de espaldas en la pared, era inmenso, como el portero de un club nocturno. Todo él transmitía fuerza y, al revés, que el resto de los hombres del baile, no llevaba una máscara que le tapara la cara, solo se la tapaban las sombras.

Su pelo, negro como el azabache, le enmarcaba el rostro con unas ondas tupidas e indómitas. La elegante camisa blanca, con dos botones desabrochados, se ceñía a unos músculos fibrosos. Se estremeció solo de ver lo ancho que era y no pudo dejar de mirar su estatura. Tenía los pies cruzados uno por encima del otro y la tela de los pantalones estaba tensa por la poderosa musculatura de los muslos.

Tragó saliva por una sensación de presentimiento y él se separó de la pared. Le costó no quedarse boquiabierta.

Las facciones masculinas como cinceladas, la boca ancha con una crueldad sensual… Era Gabriel Márquez, el que había hecho que se le cayera la baba desde hacía meses, el hombre que le recordaba que era una mujer cada minuto que pasaba a su lado. Creía que el deseo y el anhelo le habían desaparecido con Spiros, pero todavía le ardían con brío por dentro.

Cada centímetro de su cuerpo transmitía esa falta de piedad que lo había hecho legendario en todas las salas de juntas de Europa. El corazón se le aceleró más mientras esperaba que la reconociera.

Sus ojos grises como la pizarra la miraron con detenimiento. Jamás le había dirigido la mirada siquiera durante los tres meses de reuniones interminables y de las innumerables peticiones que le había hecho, no había dado ni una sola muestra de que se hubiese fijado en que era una mujer.

Claro, en aquellos momentos era la princesa Eleni Drakos, quien tenía que facilitarle las cosas entre su empresa y el palacio. Sin embargo, en ese momento, era una desconocida enmascarada y algo brilló en sus ojos que hizo que cayera en la cuenta de lo fina que era la seda de su vestido y de que parecía como una segunda piel…

–Tanta lamentación y… –él hizo una pausa mientras la abrasaba con la mirada– y tanto anhelo de los labios de una mujer… Es como un reto para cualquier hombre.

–No era… anhelo –replicó ella al instante.

–Vamos, querida, ¿acaso los bailes de máscaras no buscan que desvelemos nuestros deseos más profundos mientras ocultamos nuestra apariencia exterior? –él le pasó un dedo por el borde inferior de la máscara–. Estás a salvo detrás de esa máscara.

Eleni le agarró la muñeca cuando el dedo llegó a rozar el labio superior. Si le tocaba la boca…

–¿Por qué no lleva una? –preguntó ella aunque le habría gustado no parecer tan ansiosa.

–Porque no tengo que ocultarme para expresar lo que quiero y tampoco tengo que ocultar quién soy para reafirmarme.

Todas sus palabras rezumaban arrogancia, pero ¿por qué no? No había ni una sola mujer en el palacio que no se hubiese quedado sin respiración al verlo.

–Parece muy seguro de su atractivo…

Él se encogió de hombros.

–Soy Gabriel Márquez, señora…

Ella se estrujó el cerebro para encontrar un nombre que no tuviera relación con la Casa de Drakos. Había tomado todas las medidas posibles para que esa noche no se supiera quién era. Incluso, había organizado el baile da tal manera que los empleados y su hermano Nikandros creyeran que seguía en París. Solo Mia sabía que estaba allí y no quería que ese hombre acabara averiguando quién era, sobre todo, cuando estaba mirándola con tal interés que se sentía mareada, como embriagada.

–¿No pensó en un nombre falso antes de venir al baile?

Ella captó el tono provocativo y lo miró. Sus ojos tenían un brillo burlón y Eleni notó que algo se le soltaba por dentro. Su descarada boca le sacó a la luz una vena que ni siquiera sabía que tenía.

–No necesitaba un nombre para conseguir lo que tenía pensado.

–Vaya, ahora hace que tenga más curiosidad. Aun así, me gustaría que tuviera un nombre para llamarla mientras averiguo qué tenía pensado para esta noche… y qué puedo hacer para que lo logre…

Eleni se quedó temblando por la oleada de excitación que la había arrasado por dentro. Sus ojos desvergonzados se clavaron un segundo más en sus labios. De repente, el corazón le dio un vuelco y se dio cuenta de que lo atraía, atraía al hombre que jamás se había molestado en mirarla.

–Cinderella –susurró Eleni después de pensarlo de unos segundos.

Había en sus ojos cierta calidez y fue una expresión tan poco habitual en su serio rostro que ella lo miró con avidez. Él era impresionante, pero su sonrisa hacía que se quedara sin respiración.

–¿Y esperas ocultarte de las malvadas hermanastras y de la madrastra, como Cenicienta?

Ella sonrió y se sintió como una adolescente que estaba coqueteando con el chico al que llevaba meses mirando de reojo. Se sintió desenfrenada, hermosa y deseada, como una de esas mujeres que se reían y coqueteaban con hombres, que sabían manejarse y

que sabían lo que valían, mujeres que pasarían esa noche en brazos de sus amantes.

Mujeres que no se habían pasado la vida esperando a un hombre que les había prometido el mundo, mujeres que habían tenido las agallas de perseguir lo que querían en vez de quedarse llorando a un hombre que había desaparecido de su vida hacía años.

No se le había ocurrido que Gabriel Márquez fuese a conquistarla, pero ¿no era eso lo que deseaba en sus sueños más desatados? Entonces, ¿por qué no iba a aceptar lo que había ido a buscar? ¿Por qué no iba a vivir el momento? ¿Por qué no iba a creerse la fantasía de que era hermosa, deseable y segura de sí misma y de que ese fuego que veía en los ojos de él lo provocaba ella?

–Acertaste a la primera –contestó ella lanzándose de cabeza.

Él frunció ligeramente las cejas y apoyó las manos en la balaustrada con ella en medio.

–Me suenas de algo, Cinderella.

Eleni se quedó rígida e hizo un esfuerzo para no inmutarse. ¿Sería por cómo había dicho su nombre o era porque su disfraz no la ocultaba lo suficiente?

La frivolidad se esfumó de los ojos de él, que se quedaron fríos y duros como una piedra.

–¿Has venido al baile buscándome a mí, Cinderella?

–Piensas mucho en ti mismo, ¿no?

–Las mujeres me piden favores todo el rato –contestó él en un tono provocador otra vez–. Uno acaba un poco cansado.

–Tiene que ser agradable creer que el mundo gira alrededor de uno.

Él inclinó la cabeza hacia atrás y se rio, y ella sintió como una caricia de placer por toda la piel. Las anchas espaldas se agitaron con la risa, que era un sonido profundo y viril. Unos ligeros surcos se formaron en su cara, que, aunque era muy dura, pareció algo más hermosa.

–Cuanto más te escucho, más me gustas. Dime la verdad, ¿no nos hemos visto antes?

–Es posible que de pasada –contestó ella sin decir ni la verdad ni una mentira–, pero, aunque me hubieras visto, no te habrías fijado en mí.

–No creo que te hubiera olvidado.

Él acercó más los brazos y ella pudo captar su olor a sándalo y a algo tan inequívocamente viril que hizo que quisiera olvidarse de toda prudencia y acariciarle esa piel.

–Entonces, Ella, si no te escondes de una familia atroz, ¿de qué te escondes?

Eleni dio un respingo al oír el diminutivo que había empleado y esperó que él no se hubiese dado cuenta en la penumbra. Su hermano Nik siempre la había llamado Ellie, y Mia hacía lo mismo. Era emocionante, y muy peligroso, oírle decir a Gabriel un diminutivo parecido.

–¿De un amante pesado y deslumbrado? –siguió él con un brillo acerado en los ojos–. ¿De un marido descontento?

–No, no hay marido… –ella casi se atragantó al decirlo–…ni amante… Me escondo de mí misma. Por una noche, quería ser alguien distinta, otra cosa. Quería ser una mujer hermosa y atrevida que vivía el momento. Quería ser cualquiera menos yo misma –Eleni se sonrojó al oír el tono melancólico de su propia voz–. Estoy segura de que no podrías entenderlo ni aunque lo intentaras.

Él sonrió y los surcos de su cara hicieron que fuera más viril todavía. Los dientes blancos y rectos resplandecieron a la luz de la luna y el labio inferior se adelantó con toda su carnosidad.

Se había criado rodeada de hombres arrogantes e inflexibles como su padre, el rey Theos, y su medio hermano Andreas y eso debería haberle hecho impermeable al poder que irradiaba Gabriel, eso debería haberle hecho recelar de ese carácter implacable que había gobernado toda su vida cuando vivía su padre, pero no lo había hecho. Por algún motivo desconocido, Gabriel, con su arrogancia y su seguridad en sí mismo, la había atraído siempre.

–¿Por qué dices eso? –le preguntó él con delicadeza, como si de verdad quisiera saber lo que opinaba de él.

–Eres Gabriel Márquez. Tu poder, tus tentáculos… Dicen que te adueñas de todos los sitios donde entras, ¿no?

Él se encogió de hombros como si fuera una perogrullada.

–Me he esforzado toda mi vida para ser lo que soy y para tener lo que tengo… y no, nunca he querido ser nadie más.

La miró con detenimiento y ella notó que le abrasaban las mejillas. Unos dedos largos se posaron sobre sus caderas y notó que todos los nervios se le ponían en tensión, como si fuese posible hacerse más baja y menos redonda solo por desear que se le encogiera el cuerpo.

Si él notó la reacción instintiva de su cuerpo a ese contacto, no lo demostró. Sus dedos subieron y bajaron por la curva de sus caderas como si fueran mariposas que revoloteaban.

Sin embargo, lo que se le subió a la cabeza fue la atención fascinada de él. Ningún hombre la había mirado sin tener en cuenta quién o qué era.

¿Era una ventaja o un inconveniente ser quién era?

O no la querían porque era ilegítima y no tenía un poder real en Drakon o tener una relación con ella era un problema porque estaba

muy unida a sus poderosos hermanos, los príncipes de Drakon. Ni era parte del personal del palacio ni aparecía en la pared de la sala Este, donde se grababan, desde hacía siglos, los nombres de los integrantes de la Casa de Drakos.

–Entonces, te parecerá ridículo que me haya disfrazado y que así haya intentado aprovechar la ocasión.

–Te equivocas, querida. Hasta yo tengo que escapar algunas veces. Hasta yo tengo que intentar entender que no puedo controlarlo todo, que no puedo controlar el destino y las jugadas que nos hace.

Hubo algo en su tono que la emocionó, como si ese hombre tan poderoso necesitara algo que ella podía darle.

–He venido… porque esta noche no puedo escapar de lo que me espera mañana –siguió él–, porque mañana me enfrento a algo que temo.

–¿Gabriel Márquez teme algo?

–Shhh… –él volvió a sonreír y esos surcos volvieron a aparecer–. Vas a desvelar mis secretos y a tirar por tierra mi reputación. Dime, ¿qué era lo que tú querías esta noche?

–Un beso –la respuesta jamás le había salido con tanta facilidad–. Quiero un beso –Eleni tuvo que tragar saliva al ver el destello de deseo en sus ojos grises–. Un beso de un hombre que me desee, no un beso por lástima, Gabriel.

Él, con las manos en sus caderas, la giró con destreza masculina… y ella, impresionada por ese repentino contacto, se dejó girar.

Aunque llevaba tacones de diez centímetros, le llegaba por poco a los hombros y era tan ancho que resultaba abrumadoramente viril. Se sentía frágil como una muñeca en comparación con él. No se sentía una mujer pragmática y resolutiva, se sentía como una criatura nocturna, liviana y fantástica.

Se notaba que estaba excitada incluso a la luz de la luna. Sus ojos dejaban escapar unos destellos dorados y su boca, pintada de rojo brillante, era ancha y vulnerable. Era una mezcla increíble de inocencia y deseo.

–¿Sigues creyendo que te besaría por lástima?

–No –contestó ella en voz alta.

El roce de su contacto la llenaba de poder femenino y le rodeó el cuello con los brazos. Cuando sus labios se encontraron, ella se estremeció. Para ser un hombre famoso por su arrogancia, Gabriel besaba con una delicadeza que ella no podía creerse. Sabía a whisky y pasión y se estrechó contra él sin reparos. Él profundizó el beso y sus lenguas se entrelazaron con un erotismo que hizo que ella gimiera.

La besó con avidez y pasión, como si quisiera entrar en ella, como si ella le ofreciera esa escapatoria que él anhelaba con ansia. Su beso despertaba en ella todo tipo de sensaciones y hacía que le ardieran todas las terminaciones nerviosas. Se fundió con él, que subió las manos desde las caderas a los hombros y terminó tomándole las mejillas. Le recorrió la cara con los pulgares y con el deseo reflejado en sus increíbles facciones. Volvió a inclinar la cabeza y volvió a tomarla con un beso demoledor.

No podía prestar atención a lo que estaba diciendo él, ¿cómo iba a hacerlo cuando estaba mordiéndole el labio inferior como si quisiera devorarla y cuando la besaba como si la necesitara más que respirar?

Su voz, grave y ronca, hizo que sintiera escalofríos por toda la espalda.

Notó la brisa en los ojos y se dio cuenta de que se le había soltado la máscara. El abrazo cálido y masculino se convirtió en escarcha y tuvo que parpadear para ver.

La máscara colgaba de los dedos de él, quien tenía el ceño fruncido y miraba alternativamente a la máscara y a ella como si no pudiese creerse lo que estaba viendo.

A ella le abrasaban los labios por el beso, pero ese no era el mismo hombre. La miraba como si lo hubiese traicionado por algún motivo.

–¿Qué significa todo esto, señorita Drakos? –él dejó caer la máscara–. ¿Puede saberse qué broma es esta?

Ella retrocedió un paso. Su tono inflexible había acabado con cualquier ilusión que se hubiese hecho.

–No es una broma, no es nada –contestó ella antes de darse la vuelta.

No había dado dos pasos cuando una mano como una tenaza la agarró del brazo y volvió a darle la vuelta.

–¿Qué hace aquí esta noche? ¿Qué quiere de mí?

–Tú viniste a mí –¡qué cara más dura tenía ese hombre–. Tú… tú me ordenaste que me quedara y te hiciera compañía. Tú… Yo solo dije la verdad.

–Entonces, ¿tengo que creerme que la princesa anodina de Drakon –ella se encogió al captar el sarcasmo con el que dijo su apelativo– se pasea por los bailes de máscaras y aborda a los hombres para que la besen? ¿Es eso lo que hace por la noche?

–Yo no te abordé y, efectivamente, quería un beso, quería sentirme menos sola por una noche, quería… –ella no terminó la frase, pero tampoco se calló–. ¿Cuál de las posibilidades es una afrenta mayor para tu vanidad masculina? ¿Que una mujer pueda querer besar a un hombre o que tú y tu arrogancia creáis que te he

organizado una encerrona para que me beses?

–Me mentiste… princesa. Te lo pregunté sin rodeos y me dijiste que no me conocías. Incluso es posible que sea cierto abuso de poder que supieras quién era yo y que yo no supiera quién eras tú. A lo mejor es como un juego que practicas todas las noches con hombres poderosos.

–¡Estás pasándote de la raya!

–Estoy harto de engaños y mentiras. Si quieres un beso, ¡tómalo!

Si hubiese tenido el más mínimo juicio, lo habría abofeteado con todas sus fuerzas, pero se derritió en cuanto sus labios tocaron los de ella. No podía dominar su cuerpo. Cuando le pasó la lengua por los labios, ella los separó sin poder remediarlo. Cuando introdujo la lengua en su boca, ella se agarró él con ganas.

Él le puso las manos en el trasero y la estrechó contra sí hasta que pudo notar la erección, hasta que los planos graníticos de su cuerpo se adaptaron a las curvas delicadas de ella, hasta que gimió y separó las piernas para notarlo mejor.

El beso terminó antes de que hubiese empezado, pero, aun así, le había sacudido todos los sentidos. Además, el hombre que se lo había dado la miraba como si ella hubiese aceptado vender su alma por cuatro monedas.

–Si tan necesitada estás de un hombre, puedes pedirle a uno de tus poderosos hermanos que te concierte una cita, princesa –siguió él en tono burlón–. Es posible que el próximo hombre con el que juegues no sea tan indulgente con tu… falsedad.

Eleni lo miró fijamente. Estaba temblando de los pies a la cabeza y todavía le abrasaba el deseo insatisfecho que él había despertado en ella. Un deseo que, como se daba cuenta en ese momento, él le había provocado solo para burlarse de ella.

–¡Señor Márquez, no volvería a besarlo aunque fuese el único hombre sobre la faz de la tierra!

Ella le gritó, pero él ya se había marchado. Aunque intentó dominar la tentación, no pudo evitar pasarse los dedos por los labios, no pudo dejar de notar su sabor en los labios.

Capítulo 2

Tres meses después

–Me espanta este sitio, no soporto haber tenido que dejar a mis amigos para venir aquí y te odio.

La hiriente declaración retumbó en la sala de reuniones como una detonación y doce cabezas se giraron hacia la niña de doce años que estaba de pie en la habitación. Angelina, con los ojos rebosantes de lágrimas, miraba con rabia a su padre, Gabriel Márquez.

A él, empezó a palpitarle el ojo izquierdo.

Había convertido la pequeña constructora de su padre en una empresa inmobiliaria multimillonaria, tenía participaciones mayoritarias en multinacionales y residencias palaciegas en nueve ciudades del mundo, pero, al parecer, no tenía una solución para ese problema.

Angelina había ido a vivir con él hacía tres meses, cuando su madre, una modelo que él había conocido en Nueva York, había fallecido. Su propia hija era una desconocida porque Monique no había tenido el detalle de decirle que tenía una hija, hasta el accidente que acabó con su vida.

En ese momento, Angelina lo miraba como si fuese un monstruo, como si él se hubiese llevado a la única persona que había querido ella. No había podido tener una conversación normal con ella durante todas las semanas que había pasado en Drakon con él.

–Angelina, tranquilízate y espera a que haya terminado la reunión.

Le dolían las mandíbulas por el esfuerzo que había tenido que hacer para no dar rienda suelta a su desesperación, como había hecho ella. Él no tenía la culpa de que fuesen unos desconocidos.

Los consejeros los miraron como si estuvieran viendo un partido de tenis, y dispuestos a alimentar los rumores de que Gabriel Márquez era un padre desastroso.

Todo lo que decía y hacía era noticia para la prensa, pero que durante doce años hubiera conseguido ocultar la existencia de una hija nacida fuera del matrimonio hacía que estuvieran ávidos de información. Que su hija lo odiara con toda su alma y que, además,

no lo conociera en absoluto sería la guinda de un pastel muy desagradable.

–Si tuviera que esperar a que acabes una de tus reuniones interminables, tendría que esperar toda la vida. Solo quiero que…

Gabriel se levantó de un salto y con la desesperación bulléndole la sangre.

–Te portas como una mocosa malcriada que no tiene consideración por el tiempo de los demás. ¿Tu madre no te ha enseñado modales?

Ella retrocedió acobardada y eso se le clavó como un dardo envenenado. Nada de lo que decía servía de nada con Angelina. Las lágrimas que había conseguido contener en esos ojazos le cayeron por las mejillas dejando un reguero que le llegó hasta el cuello.

–Ojalá te hubieses muerto tú en vez de mamá. Ojalá no fueses mi padre. Ojalá…

–¡Angelina! ¡Ya está bien! –exclamó una voz femenina.

Gabriel se quedó pasmado cuando su hija, que no le había dirigido ni una palabra respetuosa durante los tres meses que llevaba allí, pareció arrepentirse al instante. Se puso recta, algo cambió en su rostro juvenil y llegó a parecer más adulta.

Entonces, para su infinito asombro, Eleni Drakos también se levantó y se dirigió hacia su hija con una expresión firme y amable a la vez. Él frunció el ceño cuando se oyeron sus tacones sobre el suelo de mármol. Durante tres meses, no había conseguido desentrañar a esa mujer que la prensa llamaba, despectivamente, la Princesa Anodina, una opinión con la que él ya no coincidía.

Eleni Drakos, al revés que los príncipes de Drakon, sus hermanos altos y morenos, era, a simple vista, tímida y poquita cosa. Hacía diez años, no había sido capaz de mirarlo a los ojos y se había amparado tras la ferocidad del rey Theos.

No obstante, desde hacía unos meses, desde que él llegó a Drakon, había visto la eficiencia y energía con las que daba órdenes al personal del palacio e, incluso, a los empleados de él.

Se la encontraba cada vez que se daba la vuelta y en ese momento, cuando llegaba a donde estaba Angelina, se dio cuenta de lo mucho que sus empleados y él habían dependido de ella para allanar el camino entre su empresa y el palacio durante esas primeras semanas, y de lo mucho que Andreas, el príncipe heredero, y Nikandros, el príncipe temerario, confiaban en ella.

Frunció más el ceño cuando Eleni rodeó a Angelina con su mano, susurró algo y la expresión de su hija se aclaró al instante. Captó cierta vacilación en sus ojos, pero Angelina se los secó y, ante su pasmo, esbozó una sonrisa temblorosa.

Sintió una opresión en lo más recóndito de su corazón. Habían

sido tres meses con niñeras cada cual más cara y eficiente que la anterior, tres meses de regalos para compensar los doce cumpleaños, tres meses conteniendo las ganas de decirle que él no había tenido la culpa y jamás, ni una sola vez, Angelina lo había mirado con algo que se pareciera remotamente al cariño que se reflejaba en sus ojos mientras miraba a Eleni en ese momento.

¿Qué había hecho la princesa para hechizarla? ¿Con qué intención? ¿Cuándo se habían conocido Angelina y ella?

No dio crédito a lo que estaba viendo cuando Eleni la empujó suavemente hacia él. La cautela que vio en los ojos de su hija fue lo que más le había dolido en la vida, pero no habría conseguido la más mínima conexión entre ellos aunque su vida hubiese dependido de eso.

Era como si el destino estuviese riéndose de él.

Él se había convertido, conscientemente, en un hombre que eludía por todos los medios cualquier vínculo sentimental y en ese momento no podía conectar con su propia hija por mucho que lo intentara.

–Lo siento –susurró Angelina con los ojos brillantes y muy abiertos.

No le llamó «papá», pero él sabía que tampoco podía esperar un milagro.

Entonces, ella se volvió hacia la princesa como si esperara otra indicación, como si eso, mirarlo sin odio, fuese todo lo que podía hacer por ella.

Él se quedó sin respiración porque nunca se había sentido tan raro.

La princesa, agarrándola con firmeza de los hombros, dio una indicación a su hija. Hubo algo en su sonrisa que volvió a atenazarlo por dentro mientras Angelina y ella se acercaban a él. Debería parecerle bien que su hija, quien lo trataba como si fuese un apestado, hubiese encontrado a alguien con quien había conectado. Sin embargo, solo sentía un abismo insondable en la boca del estómago.

–Ahora, Angelina.

La voz de la princesa le produjo un estremecimiento. Volvió a notar su sabor en los labios y sus manos en la redondez de sus caderas. Era una sensación que no había conseguido borrarse de la cabeza durante tres meses aunque cada vez se había fijado más en su voz grave y ronca, en que las camisas de vestir resultaban voluptuosas sobre su cuerpo, en que torcía un poco la boca cuando estaba siendo sarcástica, en todo lo que hacía y en que había evitado mirarlo a los ojos desde aquella noche en el baile de máscaras.

Ninguna mujer se le había metido tanto en la cabeza por intentar no hacerle caso.

Le había dicho que solo quería un beso, pero ¿era verdad?

En ese momento, allí estaba sonriendo a su hija. Sus ojos marrones brillaban con cariño y dejaban entrever un legado que nadie conocía, estaba seguro de eso. Fue como si su sonrisa se extendiera por todo su cuerpo mientras miraba a Angelina. Se dio cuenta con fastidio de que captaba su atención y la de todos los demás hombres.

–Acuérdate de lo que hablamos –siguió Eleni–. Primero expresamos nuestra rabia y dolor de una forma constructiva, no lanzando acusaciones a la otra persona, por mucho que las merezca.

Su hija asintió con la cabeza y levantó la barbilla como una muestra de altanería hacia él. Esa rabia desmedida hizo que se diera cuenta de una cosa; su hija era una niña por mucho que lo que hubiese dicho estuviese cargado de odio, y él no lo habría visto de no haber sido por esa mujer que lo fulminaba con la mirada por encima de la cabeza de Angie, que asentía con la cabeza y con furia. La opinión que tenía de él quedaba muy clara en el ceño fruncido.

–Volviste a irte de viaje. No solo me dejaste con aquella niñera espantosa, también te olvidaste de mi cumpleaños. Mamá jamás… –Angie dejó escapar un sonido como si tuviera un nudo en la garganta–. Mamá me contó que no vivías con nosotros porque eras un hombre ocupado, no porque yo te diera igual. Ahora… Ahora sé que me mintió para protegerme. Está claro que no querías tener una hija.

Angie se quitó la mano de la princesa del hombro y salió corriendo de la sala. Se hizo un silencio muy tenso. Efectivamente, no había querido tener una hija. No había tenido una relación con la madre y supuso que por eso ella no le había contado nada.

Sin embargo, la primera vez que vio a Angelina supo que su vida había cambiado. Para su propia sorpresa, no había sentido el más mínimo resentimiento y solo había querido recibirla con los brazos abiertos en su vida. Angelina, en cambio, no le daba ninguna oportunidad y la frustración y la furia lo corroían por dentro.

Dio unos pasos hacia ella, pero oyó una orden en voz baja.

–Déjela, señor Márquez –hizo una pausa como si la princesa no pudiera creerse su propio atrevimiento–. Por favor, por el momento, no la obligue a retirar esas palabras solo porque ha herido su ego.

Gabriel notó que algo le abrasaba la garganta y se dio cuenta de que era vergüenza. La princesa tenía razón. Solo estaba pensando en cómo le afectaba eso a él, en que solo quería evitar la sensación de fracaso. Había removido montañas, había construido castillos, se había metido en la partida por el sector inmobiliario mundial, y, sin

embargo, no tenía nada que pudiera acercarle a su hija.

Hizo un gesto con la cabeza para dar por terminada la reunión. Vio que recogían los papeles de la mesa de caoba y oyó el sonido de las sillas como si todo fuera una actividad de fondo porque toda su atención estaba centrada en la mujer a la que había intentado ignorar durante tres meses sin conseguirlo.

No quería tener nada que ver con esa mujer que aligeraba sus cargas tan fácilmente, que, por primera vez en su vida adulta, había hecho que se cuestionara sus decisiones y su forma de vida, que había hecho que se preguntara lo profundo que había sido el amor que su padre había sentido por su madre, antes de que lo destrozara.

No debería haberle hablado así. No debería haberse enfrentado a él. No debería haberle regañado como si fuese un empleado descuidado.

Eleni suspiró mientras pasaba las manos por el delicado bolso de cuero.

Seguramente, prohibiría a Angelina que la viera. Ella echaría mucho de menos a Angelina, pero sería peor todavía para la niña. Angelina no había empezado a confiar en ella hasta la semana pasada, cuando comprobó que no tenía dobles intenciones relacionadas con su padre, y, en ese momento, Angelina podía perder a la única persona adulta en la confiaba porque ella no había podido mantener la boca cerrada, porque no podía soportar que Gabriel volviera a no hacerle caso.

Sintió un escalofrío mientras la habitación iba vaciándose.

Se apartó de la mesa con una tensión que no podía evitar. Gabriel Márquez estaba en un rincón como un espectro silencioso que la observaba con una intensidad que le ponía los pelos de punta.

–Recurres a todo tipo de triquiñuelas, princesa.

–No tengo nada que decirle –replicó ella poniéndose rígida.

Él cruzó la habitación con unas zancadas muy ligeras para ser un hombre tan grande, como si fuera un gato salvaje.

–A juzgar por cómo me mirabas, yo diría todo lo contrario. Diría que estabas deseando decirme cuatro cosas.

Eleni echó la cabeza hacia atrás para no mirar la dureza de sus labios. Esos labios habían sido delicados y exigentes sobre los de ella, habían estado cargados de calidez y pasión. Después, durante días, se había maravillado de lo paradójicos que eran sus besos, como lo era él en sí; tan pronto era cálido y atrayente como frío y despiadado.

–Ahora, hasta los miembros del consejo saben que estabas deseando dejarme en evidencia por Angelina.

Eleni notó que le abrasaban las mejillas e hizo un esfuerzo para no desviarse de lo que estaba pensando y mirando.

–Yo… Yo intentaba apaciguar la situación sin machacarle más… –ella se encogió cuando captó la frialdad de la mirada de él– el corazón. Hasta usted, señor Márquez, reconocerá que lo más importante eran los sentimientos de Angelina.

–¿Hasta yo?

Él lo dijo en una voz tan baja que ella tuvo que acercarse para entenderlo y, en ese preciso instante, se sintió dominada por un olor masculino que fue como una oleada ardiente por todo el cuerpo.

– Explícalo –añadió él.

La alarmante reacción de su cuerpo por la cercanía de él se sofocó por su tono tajante.

–No me dé órdenes.

Él la miró con unos ojos grises y fríos como un cielo invernal.

–A lo mejor crees que soy uno de tus empleados a los que tratas con esa eficiencia y energía, princesa, pero harías bien en recordar quién soy.

Ella estuvo a punto de reírse porque la excitación se adueñaba de ella. Sus manos le habían recorrido las caderas como si ella fuese un tesoro y su cuerpo había sido un reducto de calidez. No pudo contener ese arrebato de sensaciones, pero consiguió aparentar frialdad.

–Como si permitiera que alguien se olvide. Esto es ridículo, señor Márquez. Si quiere decir algo, dígalo.

Él soltó el aire con la tensión reflejada en el rostro.

–Angelina y tú habéis… trabado amistad.

–¿Es una pregunta? –preguntó ella en tono burlón aunque estaba jugando con fuego.

Él dudó y Eleni vio algo en esos ojos gélidos que hizo que también dudara, que se replanteara su opinión de él o, al menos, que no lo condenara tan alegremente.

–¿Cómo? ¿Cuándo?

–Cuándo, ¿qué?

–¿Cuándo os habéis unido tanto? ¿Cómo… has estado tanto con ella? –él la miró con el ceño más fruncido todavía–. No es que andes por el palacio sin nada mejor que hacer.

¿Estaba halagándola o despreciándola? Era un hombre exasperante.

–Yo… Bueno, la tarea de ocuparse de toda la serie de niñeras que contrató recayó sobre mí. Cuando usted desaparecía en sus largos y frecuentes viajes, yo tenía que ocuparme de que hicieran su

trabajo. Una vez, no me acuerdo si fue la segunda o la tercera, la pobre mujer no podía encontrar a Angelina y, al cabo de unas horas, dio la voz de alarma. Usted estaba… creo que en Sídney. Yo me había fijado en que, desde el principio, a Angelina le gustaba ir a los establos. Aquella tarde la encontré allí, escondida en el cajón de mi caballo. ¿Sabía que a Angelina le encantan los caballos? La invité a que pasara algún tiempo al día conmigo en los establos y… congeniamos.

Pasar el rato con Angelina se había convertido en su momento álgido del día, había llenado el vacío que había dejado la muerte de su padre y la inesperada marcha de Andreas.

–Pero ¿qué hiciste y por qué? Quiero saber qué hiciste para intimar tanto con ella.

Parecía tan desorientado que Eleni dominó el genio y suspiró.

–No lo hice con ninguna mala intención.

Él se pasó una mano por el pelo y unos surcos de tensión le rodearon la boca.

–No estoy acusándote de nada –replicó él aunque su tono indicaba lo contrario–. Tengo curiosidad por saber qué hiciste, qué técnica utilizaste, qué… incentivos le ofreciste para ganarte a Angelina.

–Ella no es una operación comercial que esté intentando cerrar –soltó ella al acordarse de su propia confusión a esa edad.

–Jamás en mi vida he perdido una operación comercial.

–Precisamente de eso estoy hablando.

Eleni resopló e intentó mantener la paciencia por la niña de doce años, ya que no por el arrogante español que tenía delante.

Durante tres meses, había intentado fingir que no se habían besado, que no había sido el momento más maravilloso de su vida aunque él la hubiese despachado, que ese aparente rechazo… que su corazón no se aceleraba cada vez que lo miraba, que en lo más profundo de su corazón no esperaba que él volviera a mirarla con ese brillo de pasión en los ojos, que volviera a mirarla como a una mujer y no como a parte de la maquinaria del palacio, que volviera a besarla otra vez…

Sin embargo, al parecer, la única manera de que él la deseara era con cinco capas de maquillaje, con un vestido que le marcaba todas y cada una de las curvas del cuerpo, con un cartel colgado del cuello que decía que estaba dispuesta a todo y, naturalmente, con la identidad oculta bajo una máscara.

Cansada de ese anhelo penoso, se tragó la decepción, como hacía siempre. Su empresa todavía tenía trabajo en Drakon para años. ¿Acaso iba a pasarse diez años soñando con un beso que no significaba nada para él como había llorado durante los diez años

pasados por Spiros y sus promesas de amor eterno aunque se hubiese esfumado como la niebla?

–Angelina es una niña pequeña aunque se haya visto obligada a crecer durante los últimos meses. Tiene sentimientos y ha perdido a la única persona que la quería incondicionalmente, ha ido a caer en un mundo desconocido con un hombre…

–Han pasado ocho meses desde que murió su madre.

–Ocho meses es toda una vida para ella. No puede… comprarle cosas y esperar que todo salga bien. No puede meterse en su vida y esperar que lo quiera como quería a su madre… y menos dejándola en manos de toda una serie de niñeras, enzarzándola en un pulso a ver quién gana y exigiéndole cariño o amor.

–Esas niñeras tenían las mejores recomendaciones y años de experiencia con niños.

–Sin embargo, ni una sola intentó entenderla. Todo se trataba de horarios y pautas y no puede pasar por alto…

Ella se tragó el nudo que tenía en la garganta y él le puso un dedo debajo de la barbilla para levantársela.

–¿Qué no puedo pasar por alto?

Eleni deseó poder disimular la expresión de sus ojos, borrar el dolor de ese rincón del corazón que nunca se le cicatrizaba.

–No puede arreglar la pérdida de su madre arrojándola al vacío. Está entre desconocidos y en un país extranjero, y a usted casi ni la ve. Ella… Ella me contó la semana pasada que quiso escaparse por lo que le había dicho esa novia suya.

Si él no hubiese estado sujetándole la barbilla con las manos, ella no se habría dado cuenta del respingo.

–No es mi novia, es una ex. Me dijo que tenía experiencia con niños… que podía ayudarme a conectar con Angelina.

Ahora entendía toda esa colección de ex y… novias que habían ido pasando por el despacho de él durante las últimas semanas. Ella había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no presentarse allí y exigirle que las expulsara a todas por el bien de Angelina.

–¿Acaso no podía ver que estaban utilizando a Angelina como una manera de acercarse a usted?

Ella notó que él lo captaba y vio que apretaba los dientes.

–¿Y tú, princesa, no tienes ninguna intención?

Él le miró la boca y fue como una caricia para sus sentidos.

–Ya se lo dije, no busco nada de usted.

–Sabías quién era yo y aun así me besaste.

–Porque aquella noche mi propósito era besar a un hombre. Usted… cumplía los requisitos. Si no me hubiese arrancado la máscara, me habría marchado y nadie…

–Si no te hubiese arrancado la máscara… –su aliento fue como una caricia áspera en las mejillas– te habría tomado en la mismísima terraza, delante tu hermano y toda una multitud.

Sus palabras, roncas y en voz baja, le vibraron por toda la piel y notó palpitaciones de anhelo en sitios en los que no debería estar pensando.

–Lo único sensato de aquella noche fue que te arrancara la máscara.

–Yo lo habría… –Eleni se pasó la lengua por los labios como si así fuese a sofocar el calor que se adueñaba de ella–…impedido si hubiese llegado tan lejos.

Él la miró con un brillo burlón, y de algo más, en los ojos.

–O eres muy ingenua con los hombres o te gusta engañarte. Y ahora me encuentro con que has congeniado con mi hija, precisamente tú.

Eleni se apartó de él porque necesitaba un respiro de tanta virilidad abrumadora, un respiro de sus propias reacciones.

–Ni siquiera usted puede ser tan engreído como para pensar que he congeniado con su hija con alguna… intención oculta. Al verla sola en los establos, me recordó a mí misma.

–Eres la princesa de Drakon, hija del rey Theos y hermana de los poderosos Andreas y Nikandros, ¿y pretendes que me crea que entiendes cómo se siente Angelina… o que tienes que esconderte detrás de una máscara para que te bese un hombre?

Ella se encogió de hombros, pero se le aceleró el corazón al ver el brillo de interés en los ojos de él. De no haber sido por Angelina, él no habría vuelto a dirigirle la mirada… y mucho menos la palabra.

–Me da igual lo que piense de mí, señor Márquez, pero Angelina necesita sentirse importante para alguien, que hay alguien constante en su vida que no la abandonará. Es una niña encantadora debajo de toda esa insolencia.

–Es encantadora contigo –replicó él con una vena palpitándole en la frente–. La primera vez que la vi fue en el entierro de su madre. Tardó una semana en entender que, efectivamente, era su padre, que no era un desconocido aterrador que estaba arrancándola de todo lo que conocía. Después me enteré de que mi ex había tenido un accidente cuando me nombró como su padre. Se ha pasado tres meses mirándome como si yo fuese… el culpable. Mi propia hija me mira como si yo… –él tragó saliva y miró hacia otro lado–. He intentado ser amable con ella, lo he intentado con regalos, lo he intentado todo, pero nada ha dado resultado.

Eleni esperó, por el bien de la niña, que él aprendiera a expresar esa preocupación, a mostrar que la quería, pero había conocido a

muchos hombres obstinados y Gabriel Márquez había demostrado aquella noche que era el rey de los despiadados arrogantes y no sabría lo que era un sentimiento de cariño aunque lo tuviera delante de sus narices.

Aquella noche había conectado con ella cuando creía que era una desconocida, pero se cerró en sí mismo en cuanto supo quién era ella y que ella sabía quién era él. Fue tan hermético que se había pasado días preguntándose si se habría imaginado el beso.

No quería saber nada de un hombre tan pétreo, de un hombre que creía que mostrar los sentimientos era una debilidad.

Sin embargo, ella quería ayudar por el bien de Angelina. Recordaba muy bien lo sola y asustada que se había criado en el palacio. Hasta que su padre no se casó con Camille, la madre de Nikandros, ella no se había dado cuenta de que había alguien en el palacio que no rechazaba a la hija ilegítima que había adoptado el rey en un arrebato de generosidad impropia de él. Camille, aunque había estado muy ocupada por la endeble salud de Nik, siempre había tenido una palabra amable para ella.

«No permitas que él vea la más mínima debilidad, *ma cherie*» le decía Camille cuando ella se acobardaba ante los ataques de ira de su padre. «No permitas que te conviertan en alguien prescindible», le dijo cuando ella, en su inocente ignorancia, se quejó porque Andreas, el príncipe heredero y su hermano mayor, a quien adoraba, tampoco le hacía caso.

Eleni siguió el consejo de Camille al pie de la letra y se hizo imprescindible para su padre y sus hermanos. Jamás se había imaginado que llegaría a convertirse en el parachoques entre ellos tres.

Durante los tres últimos meses, mientras observaba a ese padre y a su hija, había dado por supuesto que Gabriel Márquez era igual que el padre de ella; controlador, rebosante de arrogancia y que trataba a sus hijos como a peones en su propia partida personal.

Sin embargo, el brillo de frustración que veía en sus ojos le daba cierta esperanza por Angelina.

–Nota que la ha aceptado porque no tenía más remedio. Conmigo nota que me encanta estar con ella, que no espero nada a cambio, que no es una obligación.

Gabriel volvió a mirarla, pero sin verla. Ya había visto esa mirada en Andreas, su hermano mayor, cuando veía a la gente solo como un medio para alcanzar un fin, cuando tomaba un camino sin importarle el precio para los demás. El corazón le retumbó en el pecho.

–Entonces, me enseñarás a entenderla –añadió él con delicadeza y firmeza a la vez–. Nos ayudarás a que conectemos.

–No es algo que pueda transmitir de mi cabeza a la suya.

–Me da igual cómo lo llames, princesa, pero vas a enseñarme a conectar con mi hija –la firmeza obstinada hizo que su rostro pareciera más hosco que nunca–. Además, lo harás antes de que sea tarde.

–Lo que pide no es tan… sencillo.

–Hablaré con Nikandros para que te libere de tus muchas obligaciones extraoficiales. A partir de este momento, pasarás todo el tiempo con Angelina… y conmigo cuando esté libre. Intentaré que me queden un par de noches libres a la semana y cenaremos juntos. Al cabo de un mes, más o menos, los tres podremos hacer un viaje juntos. Quiero encontrar un buen colegio para ella y tú puedes acompañarnos.

¡Qué descaro tenía ese hombre!

–No puede darme órdenes como si fuera su sirvienta. No voy a dejarlo todo en la vida para que usted salga ganando y tampoco… –estaba tan indignada por su arrogancia que no le salían las palabras–. ¡Primero me insulta y luego me da órdenes!

Su mejor potro de tortura sería pasar meses a su lado con la esperanza de que se fijara en ella y comparándose con todas las novias que desfilarían por delante de sus narices.

–¿Qué le hace pensar que aceptaría algo que solo le afecta a usted?

–Porque no te pasa nada en la vida. He estado observándote, princesa.

Eleni dio un respingo con el corazón desbocado.

–¿Observándome? ¿Para qué?

–Para desentrañarte.

–¿Y qué ha… desentrañado?

–Que eres ilegítima y que, por lo tanto, los tradicionalistas no cuentan contigo. No tienes ni novio ni amante ni perspectivas de tenerlos a no ser que se lo pidas a tus hermanos, y ellos son lo bastante listos como para tenerte cerca porque, desde luego, eres sensata y digna de confianza. Te he visto con tus hermanos y el personal, princesa, y eres una mujer muy maternal. Conoces a todos los empleados por su nombre y les preguntas por sus familias. Dedicas horas a las organizaciones benéficas infantiles en vez de limitarte a donarles dinero… y tus actos irreflexivos de aquella noche indican lo deseosa que estás de que tu vida cambie, de que sea algo más que lo que es.

Eleni, atónita, se quedó muda y lo miró fijamente. Había sabido resumir su vida de una manera aséptica, concisa y verdadera.

–Primero engañaba y ahora soy irreflexiva…

–Imagínate que hubiese sido otro hombre, alguien de la prensa o

un hombre que pudiera haberte hecho daño de alguna manera. Una no va por las fiestas diciendo que está… dispuesta cuando es la maldita princesa de Drakon.

Eleni lo miró sin salir de su asombro. La inquietud que se reflejaba en los ojos de él era demasiado real como para burlarse de ella.

–Yo… Yo no me habría… ido con cualquier hombre.

Él arqueó una arrogante ceja. Ella se sonrojó y miró hacia otro lado. Los dos sabían que, aquella noche, ella habría hecho lo que él hubiese querido… y que eso flotaba entre ellos y la humillaba.

–Si concedemos que realmente quieres a Angelina, lo que te pido, princesa, no será un sacrificio para ti, solo te pido que pases el tiempo rodeada de lujos con Angelina y conmigo.

–¿Durante cuánto tiempo? –preguntó ella incapaz de resistirse y de alejarse de él.

–Hasta que considere que ya no te necesito.

–Entonces, ¿estás ofreciéndome un empleo?

–Llámalo como quieras, princesa. Puedes recibir dinero, joyas, acciones… Puedes recibir lo que quieras a cambio.

Quería una oferta de empleo con condiciones. Era otro hombre que exigía lo que creía que se merecía sin dar nada a cambio, era otro papel que tenía que representar ella durante un tiempo limitado. Como había hecho siempre, con la asquerosa esperanza de que fuese a durar.

La hija responsable y digna de confianza para su padre.

El parachoques para sus hermanos.

La mujer de la que se había olvidado por completo el hombre al que había amado.

La hija ilegítima, aunque adoptada, de la Casa de Drakos.

Todo ello efímero y, en definitiva, sin sentido.

Si aceptaba su… oferta, dejaría parte de su corazón con esa niña y él se desharía de ella cuando hubiese cumplido su cometido. Aun así, quería hacerlo. Quería estar con él y Angelina, quería ayudarlos a acercarse antes de que fuese irreversible.

Quería conocer mejor al hombre con el que había hablado aquella noche. Con el corazón a mil por hora, se reconoció que quería tener una oportunidad para que él se fijara en que era una mujer, para que se acordara de que la había besado sin reparos.

Dio un respingo cuando él le tomó la barbilla con una mano y le levantó la cara para que lo mirara. Notó un calor abrasador y recordó lo que pasó la última vez que la tocó, que la tentó. Los titubeos de ella eran munición para él mientras la acorralaba con un brillo depredador en los ojos.

–Reconócelo, princesa –Eleni se estremeció cuando el aliento de

él le acarició la oreja–, estás tentada.

–Lo que saqué en limpio aquella noche… me lo quedé para mí sola. Yo… confié en aquel hombre, pero… tú haces trampas al jugar, Gabriel.

–Yo juego para ganar, Eleni, y lo he hecho siempre –él arqueó las cejas y la miró a los ojos–. Está claro que quieres de verdad a Angelina. Si aceptas, es posible que me convenzas para que pase por alto tu engaño –Gabriel le pasó un pulgar por el borde de la mandíbula.

Solo se oyó la respiración entrecortada de ella y su cuerpo se acercó al de él como si tuviese voluntad propia. Levantó la mirada con el ceño fruncido.

–Incluso, es posible que decida besarte otra vez –siguió él–, podría ofrecerte toda la… emoción que ansías. Incluso, podría estar dispuesto a mostrarte esa pasión que buscas con tanto ahínco.

Eleni, con el cuerpo vibrándole como la cuerda de un arpa, lo miró a los maravillosos ojos grises. Su aliento le acariciaba los labios y la miraba como si fuese la mujer más hermosa de la tierra. Se sentía drogada y ni siquiera la había tocado todavía.

–Entonces… –sin saber cómo, ella consiguió hablar–… ¿estás ofreciéndome una… aventura a cambio de que me ocupe de tu hija?

–Nos deseamos el uno al otro, ¿no?

¿Qué pasaría cuando pasara los días a su lado con solo una niña pequeña de cortafuegos? ¿Qué pasaría cuando él no se detuviera la próxima vez? ¿Qué pasaría cuando ella se enmarañara en sus vidas y él decidiera que ya no la necesitaba?

¿Dónde acabaría ella entonces?

En el mismo sitio, con el corazón magullado por otro hombre sin escrúpulos.

Sería mejor que Angelina y ella cortaran ese lazo antes de que el daño para la niña fuese permanente, antes de que ella misma se olvidara de que ningún hombre era digno del dolor de corazón que ella ya conocía gracias a Spiros… y a su padre.

El amor no estaba hecho para ella por muchos sueños absurdos que se hubiese contado.

Le agarró la muñeca y le apartó la mano, aunque le abrasó la palma por ese contacto tan inocente. El cuerpo le gemía en silencio por el brillo prometedor que captaba en sus ojos.

–No.

–No… ¿qué?

–No a todo lo que has propuesto.

–¿Por qué?

De repente, la idea que había estado dándole vueltas en la cabeza desde hacía un rato fue lo único a lo que podía agarrarse. Se

marcharía, se alejaría de ese hombre y de esa niña que ya le había robado parte del corazón. Se alejaría de ese vacío infinito que parecía ser su vida últimamente.

–Pienso irme fuera de Drakon durante una temporada.

Él apretó los dientes y, en un abrir y cerrar de ojos, su mirada se hizo implacable y carente de toda pasión.

–¿Cuánto tiempo es una temporada?

–Meses, a lo mejor, un año –ella se apartó porque necesitaba distancia–. Siempre he querido conocer mundo y esta es la ocasión.

–¿Y qué va a ser de Drakon y tus obligaciones? ¿Qué va a ser de tus inapreciables hermanos?

–Yo jamás he salido de Drakon, no he visto lo que hay más allá de los muros del palacio. Ya va siendo hora de que salga.

Ya era hora de que consiguiera lo que deseaba.

Al estar con Angelina, al ver la felicidad en sus ojos cuando estaban juntas, había comprendido lo que anhelaba con toda su alma. No amaría nunca a un hombre, pero sí podía ser madre, sí podía llevar el amor a la vida de un hijo, ella que había sido una hija no deseada.

–Me gustaría poder ayudarte, aunque solo fuera por ella, pero no puedo, ya no puedo dejar mi vida en punto muerto por nadie.

–¿Cuándo piensas marcharte?

–Dentro de una semana, de dos como mucho. Me gustaría decírselo a Angelina con… usted delante. Me… Me da igual que me crea o no, señor Márquez, pero la quiero mucho. Si usted también la quiere, y eso parece, dígaselo, demuéstreselo con sus actos… y, por favor, no permita que su ego siga metiéndose por medio.

Capítulo 3

ES verdad?

Gabriel se dio la vuelta hacia la figura que estaba a la entrada de su suite. Su hija estaba en la puerta y lo miraba como a un enemigo, como si entrar pudiese obligarla a reconocer que él era alguien en su vida.

–Angelina –él consiguió que el tono fuese sosegado–, pasa.

Ella se puso rígida y los hombros le sobresalieron de la camiseta como dos picos.

–No quiero entrar, solo quiero saber si es verdad.

–¿El qué…?

–¿La señorita Drakos se marcha de Drakon? ¿Te lo ha dicho?

–No –mintió él al sentirse impotente porque la princesa no se quedaría le diese él lo que le diese–, pero se lo he oído a un empleado. Dicen que va a marcharse una temporada.

–¿Volverá pronto?

Gabriel apretó los dientes y se encogió de hombros.

–Sí… es posible. Dijo… que estaría fuera un mes o dos. Ella tiene su propia vida, pequeña.

La princesa lo había dejado muy claro y él se maldijo al acordarse de la discusión. Para ser un empresario que vivía de las negociaciones y de ganarse a los adversarios, se había comportado como un necio, había tocado todos los puntos equivocados… como había hecho ella con él.

Levantó la cabeza al oír el gemido de su hija. Prefería mil veces la insolencia al abatimiento que veía en sus ojos.

–Angelina, volverás a verla. Además, aunque la señorita Drakos se marche, harás otras amigas y yo siempre…

Su hija de doce años se apoyó en la pared y sollozó mientras le caían las lágrimas por las mejillas. Algo le oprimió el pecho y apretó los puños.

Fue a abrazarla, pero ella, aunque estaba llorando, lo esquivó. Él contuvo el improperio que había estado a punto de soltar y esperó.

Ella, con una brusquedad y una seguridad en sí misma impropias de su edad, se secó las mejillas y lo miró.

–Todo el mundo me abandona. Primero fue mi abuelo, luego, mi

madre y ahora, la señorita Drakos.

–Yo no lo haré, Angelina.

–Eso es lo que dice.

–¿Qué puedo hacer, Angelina? Dímelo.

–Podría pedirle a la señorita Drakos que no se marchara. Si de verdad le importo, señor Márquez –ella arrastró su acento americano como si eso fuese imposible–, conseguiría que la señorita Drakos se quedara.

Gabriel se quedó sin aliento por la resignación, por la falta de confianza implícita en la petición. Su hija se marchó antes de que él pudiera contestar y no miró atrás.

–¿Quiere que seas la niñera de su hija?

Mia, su cuñada, que estaba embarazada de gemelos, se lo preguntó mientras daban el paseo matutino por el jardín que le había hecho Nik.

–¿Quiere…? –Eleni asintió con la cabeza–. Más bien, me lo ha ordenado. Tendrías que haberlo visto, Mia. Me miraba como si ya no me viera a mí, sino a una solución para sus problemas. Eso haría que todo fuera como la seda en su mundo, como esperan todos los hombres arrogantes de quienes los rodean.

No había sabido nada de él durante la semana que había pasado desde que le hizo esa indignante propuesta. Con un poco de suerte, entraría en razón, aunque ella seguía sintiendo que su poder era como una sombra que se cernía sobre ella.

El jardín era una explosión de colores y el azul del cielo era perfecto. En conjunto, había sido una semana de otoño perfecta. Todo estaba maduro y dando sus frutos.

Había indagado un poco por los orfanatos de Drakon y había presentado todo el papeleo, pero podían pasar meses hasta que se cumplieran los trámites burocráticos. Sin embargo, se sentía contenta y, entretanto, estaba planeando el viaje. Quizá no fuese tan largo como le había comentado a Gabriel, pero le parecía que era lo que tenía que hacer antes de asumir las responsabilidades de ser madre soltera.

–Lo rechazaste, ¿verdad? –le preguntó Mia.

–Claro –contestó ella mientras miraba hacia otro lado.

Mia sabía que a Eleni le atraía Gabriel Márquez y que Angelina cada día significaba más para ella. Se sentía desnuda, como si llevara todos sus anhelos escritos en la cara para que cualquiera pudiera leerlos.

«Incluso, es posible que decida besarte otra vez». Sintió el calor en las mejillas por la humillación. Debería haber abofeteado a ese

hombre tan arrogante.

–Estoy preocupada por ti, Ellie –Mia la agarró de la mano–. Te estás encariñando demasiado de esa niña. Vi lo alterada que estaba hace unos días…

Eleni tragó saliva para que la voz la saliera natural, aunque la cara arrugada de Angelina no se le borraba de la cabeza. Se había equivocado al creer que podría alejarse de la vida de Angelina sin que pasara nada.

–No va a pasarme nada, Mia. Si acaso, estos meses que he estado con Angie me han demostrado lo mucho que querría tener un hijo propio.

Mia la miró con los ojos como platos justo cuando vieron que Nikandros se acercaba a ellas.

–Ellie, ¿puede saberse qué pasa entre Gabriel y tú? –le preguntó Nikandros en una voz tan alta que algunos jardineros los miraron.

–Solo ciertas discrepancias sobre su hija –contestó Eleni con el ceño fruncido–. ¿Por qué?

–Ha amenazado con retirar a Márquez Holdings de Drakon si no colaboras con lo que pide.

–¿Que colabore? ¡No puede hacerlo! –ella había sabido que era despiadado, pero eso era increíble–. No puede hacerlo, ¿verdad, Nik? Sé que Andreas tenía reparos hacia Gabriel, pero también creía que tenía un contrato blindado.

Nik se pasó una mano, visiblemente temblorosa, por el pelo.

–Así es. Legalmente, no puede retirar su empresa de Drakon, pero lo peor para nuestra economía sería meternos en una batalla legal con él. Podría poner cientos de pegas y paralizar todos nuestros proyectos. Él es… todo lo que Andreas dijo que es cuando las cosas se ponen así, un malnacido de los pies a la cabeza. Ya ha cancelado dos reuniones con los inversores y no ha dado ningún motivo convincente.

Eleni se pasó la mano por la frente con desesperación. Justo cuando ya había decidido por fin lo que quería en la vida…

–Haré lo que sea por Andreas y por ti… y por Drakon –su temerario hermano nunca había estado tan nervioso–. Siento haber…

–¡Ellie! No te echo la culpa de esto.

Ellie se tragó el nudo que tenía en la garganta. Su hermano la quería. Maldito fuese ese hombre por haber hecho que lo dudara.

–Él no para de decir que quiere disponer plenamente de ti. Cuando le dije que no eras un bien que podía prestarse, él tuvo el descaro de decirme que Andreas y yo te utilizamos.

Nik desvió la mirada con vergüenza.

–Nik, no puedes dejarle que te trate así.

Sin embargo, Gabriel había dado en el clavo de sus temores y de, al parecer, las dudas de Nik con una precisión milimétrica. Desenterraba las debilidades y no le importaba hacer cualquier cosa con ellas.

La furia hizo que le bullera la sangre.

–No dijo nada que no haya estado pensando yo durante los últimos meses. ¿Qué quiere de ti?

–Quiere que lo ayude a establecer una conexión entre él y su hija, que esté a su disposición, que eso sea una prioridad para mí. Cuando le dije que estaba pensando hacer un viaje, él… –ella se estremeció al acordarse de su mirada. Él no dijo nada, pero ella supo que el asunto no se había acabado ni mucho menos–. Está desesperado y está presionando.

–Deja de ser tan generosa, Ellie.

–Me gusta tan poco lo que hace como a ti. Cuando se lo conté, Angelina se quedó… –los ojos se le llenaron de lágrimas por la impotencia–. Me siento culpable. No me había dado cuenta de lo apegada que estaba a mí. Además, si él se retira ahora de Drakon, se desmoronará todo lo que Andreas y tú habéis intentado levantar. Solo hay una solución.

–No puedo permitir que seas la niñera de su hija, Ellie. ¿Acaso no nos has dado bastante a esta familia y a Drakon?

Nikandros soltó otro improperio y la abrazó, y ella fue como una muñeca de trapo. El olor de su hermano le calmó el pánico que le atenazaba las entrañas.

Ella sabía, como lo sabía Nik, que el despiadado español no le había dejado escapatoria. Él sabía que ella haría cualquier cosa por sus hermanos… y ella también lo sabía. Gabriel tenía la sartén por el mango, pero ella tenía sangre de guerrera obstinada, por muy contaminada que le hubiese parecido a su padre. No estaba dispuesta a permitir que el arrogante español se llevara nada que ella no quisiera darle.

Por fin había acudido a él. Irradiaba una furia comprensible e iba despampanante.

Fascinado, la observó mientras Eleni Drakos esperaba junto a los escalones. La piedra blanca del restaurante resaltaba su elegancia innata, su distinción serena, y le recordó que, legítima o no, pertenecía a la ilustre Casa de Drakos.

La luz del atardecer iluminaba los reflejos cobrizos del pelo que le llegaba hasta los hombros. Su rostro no tenía esos ángulos que tenían los rostros de sus hermanos ni facciones simétricas, tenía una nariz orgullosa que, claramente, había heredado de su padre. No era

una belleza convencional ni tenía la elegancia altiva de una mujer que había nacido en una de las familias reales más distinguidas del mundo.

Sin embargo, su belleza tenía algo natural y voluptuoso. La tela rosa del vestido le llegaba justo hasta las rodillas y le acariciaba las curvas de su cuerpo como las manos de un amante cada vez que la brisa se lo pegaba al cuerpo. Un anillo de metal blanco le rodeaba el cuello y de ahí caía el vestido. Los hombros le quedaban al descubierto y mostraba una piel dorada.

Ese vestido era una incitación a pecar. Una mancha de nacimiento en la clavícula, la redondez de las caderas, esos dedos largos con los que se había apartado un mechón de la frente… todo era como un puñetazo en la boca del estómago. ¿Cómo era posible que ningún hombre la hubiera librado del control de sus hermanos? ¿En qué había estado pensando él al provocarla con la tentación del deseo entre ellos dos?

–Está mirándome de arriba abajo, señor Márquez…

–No te había visto nunca con un vestido, princesa. Estás… –él volvió a mirarla de arriba abajo y ella se sonrojó– impresionante.

–Y, naturalmente, eso le sorprende.

Si él no hubiese estado obsesionado con hasta el más mínimo detalle de ella, se le habría escapado el leve temblor de la voz y el rápido parpadeo para disimular que había abierto mucho los ojos. ¿Realmente estaba tan poco acostumbrada a que los hombres le hiciesen caso? ¿Ningún hombre la había deseado y… tocado? Lo último le corroyó por dentro y frunció el ceño.

–¿Sorprenderme? ¿Qué quieres decir?

–Creyó que vendría con el rabo entre las piernas y deseosa de…

Él sonrió por la imagen que había creado ella.

–Si sigues repitiéndolo, princesa, empezará a gustarme.

–¿A gustarle qué?

–Que estés deseosa por mí, en cualquier sentido.

Ella se quedó boquiabierta y volvió a parpadear con los labios un poco fruncidos. Tenía la boca ligeramente pintada de rosa y era una auténtica tentación.

–Hoy tengo que sentirme bien conmigo misma, señor Márquez, como si estuviese uniformada para la guerra.

–¿Esto es una guerra para ti, princesa?

–¿Está insinuando que no lo es? Como no me pliego a su voluntad como cualquier otro ser vivo del planeta, usted amenaza lo que más quiero. No estoy dispuesta a que, además, mis inseguridades me atosiguen. No pienso permitir que la prensa se invente otro…

–No estoy de acuerdo con…

–Comprobará que soy la mujer más sensata y pragmática que ha conocido, pero, aun así, usted tiene la… alarmante capacidad de hacerme perder todas mis… facultades.

Él miró un instante su gesto boquiabierto y empezó a reírse.

–Yo doy por supuesto que te has vestido así solo para impresionarme, que esperabas hacerme perder mis facultades.

Ella volvió a arrugar los labios e indicó que, efectivamente, se le había pasado por la cabeza.

–Mi forma de vestirme repercute en mis hermanos y en la Casa de Drakos. Por lo tanto, esto… –ella se señaló el vestido con la mano y él sonrió– esto no tiene nada que ver con usted, señor Márquez. Ha convertido la pequeña disputa entre nosotros en una cuestión de Estado. Yo… no podría darle menos importancia.

Gabriel sintió una punzada de rabia cuando mencionó a sus hermanos. La agarró del codo y la llevó hacia la entrada del restaurante.

–La felicidad de mi hija no es una pequeña disputa.

–No lo es –ella suspiró–. Y solo por eso he venido a pactar. Nikandros prefería dejar que todo se hundiera antes de que yo viniera a negociar con mi vida, pero no puedo permitir que Drakon pague los platos rotos porque usted no se sale con la suya, como tampoco puedo negar que me equivoqué.

–¿En qué…?

Gabriel retrocedió un paso al ver la intensa emoción en sus ojos. Estaba acostumbrado a mujeres sofisticadas y modernas que, como él, consideraban que las emociones eran una debilidad que afectaba a la cabeza y el cuerpo, y la princesa era un auténtico latigazo para sus sentidos.

–No calculé hasta qué punto podía afectarle a Angelina mi marcha. No me di cuenta de lo apegada que está a mí y de que esto también podía parecerle un abandono –le temblaron los labios y abrió los ojos–. No podía quitarme de la cabeza el sonido de su llanto.

Él valoraba la situación y era como si un engranaje diera vueltas en su cabeza. Tenía que haber algo que él pudiera darle y que ella quisiera. Todo el mundo quería algo de él, y las mujeres más. Hasta su amiga Alyssa, el colmo de la integridad, había necesitado su apoyo cuando puso en marcha su negocio.

Estaba convencido de que ella sería lo mejor para Angelina. Eleni se lo había demostrado un centenar de veces durante las dos semanas pasadas, aunque él había amenazado todo lo que ella más quería.

Ella abrió la boca con asombro y eso fue el único indicio de que ella se había dado cuenta de que el restaurante estaba vacío. Los

acompañaron hasta una mesa que estaba en la famosa terraza con vistas a las montañas que rodeaban Drakon por un lado. Las copas y el cubo con la botella de champán resplandecían a la luz anaranjada del atardecer. Él observó las distintas expresiones que iban reflejándose en su rostro; admiración, un destello de alegría cuando vio los picos de las montañas, seguido por el desaliento, y ese aire pragmático de que nada la afectaba.

Decir que era interesante era decir muy poco cuando se refería a ella.

Le retiró la silla, pero toda su elegancia estuvo a punto de caer por los suelos cuando se resbaló. Gabriel la sujetó de un codo y su cuerpo reaccionó al instante cuando las redondeces de sus curvas le rozaron un costado.

–Gracias –murmuró ella con un susurro gutural que hizo que Gabriel se imaginara su cuerpo debajo del de él.

Estaba impresionante a esa luz y nadie que la viera volvería a decir que era anodina. Apretó los dientes para intentar serenar su cuerpo y que su cabeza se concentrara en ese momento. Era la reunión más importante de su vida y no podía fallar esa noche.

–¿Champán…? –le ofreció él una vez sentados.

El pulso del cuello le palpitaba a toda velocidad, pero levantó la cabeza y lo miró sin inmutarse.

–Soy muy estúpida –comentó ella con una mueca de amargura en la boca.

Él frunció el ceño. No le gustaba ese velo que caía sobre sus ojos y la ocultaba para él. No se había dado cuenta de lo cautivadora que era la sinceridad natural de Eleni Drakos hasta que le privaba de ella.

–No sé qué quieres decir…

Ella levantó los brazos e hizo un gesto que abarcaba todo el restaurante, la puesta de sol, el cubo de champán…

–No me arrepentí de haberlo visto aquella noche ni después de las amenazas e insultos. Me aferré a la creencia de que había sido un momento sincero entre nosotros hasta que me arrancó la máscara, pero no puede evitarlo, ¿verdad?

–Princesa…

–Utilizará todo lo que le conté, todo lo que siento cuando lo veo, para manipularme a su antojo.

Gabriel se crispó al ver el gesto de la boca de ella. Nunca le habían gustado los remordimientos ni le habían parecido que sirvieran para algo.

–No entiendo que te suponga un sacrificio tan grande estar con Angelina y conmigo cuando afirmas que la quieres de verdad.

–Porque mi vida no es algo que esté a su disposición durante

una temporada.

–Pero sí lo está para tu padre, tus hermanos e, incluso, Drakon, ¿no? ¿Qué tengo que hacer para que seas igual de leal con Angelina? ¿Qué tengo que hacer para que te quedes con Angelina mientras ella te necesite, hasta que ella y yo hayamos… conectado?

El corazón le aleteó como las alas de un pájaro que había caído en una trampa. Le temblaron los dedos que sujetaban la copa y los escondió encima del regazo.

–Podría arrepentirse de haber hecho esa oferta…

–Haría lo que me pidieras, princesa. Pondría el mundo a tus pies si quieres.

Eleni se pasó la lengua por los labios y él se puso en tensión. Gabriel contuvo una maldición. Esa atracción que sentía hacia ella estaba empezando a ser un problema. Ya sabía que su deseo de darle lo que había querido aquella noche no había sido solo para que se plegara a su voluntad, también había sido porque había querido explorar esa atracción, y todavía quería besar esa boca carnosa, recorrerle todas las curvas con las manos y la boca, poseerla hasta que saltara por los aires ese aspecto recatado e impecable que utilizaba como máscara, hasta que perdiera esa suficiencia que utilizaba como un arma… hasta que fuera la mujer que lo había besado con avidez, como lo hizo aquella noche.

–Quiero que firme un contrato que garantice que no volverá a poner en peligro la economía de Drakon.

Él se dejó caer sobre el respaldo y la miró con detenimiento. Tenía los labios apretados por la firmeza y los ojos resplandecientes por la rabia. Él sonrió y dio un sorbo de agua solo para hacerla esperar. Ella se movió en la silla y miró hacia otro lado.

–Hecho –concedió él por fin–. Siempre que tú cumplas todas mis condiciones.

–No he terminado todavía.

–Sigue…

–Quiero que ese contrato sea parte del contrato prematrimonial. Quiero que Drakon y su empresa estén firmemente atados para que no pueda amenazarnos otra vez.

Él desvió la mirada desde su preciosa boca a sus ojos sin poder salir de su asombro.

–¿Qué has dicho…?

Ella subió las manos, agarradas con fuerza, y las puso encima de la mesa, pero volvió a bajarlas al regazo. Después, le dirigió una mirada enérgica.

–He repasado mil veces en mi cabeza lo que quiere de mí, todas las maneras que tiene de utilizar la amenaza sobre Drakon, lo tranquilamente que utilizaría en su beneficio lo que le conté aquella

noche, lo frágil que está Angelina desde que se enteró de mis planes… –Eleni contuvo la respiración como si eso le doliera–. No quiero que le odie o le culpe cuando me pierda a mí, no quiero que vuelva a hacerle esto a Nikandros porque no he conseguido que ella le quiera en cuatro meses, o en el ridículo plazo que usted considere suficiente para que suceda. No puedo correr ese riesgo. Por eso, he encontrado una solución conveniente para todas las partes y que no hará un daño permanente a la niña. Yo… Yo quiero que se case conmigo. Usted utilizará Drakon para garantizar el bienestar de Angelina y yo espero que se lo pensará dos veces antes de destruirlo cuando sea parte de su vida tanto como lo es de la mía. Quiero… Quiero tener la oportunidad de salir ganando también.

Esa vez, cuando él se rio, fue con un sarcasmo desbordante. La rabia lo dominaba ante esa propuesta tan disparatada.

–Te lo explicaré, princesa. No saldrás ganando al arrimarte a mi árbol. Soy incapaz de sentir algo parecido al amor por una mujer, solo serías…

–No sería un matrimonio de verdad. Sé lo que aporto a ese contrato y lo que recibo –ella no volvería a atarse con otro hombre para acabar preguntándose otra vez qué le faltaba–. Usted garantizará a Angelina que tenga una madre que la quiere.

–¿Y harías todo esto por tu querido Drakon? ¿No esperarías nada más de mí?

Aunque la desafiara con el tono, le preocupaba que estuviese dispuesta a martirizarse. ¿Su futuro no les importaba ni a Andreas ni a Nikandros? ¿No había nadie que se ocupara de esa maldita mujer?

–No, sí quiero algo más…

–Adelante, princesa, si has tenido el temple de pedirme el matrimonio, no te achiques ahora…

–Yo… Yo no te pido que me ames o me seas fiel, Gabriel. Yo… ya no me engaño de esa manera. Solo pido que me des…

Se puso tan roja que Gabriel la miró fascinado. Le temblaban los labios y estaba mordiéndose el labio inferior. El deseo lo alcanzó como un puñetazo y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no ser él quien le mordiera ese labio…

–Eleni… –su nombre le salió con la voz ronca por lo tentadora que era.

–Quiero tener un hijo. Estaba visitando agencias de adopción cuando tú… amenazaste con retirar tu empresa de Drakon. Eso es algo a lo que no renunciaré por nadie.

Todos los músculos del cuerpo se le pusieron en tensión y la intuición le decía que no se metiera en ese trato con esa mujer.

–¿Estás negociando un hijo…?

Sin embargo, mientras lo asimilaba, tuvo que admirar sus agallas.

–Sí. Para todo el mundo, y para Angelina, seremos una familia. No exigiré nada de tu tiempo o de tus sentimientos. Yo la querré como si fuese hija mía, y llevaremos vidas separadas menos cuando tengamos que estar juntos por ella.

–Si la prensa pudiera verte en este momento… El chiflado rey Theos te enseñó bien a hacer política. Estoy seguro de que ni siquiera tus hermanos habrían ideado una estrategia mejor para que mi empresa quede atada a Drakon.

Ella se encogió en la silla y miró hacia abajo como si quisiera ocultar la expresión de desasosiego.

–¿Crees que es lo que quiero? ¿Crees que quiero casarme con un hombre que me mira como si estuviese atrapándolo, un hombre famoso por lo poco que duran sus aventuras, un hombre con el que tengo que negociar un hijo? Gabriel, será un matrimonio de conveniencia. Tú lo harás por Angelina y yo lo haré por Drakon.

La idea de que la princesa podría estar manipulándolo desapareció al ver la furia en sus ojos. Se levantó de la mesa y fue hasta la reluciente barra vacía. Se hizo un silencio sepulcral mientras intentaba analizar lo que sentía. La rabia a la que le gustaría aferrarse estaba disipándose y nadie podía acusar a la princesa de Drakon de no ser lógica.

Se pasó la mano por el pelo cuando oyó que ella se movía y notó que la calidez de su cuerpo le alcanzaba a los sentidos. Cuando ella estuviese con Angelina y con él, en calidad de lo que fuera, tendría a la princesa de Drakon en la cama, la atracción entre ellos era demasiado abrasadora.

Sin embargo, por primera vez en su vida, no podía hacer lo que quería. No podía acostarse con la princesa y estropear la posibilidad de que Angelina contara con ella.

¿Tan malo sería llegar a un acuerdo amistoso disfrazado de matrimonio ante todo el mundo por el bien de su hija? ¿Sería lo mejor para su hija unir a la princesa con él de la más legal de las maneras?

–Todavía no he asimilado el papel de padre con Angelina y quieres que te dé otro hijo cuando sabes que siempre me mirará y sentirá que lo he rechazado…

Lo dijo en un tono tan dolorido que Eleni sintió que se le encogía el corazón. En cuestión de segundos, había dejado de ser el hombre arrogante y despiadado y se había convertido en un hombre que sabía lo que era el dolor, en el hombre que conoció una noche a la luz de la luna.

Impulsivamente, le tomó una mano y le obligó a abrir el puño.

–No serás un desastre, me tendrás a mí para que te guíe. Gabriel, yo sé lo que es ser un hijo así y sé cómo es un padre así. Yo no tendría un hijo con ese padre, tú no eres ese tipo de hombre. Tus ganas de hacer las cosas bien con Angelina es lo que nos ha llevado a esta situación. Aunque no soporto que tengas el destino de todo lo que quiero en tus manos, entiendo tus motivos. Solo seremos una pareja con unos hijos a los que quieren. Muchos matrimonios que salen bien parten de menos.

–¿Y si me niego? –él se dio la vuelta y las luces del techo dieron una delicadeza engañosa a su rostro–. ¿Abandonarías a Angelina? ¿Dejarías que la ruina cayera sobre Drakon?

Eleni hizo un esfuerzo para sonreírle, o para esbozar lo más parecido a una sonrisa que pudo. Negociar con Gabriel era como chocar un cristal contra una roca. Nik se lo había avisado y le había prohibido que lo hiciera, pero ¿qué alternativa le quedaba?

Querer a esa niña, a sus hermanos y a Drakon nunca había sido como llevar una piedra colgando del cuello.

–Sí –contestó ella aunque no sabía si lo resistiría–. Angelina te odiaría por lo que has hecho, la gente de Drakon sufriría y se te quedaría grabado en la cabeza para siempre.

Eleni no esperó su réplica. Estaba cansada de ir de un sentimiento a otro, de negociar lo único que quería en la vida. Si él no aceptaba, entonces era el malnacido despiadado que se había repetido una y otra vez que era, un hombre con el corazón tan escondido que era muy posible que no tuviese.

Estaba en el pequeño patio que había fuera del restaurante cuando notó su mano en el hombro.

Se dio la vuelta con el corazón retumbándole en el pecho. La camisa y los pantalones negros que llevaba hacían que se fundiera con la oscuridad que los rodeaba y que solo quedara el contorno de su imponente tamaño y su abrumadora virilidad.

Se la acercó con las dos manos en los hombros, como si él también estuviese intentando verla en la oscuridad.

–Entonces, ¿es un… apaño, princesa? ¿Nada de exigencias o expectativas?

–Sí.

El anhelo la atenazó por dentro cuando sus piernas se pegaron a las de él. Apoyó las manos en su pecho y notó los latidos del corazón debajo de la palma. De repente, se sintió frágil y femenina ante esa musculatura y esa calidez ardiente.

–Nada de exigencias o expectativas –añadió ella.

–¿Tampoco pides fidelidad?

–No, después de que me hayas dado un hijo –ella intentó que pareciera imperturbable, pero era demasiado hombre y la voz le

salió ronca e, incluso, un poco titubeante–. De verdad, Gabriel, sería una buena idea que moderaras tus… actividades en ese terreno. Al menos, a corto plazo. Angelina debería ver que es una prioridad para ti, que no lo es el trabajo o la vida amorosa. Que vea que la queremos y que estamos juntos en esto por ella. Hasta entonces, tú podrías… nosotros podríamos…

Él mostró sus blanquísimos dientes y ella vislumbró su sonrisa depredadora. Su carcajada burlona le sacudió todos sus sentidos y se sintió dominada por su olor, su sonido y su contacto.

–¿Estoy autorizado a dormir con mi esposa hasta entonces, pero no después?

–Así es.

El bochorno la abrumaba y agradeció el amparo de la noche. A él, al muy canalla, le resplandecía la sonrisa y el brillo malicioso de los ojos, y la provocaba con sus burlas.

–Para entonces –siguió ella–, habré dejado de ser una novedad para ti. Mientras tus aventuras sean discretas, no me afectaran ni a mí ni a nuestros hijos.

Le tomó la nuca con un gesto tan posesivo que Eleni se estremeció. Introdujo los dedos entre el pelo y le levantó la cabeza.

–Lo tienes todo pensado, ¿no? ¡La princesa Eleni Drakos al rescate!

Ella no sabía si seguía burlándose o estaba enfadado, solo podía sentir sus dedos en el cuero cabelludo, el granítico contorno de la cadera en el abdomen, el aliento ardiente en la cara…

–¿Y tú, princesa…?

Entonces, sus labios rozaron los de ella, que dio un respingo ante la descarga abrasadora que le recorrió todo el cuerpo. Gimió cuando él lo repitió, aunque no posó su boca sobre la de ella. A pesar de las burlas y provocaciones, iba a firmar el contrato con sus condiciones, pero cuando se trataba del fuego que brotaba entre ellos, cuando le rozaba los labios con los de él, se plegaba a sus deseos.

–¿También te buscaras amantes cuando quieras tener a un hombre en tu cama? –le preguntó él.

Eleni lo miró a los ojos y él sintió una satisfacción masculina incontenible. Tenía sus manos en el pecho, pero quería sentirlas por todo el cuerpo. Quería tenerla debajo, quería ver esas curvas voluptuosas desnudas, quería que perdiera esa máscara de corrección, quería a la mujer del baile de máscaras en la cama.

–¿Qué?

Hacía meses que a él no se le pasaba por la cabeza la idea de tener una amante. ¿Cómo iba a pasársele cuando estaba obsesionado que esa pequeña guerrera que tenía delante? Sin

embargo, la idea de que ella estuviese con otro hombre… ¡No! ¡Ella no necesitaría a otro hombre!

Si la princesa quería un acuerdo amistoso, se lo daría, pero después de haberla dejado anulada para cualquier otro hombre.

–Eleni, ¿te buscarás un amante cuando este matrimonio se haya convertido en un apaño otra vez y no me necesites?

–Jamás haría nada que perjudicara a mis hijos o a la reputación de la Casa de Drakos.

–Respuesta correcta, princesa –susurró él antes de besarla en la boca.

Se estremeció antes de quedarse rígida entre sus brazos. Él le mordió ese labio inferior que siempre lo había torturado y ella abrió la boca con un gruñido ronco. Le agarró la cabeza e introdujo la lengua. Sabía a inocencia y pasión, y su lengua titubeó un poco antes de entrelazarse con la de él.

Si había tenido algún recelo por la contrapropuesta de ella, lo olvidó en ese instante, en cuanto la avidez se adueñó de su cuerpo. La princesa en su cama y un puente tendido entre su hija y él… Quizá ese matrimonio no fuese una idea tan mala para el futuro inmediato.

Capítulo 4

¡LA PRINCESA ANODINA CAZA A MAGNATE INMOBILIARIO! ¿Boda por amor o un pacto acordado por sus poderosos hermanos?

Mientras se dirigía a los aposentos de Gabriel en el ala oeste del palacio, Eleni intentó no hacer caso del titular que había visto esa mañana.

Con un metro noventa de músculos, era la encarnación de la sexualidad. Si a eso se le añadía su influencia, la seguridad en sí mismo que le brotaba por todos los poros, su talento como uno de los arquitectos más destacados de su época y su imperio inmobiliario, Gabriel era el sueño de cualquier mujer.

Sin embargo, había permanecido soltero tanto tiempo que todo el mundo había dirigido la mirada hacia la mujer que le había persuadido para que se comprometiera. Eleni, por primera vez en su vida, era el centro de atención, pero ese protagonismo solo había servido para que se diera cuenta de que, para todo el mundo, no le llegaba ni a la altura del betún.

Cuando Gabriel y ella le contaron la noticia a Angelina, la niña se arrojó en brazos de Eleni temblando de pies a cabeza. Sabía que estaba haciendo lo que tenía que hacer por la niña y por eso no se preguntó si no sería una auténtica locura, mientras los medios de comunicación y el palacio sí habían enloquecido por la noticia.

A la mañana siguiente de que llegaran al acuerdo, Gabriel les había citado, a Nikandros y a ella, para una reunión. La diferencia entre el hombre que la había besado como si su vida dependiera de ello y el negociador implacable que se sentó en la sala era abismal. Furiosos, Nik y sus abogados habían intentado tapar todos los resquicios que podría aprovechar Gabriel para volverse atrás otra vez, mientras él, impasible, dictaba la condiciones del matrimonio y le lanzaba miradas enigmáticas a ella.

Angelina, emocionada ante la idea de pasar la tarde con Eleni y su padre, ya estaba en los escalones de entrada. Ella fue a la sala y, como la encontró vacía, fue al despacho de Gabriel.

Los ventanales dejaban entrar la luz sobre la figura alta y ancha que estaba inclinada sobre la mesa. Tenía la camisa remangada y se

le podían ver los antebrazos fibrosos recubiertos de vello oscuro. El lápiz y la regla parecían diminutos en sus manos, pero sus movimientos eran elegantes mientras tomaba medidas y dibujaba en una hoja en blanco.

Con el corazón desbocado, se fijó en la tensión de los pantalones negros sobre el trasero y los muslos y en los músculos de la espalda bajo la camisa. Se apartó el pelo, negro como el azabache, que le había caído por la frente.

Estaba absorto en el trabajo, el proyecto de un complejo turístico a los pies de las montañas de Drakon. Todas las inseguridades la asaltaron mientras miraba su cuerpo y oía el susurro del lápiz al deslizarse sobre el papel. ¿Acaso se había creído que iba a acostarse con él, a invitarlo a que entrara en su cuerpo, y que iba a salir indemne?

Dándole vueltas a mil cosas en la cabeza, se giró para marcharse cuando unos dedos la agarraron del brazo. Fue como una descarga de placer y cada célula del cuerpo quiso deleitarse con el contacto.

–¿Huyes, Eleni…?

Ella se estremeció al oír el tono provocador.

–Yo…

Tenía la boca reseca y se pasó la lengua por los labios. Ese contacto hizo que reviviera todo, la firmeza de su boca sobre la de ella, sus manos en las caderas… Él tenía la camisa desabotonada hasta la cintura y dejaba ver su piel bronceada con vello negro… El cuello fibroso, la barba incipiente de la tarde… Cerró los ojos para asimilar lo mucho que la alteraba.

Olía a colonia y sudor, una combinación irresistible que le embriagaba los sentidos. El gesto indolente de su boca tenía algo que le recordó a un gato muy seguro de su atractivo.

–Estaba esperando a ver si te distraías un momento –consiguió seguir ella–. Mi padre se ponía furioso si lo interrumpía cuando estaba trabajando, aunque tuviera una cita.

–¿Necesitabas tener una cita para ver a tu padre?

–Siempre estaba muy ocupado y, en aquella época, yo no aportaba nada.

Eleni se encogió de hombros cuando él la miró en silencio. Tenía una forma de mirarla que hacía que se sintiera desnuda, y no en el sentido físico. Era como si siguiera siendo aquella niña a la que le habían dicho que el rey era su padre y que se había portado muy bien al reconocerla, y mucho mejor al adoptarla.

Siguió para desviar de ella la atención de Gabriel.

–Angelina y yo llevamos más de media hora esperándote.

Él frunció el ceño y miró el reloj de muñeca.

–Me he olvidado por completo…

Miró alrededor con las manos en la nuca. Había trabajado durante meses con él y su equipo, pero nunca lo había visto dudar así. Siempre había estado seguro de sí mismo, había sido drástico e incluso arrogante.

–¿Está enfadada conmigo?

–No. Me dijo que era tonta si me sorprendía que no te presentaras. No es sano que una niña tan pequeña sea tan escéptica…

–Estaba trabajando y me he olvidado –Gabriel volvió a mirar la mesa y se apartó el pelo de la cara–. Es posible que sea mejor que no os acompañe esta tarde. No sé si nos hemos recuperado todavía de la última… discusión.

Eleni suspiró al acordarse de que los empleados le habían contado que habían encontrado pasteles en el retrete y unos zapatos de salón destrozados. Un puzzle de mil piezas, un mapa de Estados Unidos, apareció repartido por todo el palacio. Mia y ella se encontraron a Nueva York en el jardín y se rieron por esa destrucción tan imaginativa.

Todo el palacio sabía la discusión que habían tenido el padre y su hija cuando él se enteró de lo que había hecho.

Gabriel no podía dejar de encargar regalos cada vez más caros y Angelina no podía evitar destruirlos de formas cada vez más originales.

–Mi hija y yo tenemos temperamentos parecidos. He aprendido que lo mejor es que no nos acerquemos cuando estamos enfadados. Yo podría decir algo que fuese irreparable. Por eso, seguramente, lo mejor será que sigáis con lo que teníais pensado hacer esta tarde.

–Por todos los santos, Gabriel, ¿no puedes ver más allá de esos actos de rebeldía?

–Destrozó los zapatos de salón, tiró a la basura los pendientes de diamantes. Yo…

–Porque te quería a ti. Gabriel, ella no entiende todavía que vayas a quedártela, que vayas a estar siempre en su vida, que no vayas a abandonarla como hizo su madre. Rechaza todo lo que le regalas.

–No quiero un sermón, Eleni –replicó él mirándola con unos ojos gélidos.

–Me da igual lo que quieras. Mi trabajo es decirte lo que estás haciendo mal. Deja de ser tan tozudo y machito.

–¿Tozudo y machito?

–Sí, como todos los hombres cabezotas. Mira un poco más allá de tu ego.

–Me consideras un padre espantoso, princesa, pero, desde que me enteré de su existencia, he hecho cambios en mi vida que no

había hecho con nadie. La he traído a vivir conmigo y he hecho concesiones, ¿qué más tengo que hacer?

–Tienes que pasar más tiempo con ella, Gabriel. ¿Tanto te cuesta entenderlo? –Eleni suspiró cuando vio que él seguía frunciendo el ceño–. Dijiste que querías acercarte a ella, dijiste que ella es importante para ti, pero llevamos dos semanas de… trato y has pospuesto, cancelado o puesto mil excusas para no estar con nosotras, con ella. Angelina ve lo que haces, tus actos son el mensaje que recibe.

–Parece entusiasmada porque no te marchas.

–Lo está.

–Entonces, ¿qué más necesita?

–¿Creías que yo iba a sustituirte? –entonces, notó que se le encendía una lucecita en la cabeza y lo miró fijamente–. Hay en algo en ti que se resiste a establecer un contacto de verdad con ella, ¿puede extrañarte que piense que no la quieres?

Eleni suavizó la expresión, pero Gabriel la miró a los ojos y luego desvió la mirada. Apretó los dientes y sintió una punzada de dolor al darse cuenta de que la princesa tenía razón otra vez. Había hecho todo lo tenía que hacer según lo que había investigado, menos pasar más tiempo con su hija.

Oyó las delicadas pisadas de la princesa y percibió su olor floral. Después de la discusión con Angelina, había estado trabajando sin parar porque allí no se podía fracasar, allí no cabía la vulnerabilidad, y menos la suya.

–Gabriel… todas tus buenas intenciones no servirán de nada si no las respaldas con los actos. ¿Qué es lo que te cuesta tanto de todo esto? Por favor, déjame que lo entienda.

–No hay nada que me cueste, princesa.

Ella, en vez de alejarse, le puso una mano en el brazo y se rio ligeramente.

–¡Qué típico de un hombre!

Él se dio la vuelta con la intención de ponerla en su sitio, pero vio el delicado brillo de sus ojos marrones y se ablandó por dentro, se acordó de cosas que habría preferido olvidar.

–Yo, cuanto tenía dieciocho años, tenía la custodia de Isabella, mi medio hermana, mientras mi madre estaba… empezando a portarse bien. Isabella estaba prometida a Andreas, pero… –Gabriel se tragó el nudo de frustración que se le había formado en la garganta–. Sí, tuvo una aventura con Nikandros. Isabella era como mi madre, voluble por naturaleza, y no paraba de mariposear. Es posible que todo empeorara porque yo se lo reprochaba

–¿Se lo reprochabas?

–No lo sé, creo que sí. Mi madre la tuvo después de que

abandonara a mi padre y se quedara embarazada de su amante. Mi padre murió un par de años después e Isabella se convirtió en responsabilidad mía, pero yo no era un hermano mayor cariñoso. En ese momento, yo no…

–¿Qué, Gabriel?

–Yo no confiaba en las mujeres. Estaba… Estaba levantando mi imperio. Siempre tuve remordimientos porque es posible que llevara a Isabella al límite con mis juicios cuando ella era… inocente, Tal vez, si hubiese sido mejor hermano, ella habría tenido más seguridad. Supongo que cada vez que veo a Angelina, me acuerdo de cómo traté a mi hermana.

–¿Y prefieres no intentarlo al riesgo de hacerlo mal?

–¿No es mejor a que me odie, a que me considere responsable de todo lo que le pase? Podría captar el resentimiento que siento hacia su madre. ¿No se sentiría atrapada entre el recuerdo de su madre y su lealtad hacia mí? –Gabriel tenía la mirada perdida en el infinito y la boca rígida por la tensión–. Como tú dices, es posible que haya decidido que es mejor así.

–Entonces, permíteme que te diga que no lo es. Cada vez que la dejas a un lado, que antepones el trabajo o cualquier otra cosa a ella, estás perdiendo un poco más de tu hija. Gabriel, por favor, confía en que te ayude, confía en que no dejaré que fracases, o, si no, todo esto no servirá de nada.

Gabriel la miró y notó que algo cambiaba dentro de él. Jamás había confiado en una mujer. Naturalmente, tenía amigas a las que apreciaba y respetaba, pero confiar en una mujer… Había perdido esa capacidad incluso antes de que su madre les abandonara a su padre y a él. La había perdido cuando había visto que ella incumplía su promesa una y otra vez; cuando, en vez de ser la adulta, le había llenado la cabeza con sus propias dificultades; cuando le había obligado a madurar demasiado pronto.

Eleni, con los ojos marrones muy abiertos, volvió a mirarlo. Ella tenía la barbilla levantada y la boca un poco torcida, transmitía una mezcla desconcertante de seguridad en sí misma e inocencia que le fascinaban incluso en ese momento. Le miró la mano y notó el delicado pulso de la muñeca en sus dedos. Los medios de comunicación habían estado observándola con mucho detenimiento desde que anunciaron sus planes. Todos y cada uno de los reportajes habían sido muy poco halagüeños con la princesa y a él lo habían calificado como el partido perfecto. Habían mirado con lupa todo el pasado de ella, como, por ejemplo, que su madre había sido la niñera de Andreas cuando tuvo una aventura con el rey Theos delante de las narices de la reina, que su madre la había vendido al rey, que como nadie había mostrado interés en la

princesa anodina, esa boda con Gabriel la habían maquinado sus poderosos hermanos…

Sin embargo, la princesa se había limitado a levantar más la cabeza por todas las inmundicias que arrojaba la prensa, se había comportado con la dignidad que parecía llevar en la sangre, mientras Nikandros y él negociaban el contrato prematrimonial en el que ella se entregaba generosamente a Drakon. Ella no quería elogios ni reconocimientos por lo que había hecho. La única vez que había interrumpido las negociaciones había sido para pedir, con las mejillas sonrojadas, que se tuviera en cuenta la tranquilidad económica de los hijos que pudieran tener.

Por mucho que se dijera que tenía la sangre contaminada, la princesa de Drakon era fundamental para la Casa de Drakos, era una mujer como no había conocido ninguna, una mujer con la que no sabía bien qué hacer ahora que iba a ser suya, una mujer que lo enervaba por lo generoso que era su amor hacia sus hermanos y hacia la hija de él.

Le tomó la mano y le dio la vuelta. Le pasó un dedo por la palma y oyó que contenía la respiración, como siempre que la tocaba, aunque siempre había sido de manera accidental desde aquel beso abrasador. Esa reacción espontánea despertó al demonio que llevaba dentro.

–Gabriel…

Él levantó la mano y se la llevó a la boca. Luego, la soltó cuando ella tiró como si la hubiese quemado. Se quedó quieto, ya se había acostumbrado a la palpitación del deseo en todos los músculos. Se obligó a tener paciencia y a esperar.

–Muy bien, confiaré en ti, princesa. Al menos, en esto.

Entonces, él agarró la camisa por debajo y se la quitó por encima de la cabeza, y a ella se le esfumó todo el control que había creído que tenía de la situación, de la relación entre ellos. Se quedó boquiabierta de forma audible.

–¿Qué… estás… haciendo? –preguntó Eleni con las mejillas abrasándole.

Los músculos perfectamente definidos y fibrosos le tensaban la piel de color oliva, y no le sobraba ni un gramo de carne. Eleni se pasó una mano por la nuca al caer en la cuenta, con cierta vergüenza, de lo redondeados que era sus muslos y sus caderas, de lo… anticuada que era su figura, de que sus mejillas eran regordetas y su nariz demasiado prominente, de lo poco que tenía que ofrecerle a un hombre como ese…

Sin embargo, no podía separar los pies de suelo para salir corriendo y tampoco podía decir que aquello se había acabado ni para salvar el orgullo. Miraba con fascinación mientras él hacía una

bola con la camisa y la tiraba a un rincón. Luego, él fue al cuarto de baño contiguo y ella oyó el chapoteo del agua.

Cuando salió, las gotas de agua le caían por el pecho. Se secó con una toalla sin dejar de mirarla

Con un destello malicioso en los ojos.

–Estás congestionada, Eleni. ¿Te sientes mal?

A Eleni no se le ocurrió ninguna respuesta y se pasó la lengua por los labios, que se le habían secado de repente.

Él tiró la toalla al mismo rincón donde estaba la camisa, se puso una camisa blanca limpia y se quedó delante de ella, que empezó a palpitar por dentro al captar su olor a sudor y colonia.

–¿Qué quieres de mí?

–Abróchame la camisa –contestó él con un brillo perverso en los ojos grises.

Eleni miró el contorno de los músculos del pecho y el vello que lo cubría ligeramente y que formaba una hilera por debajo del ombligo que desaparecía en los pantalones. Le temblaron los dedos cuando cerró los puños. Reunió toda la fuerza de voluntad que había acabado doblegando a su padre y miró a Gabriel a los ojos.

–He sido casta durante demasiado tiempo, Gabriel, y supongo que por eso mi reacción ha sido tan… intensa. Cuando duerma contigo, ya no tendrás tanto poder –Eleni se dirigió hacia la puerta–. No hagas esperar tanto a tu hija –añadió por encima del hombro y sin mirarlo.

Él dejó escapar una risa burlona que ella no olvidaría durante muchas noches.

Era una tarde excepcionalmente fría para el otoño y Eleni esperó a Gabriel en el patio. Toda una serie de actividades habían seguido a aquella noche en la que Gabriel y ella habían llevado a Angelina al musical. El padre y la hija no se hablaban mucho todavía, y menos cuando discutían, pero Angelina había tomado nota de que Gabriel había estado en todas las cenas y en todas las actividades que Eleni les había propuesto.

Le niña era tan obstinada como su padre y no le pedía nada, pero Eleni podía ver la emoción en sus ojos y que inclinaba la cabeza cuando oía la voz de su padre… como también podía ver que Gabriel miraba a su hija con detenimiento. No había contestado cuando Eleni había vuelto a preguntarle por su hermana, pero sí le había dado mucho sobre lo que reflexionar.

Era difícil ver otra faceta que no fuese la de empresario arrogante y multimillonario con aristas cortantes, pero, si se tenía en cuenta su comportamiento cuando no había sido adulto siquiera,

se veía a un hombre sin aristas y que sentía las cosas profundamente.

Ella intentaba mantener cierta racionalidad sobre la boda que se avecinaba. Estar con él en todas esas actividades estaba muy bien para Angelina, pero no para sus endebles defensas. Se había dado cuenta, durante las dos semanas pasadas, que Gabriel era una compañía extraordinaria, que contaba historias muy amenas y que cuando estaba de humor, algo demasiado frecuente, podía ser el mismísimo diablo.

La provocaba constantemente con caricias en la muñeca, rozándola cuando se sentaban muy juntos, agarrándola de los hombros cuando posaban en una de sus malditas e interminables fiestas… Era como si estuviese dispuesto a desquiciarla, como si quisiera castigarla por lo que había comentado sobre resistirse a él.

La atracción entre ellos se había convertido en una especie de juego del ratón y el gato y ella se sentía emocionada o abrumada, alternativamente, porque la perseguía el hombre más impresionante y poderoso del mundo. Se derretía con sus caricias aunque sabía que solo eran un juego para él, una novedad.

–Sube, princesa.

Iban a otra de esas fiestas a las que él se empeñaba que fuera cuando ella quería mantenerse alejada de las miradas de la gente.

Se sonrojó por el evidente tono burlón de él, se montó en la limusina y se encontró que el diablo que tenía sentado enfrente la observaba con todo detenimiento. Notó una oleada ardiente por dentro mientras él recorría con la mirada el vestido beige que había elegido porque entonaba con los zapatos de tacón de aguja con unas tiras doradas que le rodeaban los tobillos.

Él hizo una mueca con la boca sin dejar de mirar los tobillos. Ella notó un cosquilleo como si él le hubiese acariciado esa parte del cuerpo. Descruzó y volvió a cruzar los tobillos, pero solo consiguió sentir el sensual roce de los muslos.

–¿Qué…? –consiguió preguntar ella con un hervidero de sensaciones por todo el cuerpo.

–Creía que no te gustaban los tacones.

–¿Por qué lo sabes?

–Te lo preguntó el otro día Angelina cuando fuimos a jugar al parque y le contestaste que te parecía que ibas a caerte y a romperte la cabeza cada vez que te probabas unos.

Eleni se dejó caer sobre el respaldo de cuero para intentar disimular su reacción. No sabía que Gabriel prestara atención a las cosas que decía y no podía evitar que cierta calidez se adueñara de ella.

Él se aclaró la garganta.

–Aunque tengo que reconocer que creo que nunca había visto algo tan sexy… –los ojos de Gabriel resplandecieron en la intimidad de la limusina–…preferiría que mi prometida conservara la cabeza intacta para la boda –él se inclinó hacia delante con las piernas a los costados de las de ella–. ¿Por qué te los has puesto, Eleni?

–Me apetecía cambiar –contestó ella encogiéndose de hombros.

Él la agarró de las muñecas cuando ella iba a apartarse más en el asiento de cuero.

–¿Cómo voy a darte lo que quieres si das un respingo cada vez que te toco?

Eleni intentó relajarse aunque sabía que él tenía razón.

–Yo… Yo no estoy acostumbrada a que me toquen todo el rato… y me he puesto estos malditos tacones porque estoy harta de sentirme tan baja a tu lado. La prensa me recuerda todo el rato lo distinta que soy de tu tipo habitual, como si yo pudiera olvidarlo.

–Pero a mí me gusta sentirte así a mi lado, princesa, frágil y pequeña. Estar contigo es como un estímulo para mi virilidad.

–Gabriel, tu virilidad no necesita estímulos.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio. Hasta eso era sexy, como todo lo que él hacía. Unas arrugas burlonas le rodearon los ojos grises.

–Eso es verdad, pero otras partes de mi cuerpo sí los necesitan…

Eleni se sonrojó tanto que tuvo la sensación de que estaba echando llamas por las orejas.

–Te lo aseguro, princesa, no he conocido ni a una sola mujer que se sonroje como tú. Me había olvidado, en este mundo de igualdad, de lo atractiva que puede llegar a ser una mujer que se sonroja y balbucea negativas.

–¡Yo no balbuceo!

No pudo seguir indignándose con vehemencia porque él extendió una mano con un estuche de terciopelo.

–Ábrelo, Eleni –le pidió él con cierta impaciencia después de que ella lo mirara fijamente un rato.

Eleni lo abrió lentamente y se quedó sin respiración. Un zafiro rodeado de diamantes resplandecía a la luz del sol. Era el anillo más exquisito que había visto en su vida, y Eleni, como parte de la Casa de Drakos, había visto unos cuantos.

No era ostentoso, no era el símbolo de una categoría, no era el anillo que había esperado que un hombre como Gabriel Márquez, un hombre que dejaba claro quién era cada vez que respiraba, le hubiese regalado a su prometida.

–No te gusta el anillo…

Eleni lo agarró de la muñeca cuando iba a cerrar el estuche… y se le entrecortó la respiración cuando notó el vello de su muñeca en

la palma de la mano.

–Es el anillo más bonito que he visto en mi vida –el corazón se le aceleró a pesar de las advertencias de que eso solo era un apaño–. Estoy intentando rebuscar en la cabeza si le había contado a algún medio que los zafiros son mis favoritos…

–Se lo pregunté a tu cuñada.

–¿Se lo preguntaste a Mia? –exclamó ella desviando la mirada hacia él.

–En realidad, fue idea de Angelina que te regalara algo que te gustara. Me dijo que a las mujeres les gusta que les regalen cosas bonitas –él se encogió de hombros–. Al parecer, necesito el consejo de mi hija de doce años si quiero tenerte contenta.

Eleni intentó sofocar la oleada de calidez que estaba apoderándose de ella.

–Me alegro de que por fin tengáis algo de lo que hablar.

–Te aseguro que mi hija de doce años no solo está llena de consejos, no le faltan preguntas. Me atrevería a decir que ni tus hermanos te defienden tanto como ella.

–¿Qué quieres decir?

–Me obligó a que le dijera por qué iba a casarme contigo a la vez que afirmaba que te merecías algo mucho mejor que un adicto al trabajo como yo.

Eleni negó con la cabeza cuando él la miró con los ojos entrecerrados.

–Por mucho que no te soporte a veces, jamás diría algo así delante de ella, pero… Bueno, Nikandros no tiene tantos reparos y Angelina está tan encaprichada de él que todo lo que dice es verdad para ella.

–Creo que esa conversación sobre ti fue la primera de verdad que hemos tenido, y la más larga.

–¿Qué le dijiste?

–Angelina es demasiado lista como para engañarla y le conté una versión de la verdad.

–¿Cuál…?

–Que tengo treinta y seis años y que sentar la cabeza con una esposa no es mala idea. Sobre todo, si eso hacía que ella se sintiera segura y querida. También le dije que yo solo aceptaría un matrimonio en el que los dos tengamos los mismos objetivos y que tu supuesta santidad te convertía en la mejor candidata.

–¿Santidad…?

–Al parecer, no solo eres una amiga maravillosa, también eres una hija y hermana ejemplar, patrona de organizaciones benéficas para niños y una amazona sensacional –él hizo una mueca con la boca como si quisiera indicar que ella estaba engañando a todo el

mundo para que se creyera una fantasía–. Me presionaron mucho para que aceptara que me merecía casarme con ese modelo de rectitud.

–No soy ni anodina ni una santa, Gabriel. Los apremios que me entran cuando estoy contigo te lo confirmarán.

–¿Como subirte encima de mí aquí mismo y devorarme con esa boca tan carnosa que tienes?

Ella se atragantó y no pudo decir nada durante unos segundos. Ese hombre era un sinvergüenza incorregible.

–Como las ganas que me entran de darte un puñetazo cada vez que te aprovechas de esa atracción entre nosotros para tomar la sartén por el mango.

Él torció los labios, le tomó la mano y le puso el anillo. Ella tuvo que tragar saliva cuando el zafiro parpadeó en la penumbra de la limusina y se recordó que solo era de puertas afuera, para la prensa y para guardar las apariencias. Sin embargo, era la primera vez que un hombre se comprometía con ella y se quedó sin la poca respiración que le quedaba en los pulmones. Tuvo que contener las emociones mientras él le acariciaba el nudillo con una expresión pensativa en la cara. Eleni hizo un esfuerzo para dejar la mano en la de él y el corazón se le salía del pecho.

–Gracias, Gabriel. El anillo, aunque haya sido idea de Angelina, es muy considerado; sé que estoy arrastrándote al altar.

–En mi empresa nos ajustamos a los criterios más estrictos porque nuestro objetivo principal es la satisfacción del cliente, independientemente del margen de beneficios o de que vayamos a llevarnos el siguiente contrato. Yo haré todo lo que esté en mi mano para darte lo que quieras o necesites, para que hagas todo lo que puedas por Angelina. Solo es sentido común. Entonces, princesa, ¿estás arrastrándome al altar o seré yo quien te arrastre dentro de dos semanas?

–¿Dos semanas? Ni siquiera sé si Andreas ha recibido el mensaje que le mandé y no puedo casarme si no está él.

–Soy un empresario por encima de todo y no puedo dejar que las operaciones importantes esperen a nadie. Además, no necesitas la bendición de Andreas cuando eres tú quien está salvando a Drakon del lobo feroz. Sé muy bien todo lo que hay que hacer entre Angelina y yo y no voy a darte la ocasión de que te eches atrás. Andreas está muy ocupado buscando un fantasma. Además, cuando estemos casados, Angelina será tu prioridad, no tus hermanos.

Eleni, con la sensación del anillo en el dedo, lo miró fijamente. ¿Por qué se olvidaba todo el rato de que eso era una transacción para él, aunque fuese una importante? No pensaba en ella como una mujer a la que había que seducir, solo era una madre para su hija.

La frialdad de su análisis era como un diminuto trozo de cristal clavado en la mano.

–¿Vas a pedirme que haga un informe cuando cumplas con tu parte del trato? Me gustaría algún tipo de baremo o de preaviso si voy a tener que evaluar tu… rendimiento.

Esa vez, cuando él se rio, solo consiguió que se sintiera fría y sola. Tenía que recordar que, aunque había visto algunos detalles en Gabriel, tenía tanto corazón como había tenido su frío y manipulador padre. Solo la consideraba un medio para llegar a un fin.

Si hubiese sido una romántica, sus esperanzas y sus sueños ya estarían destrozados, pero, gracias a la crueldad de su padre y al abandono de Spiros, había perdido esas esperanzas hacía mucho tiempo.

Capítulo 5

EL festejo de la boda se celebró en el salón rosa del palacio de Drakon y los anfitriones fueron Nikandros y su esposa Mia. Tomó una copa de champán y la levantó en su dirección, aunque no podía quitarse la sensación de que su vida estaba menos en sus manos desde que la princesa y él habían llegado a ese acuerdo.

En dos semanas, se había ocupado de que Angelina y él hubiesen cenado juntos todos los días y les había obligado a mirarse al menos. Naturalmente, la princesa había sido el parachoques perfecto.

Él sabía que había que arrastrar a Angelina a esas cenas, pero, al menos, participaba en la conversación cuando estaba allí, sobre todo, si Eleni le preguntaba algo.

Él, que jamás había creído en nada que careciera de lógica, tenía que reconocer que los ojos de su esposa tuvieron algo de mágico cuando lo agarró de las manos y lo miró sonriente con esos preciosos ojos marrones. Algo que no era de este mundo flotó en el aire cuando se dirigió hacia él por el sendero cubierto de pétalos de rosa y cuando sonrió a Angelina, que llevaba las flores, con un brillo de amor inmenso en los ojos.

Había encargado a una organizadora de bodas que se ocupara de la ceremonia y le había ordenado que hiciera todo lo que quisiera su prometida sin reparar en gastos. La organizadora le comunicó que su prometida tenía una idea muy clara de cómo quería la boda.

Su amor por los detalles se notó hasta en los toques más mínimos.

Sin embargo, para Eleni, su compromiso era inapreciable, como si quisiera rebajarlo al recordarle constantemente que solo era un acuerdo entre ellos, que lo hacía por Angelina, mientras que ella, una vez que había decidido el camino que iba a tomar, lo aceptaba sin rechistar.

Era una transacción que no sabía muy bien cómo iba a compensarle a ella, y a él le parecía como un peso que llevaba en el pecho.

Uno de sus empleados se acercó a él justo cuando Eleni salía a

bailar con Nikandros. Casi no oyó lo que le dijo porque no podía apartar la mirada de la belleza voluptuosa de su esposa.

Su esposa, a quien tenía que proteger y amar. No podría hacer lo segundo, pero sí podía hacer lo primero.

El encaje de color marfil del traje trazaba una elegante curva sobre los abundantes pechos que sus manos anhelaban acariciar. La delicada diadema de diamantes se posaba sobre unos rizos castaños que caían provocativamente alrededor de la cara. Él sabía que era un regalo de su hermano Nikandros porque ella había rechazado sonrientemente todo lo que la joyería le había llevado de su parte. Solo había aceptado los anillos que él le había puesto en el dedo y la promesa de un hijo.

Incluso la indemnización que recibiría, por insistencia de Nikandros, en caso de que se separaran, se había puesto a nombre de los hijos, si tenían alguno. Ella no quería nada de lo que él pudiera o quisiera darle y sentía una punzada de inquietud en las entrañas porque era posible que no pudiera darle nada a esa mujer a cambio de lo que ella estaba dándole a él.

Era un hombre que había medido al mundo y a las personas según el valor de lo que él podía darles, pero Eleni lo dejaba con las manos vacías en ese sentido.

Por eso, había sonreído y había posado para las fotos con Angelina y Eleni, aunque le escocía la piel.

Después de que le repitiera las instrucciones, de que le explicara casi paso por paso cómo tenía que abordar a Angelina y vencer su resistencia, su hija y él habían conseguido terminar un baile, algo que habría considerado imposible hacía un mes.

La prensa se retorcería de risa si se enterara de lo mucho que su propia boda había conmovido a un escéptico de colmillo retorcido como él.

Estaba a punto de pedirle a Eleni que volviera a bailar con él cuando vio a un hombre alto y vestido con esmoquin delante de ella, que sonrió de oreja a oreja y se quedó pálida con los ojos resplandecientes por las lágrimas. Gabriel frunció el ceño y todos los músculos le exigieron que entrara en acción.

El hombre le tomó la mano y Eleni se lo permitió con una leve sonrisa entre nerviosa y dubitativa. Luego, miró la cara de ese hombre con avidez y se la acarició como si no pudiera creerse que estuviera allí.

Gabriel sintió un arrebato posesivo cuando ese hombre la llevó a la pista de baile y la agarró con una confianza y un atrevimiento excesivos. Ella llevó las manos a la nuca del hombre e inclinó la cabeza hasta su boca como si no quisiera perderse ni una palabra de lo que decía, pero sus ojos reflejaban angustia e incredulidad

mientras bailaban. La curiosidad lo corroía como una llamarada abrasadora, pero dejó escapar un improperio y se marchó. No iba a seguir cada movimiento de su esposa como un esposo celoso cuando ni siquiera iba a ser su esposa en el verdadero sentido de la palabra.

Capítulo 6

ELENI, con los nervios tan tensos que le parecía que iban a hacerse añicos como un trozo de cristal, recorrió el pasillo para ir a sus aposentos en vez de volver al salón rosa. Habían pasado más de dos horas desde que había desaparecido con Spiros del festejo de su propia boda, y su ausencia no podía haber pasado inadvertida. Había estado la última media hora recorriendo el palacio sin rumbo fijo para intentar entenderlo todo, pero no lo había conseguido.

Spiros, su amigo y confidente de la infancia, el único hombre al que había besado hasta Gabriel, el hombre que había prometido amarla el resto de sus vidas, había vuelto después de diez años de ausencia sin haberle dicho una palabra ni haberle escrito un mensaje. Había vuelto a su vida, quisiera decir eso lo que quisiera decir. Según él, ya era libre para estar con ella. El disparate que le había soltado no tenía ni pies ni cabeza.

Sintió un sollozo que le subía por el pecho y tragó saliva para contenerlo, pero no sabía muy bien de qué estaba hecho el nudo que se le formaba en la garganta. ¿Era pena, rabia o agobio por lo que había dejado en el salón del festejo?

Iba doblando esquinas y tenía la sensación de que las paredes del palacio se le cerraban encima. Debería haber estado furiosa con él. Se había imaginado, durante muchos años, cómo reaccionaría si volvía a verlo, que le abofetearía su hermoso rostro y que le diría que se fuese al infierno; que le diría que había machacado para siempre su confianza en los hombres, su confianza en su propio criterio y en sus sentimientos.

Sin embargo, no había hecho nada de todo eso. Había sido como si el corazón se le hubiese subido a la garganta y le hubiese impedido decírselo.

Había sido un día precioso, casi como si todo el universo se hubiese puesto de acuerdo para que todo fuese perfecto. Lo había empezado con un objetivo, con una dirección después de tantos años, y había acabado con un espectro del pasado.

Delante del espejo de marco dorado, con el vestido de encaje de color marfil y un ramo de orquídeas únicas en el mundo que le había mandado Gabriel, se había sentido como una mujer que tenía

a mano lo que deseaba de la vida.

La iglesia, con el fondo de las montañas, le había parecido de un reino mágico. Nikandros, con una sonrisa reticente en los labios, le había dicho que estaba radiante y la había abrazado con fuerza cuando ella había mencionado a Andreas.

El aire había sido fresco y nítido y el hombre que la esperaba al final del pasillo había sido el punto culminante. Con el esmoquin negro y el pelo moreno peinado hacia atrás, le había parecido imponente, el sueño más desaforado hecho realidad. La había agarrado con fuerza de la mano y sus votos habían resonado contra las mismísimas montañas. Había prometido, con su voz grave y profunda, honrarla, protegerla y quererla, y ella había querido creerse todas y cada una de las palabras.

Cuando sus labios tocaron los de ella, se estremeció. Era como si sus cuerpos se cantaran el uno al otro, sus labios cobraban una vida ardiente con el más mínimo contacto. Ella no le soltó la mano y mantuvo la cara levantada para que la besara. Él había hecho ese gesto arrogante y de satisfacción tan típico de él y ella se había puesto roja como un tomate, pero Gabriel no había profundizado el beso más allá del ligero roce de los labios.

Angelina no había dejado de hablar durante todo el camino de vuelta al palacio. Cuando Angelina preguntó si podía volver con ellos, Eleni se recordó que, según el acuerdo, ella era una madre. No era una esposa propiamente dicha, pero ni eso había empeñado su felicidad.

Había sido un día perfecto que tardaría mucho en olvidar.

Hasta que Spiros, sonriente e impecable, había aparecido delante de ella durante el festejo y la había saludado como un amigo que no la veía desde hacía mucho tiempo. Se había quedado tan atónita que había llegado a creer que era un espectro, un fantasma del pasado que le recordaba quién y qué era, lo ingenua que podía ser, que, si no tenía cuidado, podía engañarse mucho a sí misma.

Cuando la agarró del brazo y la sacó del salón rosa, ella lo había seguido voluntariamente dándole vueltas en la cabeza todavía. Cuando la abrazó con fuerza, le susurró palabras cariñosas y le besó el pelo, se había quedado helada.

Los recuerdos no le habían permitido pensar en volver corriendo, la habían sumido en el dolor y la tristeza. Spiros se había estremecido y los saludos se habían convertido en disculpas, hasta que desapareció tan deprisa como había aparecido.

Preguntándose si estaba alucinando, había deambulado por la antigua armería como una aparición y se había enganchado el vestido en una armadura oxidada, y los pies le habían dolido como

demonios por los tacones. Hasta que se apoyó en la pared que había delante de sus aposentos y se quitó las malditas sandalias. Solo quería arrancarse el vestido, darse un baño y acostarse. Cuanto antes llegara la mañana, antes recuperaría un poco de cordura.

Descalza, estaba deshaciéndose el complicado moño cuando vio la sombra de una figura muy grande que se movía por la sala. Gabriel, a contraluz, parecía una criatura diabólica de la noche, un ser sombrío e imponente. Se había quitado la chaqueta del esmoquin, tenía la camisa blanca fuera de los pantalones y desabotonada para mostrar un pecho granítico con la piel tersa sobre los músculos.

Apoyaba con indolencia una cadera en el marco de la puerta y sujetaba con una mano un vaso de whisky escocés, su bebida favorita. Su mirada empezó a subir desde los pies descalzos, siguió por la falda de tul, se detuvo demasiado tiempo en las caderas y los pechos, pasó por el cuello al descubierto y acabó llegando al moño que se había deshecho en parte.

Ella sintió un cosquilleo en cada centímetro de su cuerpo por esa mirada posesiva e indolente y por el brillo de pasión acumulada de sus ojos grises. Todos los músculos se le pusieron en tensión por la calidez abrasadora que se había adueñado de ella.

Se le cayeron las sandalias de las manos y chocaron contra el suelo mármol con un estrépito parecido al de los latidos de su corazón. Spiros la había aturdido tanto que se había olvidado de lo que significaba esa noche.

¿Pensaba él consumar el matrimonio?

La perplejidad y algo más retorcido fueron abriéndose paso en su cabeza y empezó a temblar de pies a cabeza.

¿Quería rechazarlo?

No, contestó todo su cuerpo en tono tajante. Había estado nerviosa y excitada solo de pensar en esa noche; le parecía como si hubiese estado esperando a eso, a él, toda su vida. ¿Sería delicado o extendería esa dureza que captaba en él a sus… intimidades?

Sin embargo, haber visto a Spiros le había producido un vértigo inesperado, como si le hubiesen quitado la alfombra de debajo de los pies justo cuando estaba empezando a pisar tierra firme. Le desbordaban los pensamientos y las preguntas sobre el pasado. El presente, el hombre que tenía enfrente, era como una bofetada, como si ella hubiese introducido una sombra en esa vida nueva e inmaculada de ellos dos.

Él dio un sorbo a su bebida mientras ella lo miraba y se secó la boca con la mano.

–¿Piensas desvestirte en el pasillo, querida?

Aunque lo preguntó en un tono aterciopelado, Eleni percibió lo

inflexible que era la pregunta.

–No –él no se movió y ella intentó hacerse una idea de la situación–. Yo… Lo siento, no había caído en la cuenta de que estarías aquí esta noche.

Hasta ella misma se quedó espantada de lo ridícula que era la explicación.

–¿Dónde podía estar el novio la noche de su boda? ¿Acaso todavía no ha llegado el momento de que reciba mi parte del trato?

Eleni se agarró los codos con las manos como si así pudiera defenderse de ese dolor humillante que sentía por todo el cuerpo. Un hombre la había abandonado hacía años sin decirle una palabra y otro estaba dispuesto a castigarla por algo que no había hecho. Las lágrimas hicieron que las palabras le salieran casi quebradizas.

–¿Mi deseo de tener un hijo es tan absurdo para ti, Gabriel, o es que no puedes obligarte a ti mismo a comportarte dentro de los límites del matrimonio?

–Yo no he desaparecido sin decir ni una palabra. Imagínate mi sorpresa cuando ni Angelina ni tu hermano ni yo mismo pudimos encontrarte durante más de dos horas. Tenías el teléfono apagado, Eleni, y hasta yo sé que es como una extensión de tu cuerpo.

–Debí de dejármelo en algún sitio con las prisas.

–Ni tu asistente pudo localizarte.

Ella levantó la cabeza por sus pullas y vio sus labios apretados y su mirada engañosamente somnolienta. Estaba furioso y ella sintió un escalofrío en la espalda.

–Gabriel, ¿estás enfadado conmigo?

Él pareció sorprendido, como si no se hubiese dado cuenta de que podía estarlo.

–Solo estoy desconcertado, princesa. Desapareciste durante dos horas del festejo y luego has aparecido a la puerta de tus aposentos, cerca de medianoche, con el pelo despeinado y el vestido casi deshaciéndose por las costuras. Tengo que reconocer que me pregunto qué misterio es este.

Eleni se llevó la manga descosida al cuello, pero se dio cuenta de que era inútil, de que él ya había sacado sus conclusiones.

Se apartó el pelo de la frente mientras buscaba una explicación verosímil. No podía reconocer la humillante verdad, no podría soportar ver el escepticismo en sus ojos cuando le contara que Spiros había desaparecido de su vida y que ella se había quedado colgada durante años hasta que por fin consiguió superarlo. No podría soportar el desdén de su mirada por su supuesta ingenuidad.

Él se quedó inmóvil mientras, acertadamente, interpretaba su silencio culpable.

–Estoy esperando una explicación, princesa.

–Me encontré con alguien a quien hacía mucho tiempo que no veía –ella quiso ajustarse todo lo posible a la verdad–. Empezamos a ponernos al día y perdí la noción de todo. Yo…

–¿Ese alguien era un hombre?

Eleni se rodeó el cuello con los brazos y negó con la cabeza.

–No –ella quiso retirar la palabra en cuanto salió de su boca–. No la había visto desde hacía mucho y me impresionó verla hoy, eso es todo.

–¿No habías invitado a esa… amiga a la boda?

–Su hermana trabajaba aquí, en el palacio, y decidió darme una sorpresa.

Las mentiras iban saliendo una detrás de otra y ella no podía pararlas, pero ¿qué podía decir si no? ¿Que el hombre al que había amado con locura había vuelto después de diez años el día de su boda? ¿Que la había abrazado como si su corazón estuviese desangrándose? ¿Que le había prometido, en un susurro casi histérico, que no volvería a dejarla?

–¿Por qué está desgarrado el vestido?

Eleni levantó la barbilla desafiantemente cuando la rabia se impuso al remordimiento.

–¿Qué crees que he hecho, Gabriel?

–Ningún novio quiere sentirse burlado por su novia en la noche de bodas, ¿verdad?

El sarcasmo teñía todas sus palabras y convertía en farsa todo lo que había representado ese día.

–Ya te lo dije una vez. No soy una santa ni tan anodina como quieren hacerme parecer –replicó ella con la impotencia y el remordimiento atenazándola por dentro.

Él se encogió de hombros y el movimiento dejó al aire uno de sus pezones oscuros.

–Angelina quiso despedirse. Se empeñó en esperarte, pero conseguí convencerla para que se fuera a la cama.

El nudo que tenía en las entrañas se apretó un poco más. Se sentía como si estuviese en un balancín de sentimientos que subían y bajaban, que pasaban del remordimiento al arrepentimiento y a la rabia. Todo porque el hombre que había necesitado con toda su alma había llegado diez años tarde y el hombre al que se había prometido en su lugar la miraba como si lo hubiese traicionado la mismísima noche de bodas.

La firmeza de sus labios y la mirada implacable de sus ojos decían lo que no diría con palabras.

–Lo siento, yo…

–Perdiste la noción de todo aunque Angelina se preocupe innecesariamente cuando alguien desaparece de repente. Ya sabes,

el accidente de su madre y esas cosas.

Eleni dejó escapar un gemido de arrepentimiento. Había visto el pánico en los ojos de Angelina cuando su perro desapareció una tarde.

–Estás ensañándote –susurró ella–. Ya he dicho que lo siento. Para mí, no hay nada tan importante como que Angelina se sienta querida y a salvo.

–¿Y lo que me has preocupado a mí, querida? –preguntó él con los ojos entrecerrados.

Eleni desvió la mirada hacia él. Tenía que estar burlándose de ella.

–¿Te has preocupado por mí?

–Claro. Hasta ahora, solo eras la princesa de Drakon, que pasaba inadvertida, que trabajaba entre bambalinas, que se confundía con las paredes del palacio, pero ahora…

–Eso no es verdad –le interrumpió ella con rabia.

Él se separó de la pared, dejó el vaso en una mesa auxiliar y se acercó a ella.

–Ahora eres la esposa de Gabriel Márquez. Te mirarán con lupa, la prensa tendrá curiosidad, siempre habrá alguien con un teléfono o una cámara.

Ella captó su olor. Él le pasó un dedo por la costura desgarrada de la manga y le dejó un rastro ardiente en la piel. Irradiaba tal calidez que Eleni creyó que iba a prenderse en llamas.

–Una oportunidad. Princesa, tienes una oportunidad para que me digas dónde has estado.

Eleni se sonrojó, pero lo miró sin inmutarse.

–No he hecho nada que justifique este interrogatorio.

Él ladeó la cabeza. Su incredulidad los separaba como el muro de una fortaleza y deshacía la leve conexión que habían conseguido durante las semanas pasadas. Él volvía a ser el desconocido implacable que no confiaba lo más mínimo en ella.

–¿Puedo decirte algo que he estado deseando decirte durante todo el día?

Ella asintió con la cabeza porque no confiaba en lo que ella podía decir, no confiaba en el brillo amenazador de los ojos de Gabriel, no confiaba en el anhelo de su propio cuerpo.

Rígida, y con la espalda pegada a la pared, se lamió los labios resecos. Él miró con avidez ese movimiento y, con las manos en la pared por encima de la cabeza de ella, se inclinó hasta que sus cuerpos se rozaron. Emanaba tanta fuerza y calidez que se sentía atraída hacia él en contra de su voluntad.

Con un dedo, le quitó la manga y la tiró a un lado. Luego, le acarició el interior del brazo hasta la curva del pecho y, sin dejar de

mirarla a los ojos, se inclinó un poco más para pasarle la boca por la piel desnuda.

Eleni contuvo la respiración.

El roce de la lengua la derritió entre las piernas y apretó los muslos para contener la palpitación, para no dejarse arrastrar por la sexualidad que irradiaba.

–He querido arrancarte ese vestido desde que te dirigiste hacia mí, pero como ya le has concedido ese placer a…

–Lo hizo una armadura, Gabriel –le interrumpió ella para amainar la frialdad de sus ojos.

–…otra persona, me conformaré con tenerte en mi cama esta noche, me conformaré con ser yo quien se mueva dentro de ti, princesa.

–Yo…

Antes de que ella pudiera decir algo, él cerró la boca sobre la piel que había lamido y la succionó entre los dientes.

Eleni dejó escapar un sonido, la cabeza le golpeaba contra la pared y el placer se adueñaba de ella. Él fue bajando los labios por lo alto del pecho mientras le tomaba la cintura entre las manos y le acariciaba las caderas.

–Estás hecha para que te amen, princesa. Este cuerpo, como los gemidos y jadeos que salgan de tu boca, me pertenecen.

Unas manos sin contemplaciones le levantaron el vestido y apoyó una palma entre los muslos.

–Déjame, princesa.

Sin embargo, las piernas ya estaban separándose por iniciativa propia y le dejaron sitio en lo más íntimo de su ser.

Las caricias de las manos curtidas sobre la delicada piel del interior de sus muslos, la caricia de su aliento ardiente en el cuello, cómo la tenía aprisionada contra la pared con su cuerpo granítico… Se sentía en el cielo y en el infierno a la vez.

La oleada de sensaciones era tal que su cuerpo no podía seguir el ritmo, quería pedirle que fuese más despacio para acostumbrarse a la intimidad de sus caricias, pero ese placer tan intenso era desconocido para ella y no podía formar las palabras que necesitaba.

La palma de su mano le cubrió el… monte y se le entrecortó la respiración.

–Tu pelo resplandece como oro bruñido, princesa. ¿Es igual aquí? –sus diestros dedos se abrieron camino para profundizar la caricia–. ¿Te beso aquí, Eleni?

Introdujo un dedo y ella se arqueó. Nunca había sentido de esa manera la humedad, las palpitaciones y el anhelo de esa parte de su propio cuerpo.

Entonces, le pasó la yema del dedo por la pequeña protuberancia y se estremeció por el anhelo. Intentó apartarlo, pero era demasiado fuerte y la tenía atrapada contra la pared. Siguió acariciándole ese punto sensible y se quedó sin respiración.

–Gabriel, por favor…

Él movió la boca por el pecho hasta que alcanzó el pezón endurecido.

–Eleni, voy a volverte tan loca como tú me has vuelto a mí hoy. Haré que supliques.

Ella dejó escapar un grito cuando le rasgó el corpiño y le tomó el pezón con la boca.

–Oh…

Eleni se mordió el labio inferior porque era la única manera de evitar suplicarle.

–Te lo advertí, Eleni, no soporto las mentiras y los engaños.

Le rabia de sus palabras se perdió en la neblina sensual que le llenaba la cabeza y el cuerpo. Aplastada contra la pared, perdió el dominio de su voluntad.

Gemidos y jadeos le brotaron por la boca, unos sonidos eróticos que parecían estimular las exigencias sombrías de su marido, que aceleró el ritmo de las caricias hasta que ella se cimbreó contra su mano con una lascivia enfebrecida que no había sentido jamás.

Sus maliciosos labios le sorbían los pezones mientras sus dedos marcaban un ritmo que ella no podía contener. Hasta que, de repente, sacó los dedos y la dejó palpitando de los pies a la cabeza. Eleni, con los dientes clavados en su hombro, sollozó mientras el placer asolaba su bajo vientre y se extendía por los músculos con espasmos incontrolables. Se sentía del revés, en carne viva y consumida. Cayó contra él como una muñeca de trapo y las lágrimas se le amontonaron en la garganta.

Había sido la vivencia más intensa y devastadora de su vida y él se la había provocado por rabia. El hielo le envolvió el corazón aunque los músculos seguían sintiendo retazos de pasión.

Gabriel la tomó en brazos, como si fuese una muñeca de porcelana, mientras ella seguía temblando, mientras el corazón se le salía del pecho, mientras los músculos intentaban volver a un estado natural. Sentía los pechos abultados y doloridos contra el pecho de él. El sueño la arrasaba en oleadas y ella luchaba para mantenerse a flote.

Había desencadenado una reacción emocional en ese hombre tan duro. Sin embargo, la mujer que había en ella se rendía al hombre que había en él, a la virilidad posesiva con la que la ganaba, al profundo deseo que llevaba grabado en las facciones de su rostro.

Nadie la había deseado así, nadie le había mostrado ni la centésima parte de las emociones que le había mostrado él, pero, entre los leves estremecimientos que le quedaban del clímax, sabía que no confiaba en ella, que fuera lo que fuese lo que había entre ellos, no era, ni mucho menos, lo que ella se había imaginado.

Cuando la tiró en la cama, ella intentó retroceder, pero las piernas se le enredaron en el vestido. Volvió a intentarlo, pero él la agarró del borde de la falda y la tela se rasgó sonoramente.

Eleni lo miró con el corazón desbocado.

–Gabriel… –susurró ella.

Gabriel, con un brillo de virilidad desafiante en los ojos, inclinó el torso sobre ella y le recorrió todo el cuerpo con las manos, por encima del vestido, desde los muslos y el vientre hasta la separación entre los pechos.

El anhelo la dominaba cada vez con más fuerza porque esa vez sabía lo que podía darle, y su cuerpo ansiaba con todas sus fuerzas otra explosión. Aun así, encontró fuerzas para pararle las manos cuando llegaron al corpiño.

–Espera, Gabriel…

Ella lo susurró como si las palabras salieran de un túnel muy profundo, de una cabeza racional alejada de los deseos anhelantes del resto del cuerpo.

Él se sentó a los pies de ella con el rostro tenso y rígido.

–Vaya… No sabía que fueses tan provocativa, Eleni…

Su cuerpo no quería separarse de él y, haciendo un auténtico esfuerzo, se apoyó en los codos, se inclinó con el vestido arremolinado alrededor de las piernas y apoyó la frente en el hombro de él. Gabriel se puso rígido y le empujó los hombros. Ella lo agarró de la barbilla para que la escuchara.

–No quiero que la primera noche que pasemos juntos sea entre dudas y desconfianza, no quiero concebir a un hijo de esta manera.

–Es lo único que tenemos, princesa. Nunca tendrás un hijo si quieres que nos unamos en una especie de sentimiento trascendental que no existe.

–No digas eso…

–Solo tenemos un deseo incontenible.

–¿Porque te he enfadado?

Él se llevó una mano a los ojos y suspiró. La resignación que se reflejaba en sus ojos grises era más penetrante que la rabia.

–Porque has mentido, Eleni. Porque has demostrado que eres como todas las mujeres de la tierra aunque te creas que estás sobre un pedestal de moralidad. Eres lo que pensé que eras aquella primera noche.

–¿De qué estás hablando?

Él le enseñó un teléfono y ella sintió que la angustia le atenazaba la garganta. Pulsó el botón «Play» y, como si fuese una pesadilla, Eleni vio un vídeo de Spiros y ella. Eleni, espantada, pensó que quien lo hubiese tomado se merecía un premio. Lo había tomado desde un lado y Spiros la devoraba con la mirada mientras la agarraba y le recorría el cuerpo con las manos. Parecían las caricias de un amante, pero ella sabía que no la había tocado así. Notó un regusto amargo en la boca cuando vio que Spiros la besaba por toda la cara mientras farfullaba cosas que no podían entenderse, pero tampoco podía verse el espanto en la cara de ella.

Entonces, cuando parecía que el vídeo no iba a acabarse nunca, ella le arrebató el teléfono y lo tiró contra la pared de enfrente.

–Gabriel, escúchame, no fue así ni mucho menos. Spiros y yo…

Gabriel se levantó de la cama con una expresión gélida en el rostro.

–Tuviste una oportunidad. Ahora que sé cómo eres, me siento mucho mejor por todo este acuerdo. ¡Y pensar que tenía remordimientos porque creía que te merecías algo mejor! Creía que estaban privándote de todo por este ridículo acuerdo. Naturalmente, tenías un amante preparado. Ahora entiendo que estuvieses tan dispuesta a sacrificarte en el altar de Drakon.

Lo hiriente de sus palabras fue como una bofetada y Eleni se apartó.

–Gabriel, haces que parezca maquiavélica –Eleni dejó escapar una risa amarga–. No me extraña que no pudieras conectar con Angelina, tienes una piedra en el corazón y la bilis corre por tus venas.

Él también se alejó de ella como si pudiese contaminarlo.

–Me da igual con quién retoces, pero, como la prensa se entere de algo, como Angelina sepa algo de tu falsedad, lamentarás el día que entraste en mi vida.

Capítulo 7

ABRIÓ los ojos por la calidez del sol en la cara, y por las palpitaciones de anhelo que sentía entre las piernas. Era como si las sábanas le acariciaran la piel, nunca había sentido esa languidez tan maravillosa.

Sin embargo, la sonrisa se le esfumó cuando empezó a acordarse de todo lo que había pasado la noche anterior. Se pasó una mano por los ojos y se le manchó con los restos de maquillaje y lágrimas. Si no fuese por la sensación desconocida que sentía entre las piernas, habría pensado que todo había sido una pesadilla. Sin embargo, Spiros se la había llevado de la boda y Gabriel se había puesto furioso.

Se sentó en la cama y se frotó los ojos con un gruñido. Las imágenes se le presentaban y se le iban de la cabeza como si fuese un caleidoscopio, hasta que, de repente, lo vio todo con una claridad que le había faltado la noche anterior. ¿Cómo iba a haber tenido la más mínima claridad cuando los dardos de Gabriel le habían dolido tanto?

¿Por qué se había enfadado de esa manera y había sido tan irracional si su boda siempre le había dado igual? Había esperado rabia, incluso desprecio, pero su reacción había sido personal, como si ella lo hubiese decepcionado por algo, como si le hubiese hecho daño.

Resopló y se maldijo a sí misma. Como si algo de lo que ella hiciera, o dejara de hacer, le afectara a ese maldito hombre.

Además, ese vídeo… Le encantaría abofetear a quien lo hubiese grabado y se lo hubiese entregado a Gabriel. En realidad, le gustaría decirles cuatro cosas a todo el mundo; al imbécil que la había espiado y grabado, a Spiros, que se había vuelto medio loco, y, para terminar, a Gabriel, que había pasado de ser ardiente a gélido en cuestión de un minuto. ¿Le había herido la vanidad o la había deseado con ese anhelo que vio en sus ojos la noche anterior? ¿No confiaba en ella o no confiaba en las mujeres en general? ¿Volverían a dejarla en punto muerto, atada a un hombre que no la deseaba, casada sin llegar a ser esposa? ¿Sería madre de Angelina

sin la posibilidad de tener otro hijo?

Cuanto más sombríos eran los pensamientos, más se le cerraba el nudo que tenía en la garganta. Hasta que se enfadó consigo misma. La lástima de sí misma nunca le había solucionado nada.

Se levantó de la cama y pidió un café. Mientras llegaba el desayuno, se lavó los dientes y se aseó. Cuando llegó, pidió que lo dejaran en la terraza. Desde allí podía ver el jardín que cuidaba Mia y el despliegue de colores le subió el ánimo. Agarró la tableta electrónica y empezó a hacer una lista de las cosas que tenía que hacer ese día. Todo podía conseguirse si se ponía en marcha.

Lo primero, tenía que cerciorarse de que Angelina no seguía molesta por lo que había pasado el día anterior. Luego, comprobaría si Mia necesitaba que la ayudara y, si no, iría a ver a Nik para saber si tenía noticias de Andreas.

Suspiró y siguió añadiendo tareas a la lista. A ese paso, tardaría un año en volver a verse con Gabriel. Terminó el café y justo entonces llegó uno de sus empleados con un sobre blanco y se lo entregó.

–¿Qué es…? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Una empleada del palacio me ha dicho que se lo ha entregado un hombre que ha pedido expresamente que se lo entregaran a usted.

Eleni le dio las gracias y abrió la nota que había dentro.

Eleni,

Siento mucho haberte asustado de esa manera, pero verte como la novia de otro hombre fue una tortura para mí. Vi la misma impresión y esperanza en tus ojos.

Esta vez, nadie nos separará. Esta vez, pienso reclamarte para mí. Ni tus hermanos ni tu marido me asustan.

Espérame, mi amor.

Tuyo,

Spiros

Notó un sudor frío que le robó la calidez del sol. ¿Por qué le escribía eso Spiros? ¿Qué quería decir con que nadie los separaría esa vez? ¿Acaso creía que no estaba trastornada por haberlo visto?

Tenía que hablar con él, tenía que saber por qué la había dejado como la vez anterior y por qué creía que iba a recibirlo con los brazos abiertos cuando no había tenido la delicadeza de ponerse en contacto con ella durante tantos años.

Ella no había pensado en el futuro hasta hacía dos años y solo gracias a la ayuda de Andreas. Antes incluso de que se muriera su padre, se había dado cuenta de que no podía pasarse la vida

llorando por un hombre que ni siquiera había mirado atrás… y Spiros aparecía justo cuando tenía ese futuro al alcance de la mano.

La impresión de haberlo visto el día anterior dejaba paso a algunas preguntas en ese momento. ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué le escribía esas cosas? ¿Dónde había estado y qué quería de ella? ¿Por qué estaba todo envuelto en ese misterio? Irritada hasta decir basta, rompió la nota en mil pedazos y sintió una satisfacción algo infantil al hacerlo.

Añadió «*Pasa página*» a la lista de cosas que tenía que hacer y suspiró. Como si fuese tan fácil…

Una sombra se proyectó sobre la tableta y ella levantó la cabeza.

–¿De qué tienes que pasar página?

Su voz grave le produjo una vibración entre los muslos que fue ascendiendo hasta las mejillas.

Gabriel, con pantalones negros y una camisa gris de manga larga, estaba mirándola fijamente. Tenía las mejillas recién afeitadas y el pelo húmedo y peinado hacia atrás. Ella, aunque un poco tarde, tapó la tableta con una mano.

–Es una lista privada.

Volvió a quedarse sin respiración cuando la brisa le llevó el olor a jabón y virilidad de él. Era imponente y hacía que se le secara la boca y que el corazón se le alterara. El anillo de platino que le había puesto ella resplandecía a la luz del sol. Era un símbolo de su relación, del compromiso de él con ella. Se miró su mano y su anillo. El zafiro parecía burlarse de ella… y eso por haber creído que era más fácil de contentar que a su padre o a Andreas, su hermano mayor.

–¿Querías algo? –le preguntó Eleni dispuesta a ser cortés.

Él desvió la mirada a un hombro de ella, que inclinó la cabeza para ver qué era. Se le había caído la bata de seda del hombro y se podía ver la marca que le había dejado su boca en el pecho.

Se puso roja como un tomate cuando él le rodeó la nuca con una mano y la acercó un poco más. Luego, pasó un pulgar por la mancha amoratada y sintió una punzada de dolor, seguida de una descarga de placer que le llegó entre las piernas y la humedeció.

Dolor y placer, lo mismo que le produjo él el día anterior. En ese momento, cuando notó la solidez de su fuerza, se dio cuenta de que él no había podido contenerse, y sintió una sensación de poder que no había sentido jamás ante la idea de un Gabriel indefenso, incapaz de resistirse a la necesidad que tenía de ella.

¿Estaba engañándose otra vez?

Se inclinó para sentir su musculoso brazo en los pezones y captó que el inmenso cuerpo de él se estremecía. La alegría se abrió paso en su pecho.

Se dio cuenta, con una curiosidad descarada, que él no era impermeable a ella, que no confiaba en ella y que no quería desearla, pero que ese hombre poderoso e impresionante, sí la deseaba. De repente, todo era más fluido entre ellos, menos categórico, como si ella también tuviera algo que decir sobre a dónde se dirigía ese matrimonio de conveniencia. ¿Por eso había sido tan desproporcionada la reacción de él?

–Gabriel… –dijo ella al cabo de un rato y rodeándole la muñeca con los dedos.

Eleni percibió toda la tensión que irradiaba el cuerpo de él.

–¿Yo hice eso? –preguntó él con una voz grave y masculina.

–Sí, como también me sacaste de mis casillas, Gabriel, no el hombre del vídeo.

Sus ojos volvieron a quedarse inexpresivos. Tenía unas pestañas tan tupidas que a ella no le extrañó que nunca pudiera saber qué estaba pensando.

–Te pido perdón.

–¿Por haber creído que me había acostado con otro hombre entre el festejo y nuestra noche de bodas o por habértelo tomado como un desafío para demostrarte que, aun así, podías seducirme? ¿Te tranquilizó la vanidad saber que tienes ese poder sobre mí? ¿Es eso tan antiguo de decir que no me deseas, pero que tu vanidad te dolería si mirara a otro hombre que no seas tú?

Gabriel se quedó mudo al saber que todo lo que había dicho era verdad, y que no tenía excusa para lo que había hecho.

Había sido un animal con ella aunque le hubiese corroído la rabia por el vídeo. La había seducido, la había arrastrado hasta el precipicio del placer, solo para demostrar que era plastilina entre sus manos.

Ella también se lo había pedido… Aun así, le desconcertaba que su resquemor fuese tan profundo cuando siempre había sido superficial en sus relaciones con las mujeres.

Quizá hubiese dado por supuesto que era una santa solo porque era una figura maternal muy buena para Angelina… o quizá esa maldita mujer… lo alteraba.

Fuera lo que fuese, jamás había perdido el dominio de sí mismo de esa manera, sus sentimientos jamás habían estado tan desquiciados.

Ella, con las mejillas congestionadas por el sueño y el pelo despeinado, era el sueño húmedo de cualquier hombre en carne y hueso, como si lo único que hubiese necesitado su belleza para ser voluptuosa hubiese sido la caricia de un hombre, la caricia de él.

Incluso en ese momento, solo quería abrazarla y besarla, deleitarse con esa boca que temblaba de rabia, quitarle la bata y el

camisón y ver todo el esplendor de sus curvas a la luz del sol, marcarla una y otra vez hasta que su olor la cubriera por completo, hasta que se olvidara de cualquier otro hombre.

–No tengo excusa para lo que hice –reconoció él por fin mirándola a los ojos–. No debería haberte puesto un dedo encima.

Eleni soltó el aire y los rasgos de su cara se suavizaron. La piel le resplandecía con ese tono dorado, pero tenía ojeras debajo de los inteligentes ojos.

–Como estás empeñado en no dar tu brazo a torcer, yo tendré que ser la sensata… y explicarlo.

Gabriel quiso marcharse. No quería ahondar más en la mujer que estaba alterándole la cabeza. Quería que su acuerdo fuese platónico, que se olvidaran de lo que había pedido ella, pero también sabía que él no lo haría, que la identidad de ese maldito hombre del vídeo lo obsesionaría y lo perseguiría todo el tiempo.

–Te di una oportunidad, princesa, y mentiste.

Ella se sonrojó, se lamió los labios, levantó la cabeza y abrió los ojos por algo que vio en su mirada. A él le daba igual lo que fuera. Ya se había fijado en que el camisón de seda se le ceñía a las curvas y había empezado a sentir una vibración por dentro. La noche anterior habría sido un sueño entre sus manos.

–Yo… Yo me quedé paralizada –Eleni se sentó y se miró los puños en el regazo–. Hacía diez años que no lo veía. Durante un rato, en la pista de baile, creí que era un espectro.

–Tuviste dos horas de reconfortante reunión, dos horas para asimilarlo.

–¿Nunca has ocultado algo humillante, Gabriel? ¿Naciste así de invulnerable y con ese corazón tan duro?

–Háblame de él, Eleni, y dime la verdad esta vez.

Ella sonrió fugazmente, como si el recuerdo de él le hubiese provocado esa sonrisa.

–Spiros fue un rayo de luz en mi vida. Nunca me juzgó por mi nacimiento. Me hacía reír, me dijo que me amaba por mí misma, no por lo que podía significar para él o por mis relaciones. Antes de que yo hubiera estrechado los lazos con Andreas o Nikandros, Spiros ya estaba allí riéndose y dispuesto a hacer una broma. Él… me decía que yo era la persona más auténtica que había conocido –Eleni sonrió otra vez como si hubiese perdido algo infinitamente valioso– y que no podía dejar de amarme. Podía llorar en su hombro cuando la crueldad de mi padre era insoportable, cuando me encontraba entre el frío control de Andreas y la vehemente oposición de Nikandros, cuando tenía la sensación de que hiciera lo que hiciese siempre seguiría siendo la misma. Spiros hacía que me sintiera querida por mí misma.

–¿Qué pasó? –intervino él con rabia y el corazón acelerado.

–El día que yo cumplía diecinueve años, me pidió que me casara con él. Yo acepté. Me besó en el jardín y me dijo que hablaría con mi padre al día siguiente. Fue la última vez que lo vi.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que no volví a verlo hasta que anoche apareció en el festejo. Fue como si se hubiese esfumado. Durante años, creí que había tenido algún desdichado accidente. Andreas indagó con su familia y hace poco averiguó que se había marchado a Estados Unidos. No sabían nada de mí o que me hubiese pedido que me casara con él. Yo… Yo no podía creerme que hubiese vuelto. Lo acompañé cuando me pidió hablar conmigo y no hice nada, todavía estaba paralizada cuando me abrazó y me besó. Cuando volví a nuestros aposentos, tú ya estabas allí. No me habrías creído aunque te hubiese dicho la verdad, Gabriel. Ya creías lo peor.

Eso era verdad. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de hasta qué punto le habían afectado las mentiras de su madre.

–¿Amas a ese hombre?

Era lo último que se había esperado que le preguntara. Su marido le había recordado una y otra vez que le parecía que todos los sentimientos eran una debilidad, que no creía en el matrimonio y mucho menos en el amor, que lo suyo solo era un acuerdo frío y aséptico.

–Hace años, lo amé con toda mi alma. Creía que él y yo podíamos… llegar a ser felices de verdad, que comeríamos perdices como en los cuentos.

–¿Que comeríais perdices?

Él lo preguntó como si le diera náuseas y ella se rio.

–Como Mia y Nikandros –le aclaró Eleni mirando hacia otro lado.

De repente, notó sus dedos debajo de la barbilla y el curtido pulgar en la mejilla. La miró a los ojos como si quisiera llegar hasta su alma, como si pudiera hacer que le diera la respuesta que él quería, pero ¿cuál era? ¿Qué quería Gabriel? Todo su desconcierto sobre Spiros se disipó cuando lo miró a los ojos y cuando sintió la mirada de él clavada en ella.

–No has contestado la pregunta, princesa. ¿Amas a ese hombre?

El cuerpo de Gabriel reflejó cierta tensión y Eleni sintió algo que la espoleó, algo que no había sentido nunca.

–¿Dejarías que me marchara si lo amara?

–No.

La respuesta fue como una detonación entre ellos, como si le hubiese arrojado un guante. Eleni se estremeció y supo que su interés era personal. No supo por qué, pero lo supo y le produjo un

escalofrío de emoción y miedo.

–Si abandonas ahora el matrimonio –siguió él–, si le das la espalda a Angelina, yo…

–Ya lo sé. Hundirás Drakon, no dejarás piedra sobre piedra de la Casa de Drakos y todo eso. La verdad, Gabriel, tus amenazas empiezan ser un poco pesadas. Jamás he incumplido una promesa.

Él siguió mirándola fijamente, como si no acabara de creérselo. Tenían que resolver ese asunto de la confianza entre ellos. Que se arrojaran dardos el uno al otro, como la noche anterior, solo podía hacer daño a Angelina… o a cualquier hijo que tuvieran.

Él la había escuchado y eso tendría que ser suficiente por el momento. Además, que ella lo atrajera le daba una sensación de poder femenino que no había sentido jamás. Cuando Gabriel se levantó para marcharse, ella lo miró. Habían cruzado una raya en su relación y estaba demasiado desconcertada por su propia reacción como para cuestionar la de él, demasiado asustada como para preguntarle qué quería de ella.

–Había venido para decirte que te he puesto un servicio de seguridad para que te proteja. Algo que tus hermanos deberían haber hecho hace mucho tiempo.

Ella se sintió profundamente dolida.

–¿Para que me proteja o me espíe?

Él se encogió de hombros y, por primera vez desde que se conocieron, fue quien miró hacia otro lado con una mueca de tensión en los labios.

–Como mi esposa, necesitas protección –se limitó a contestar él antes de marcharse.

La cuestión de la confianza había quedado sin respuesta, pero, al menos, la había llamado «esposa», la había reclamado aunque no hubiese vuelto a tocarla.

Eleni miró alrededor con satisfacción. El personal había llevado casi todas sus cosas al dormitorio de Gabriel y sintió una punzada de emoción cuando entró en el vestidor del tamaño de un estadio. Cuando Gabriel llegó a Drakon, solo había sido un invitado en el palacio, pero le habían dado los mejores aposentos. Su empresa invertía muchos millones en Drakon y Nikandros no había querido parecer poco hospitalario.

Ella, personalmente, había elegido esos aposentos para él. Tenían unas vistas preciosas de las montañas por un lado y del mar por otro. Las mejores vistas de Drakon eran para Gabriel Márquez.

Sin embargo, todo seguía igual después de siete meses. No había marcos con fotos en las mesas auxiliares, ni siquiera una foto de

Angelina o recuerdos de su familia. Frunció el ceño y se acordó de que Gabriel no había sabido que tenía una hija hasta hacía unos meses. Podía imaginarse su ira porque la madre de Angelina se la había ocultado, pero, en ese momento, se preguntaba si también se sentiría traicionado. ¿Habría influido eso en su concepto sobre las mujeres? ¿Creería que todas las mujeres lo traicionarían en cuanto tuvieran la más mínima ocasión?

Ella había recibido otras dos notas de Spiros y las había roto sin abrirlas siquiera. Él era su pasado y Gabriel era su futuro. Había decidido no pensar en él a no ser que se presentara, que dejara de jugar a esas tonterías con ella.

Entretanto, estaba decidida a arreglar su matrimonio como fuera. Era posible que Gabriel no la quisiera como esposa, pero ella lo atraía. Tenían que salir de ese callejón sin salida, su relación ni avanzaba ni era el acuerdo calculado que habían previsto al principio.

Debajo de esa frialdad inflexible, había un hombre íntegro, un hombre que quería a su hija aunque le costara expresarlo, un hombre que le había demostrado, durante las tres semanas de matrimonio, que era encantador, gracioso y leal con quienes consideraba suyos, un hombre que la miraba como si fuese el manjar más sabroso que había visto, un hombre que gruñía y farfullaba cuando ella le daba algún consejo sobre Angelina, pero que los seguía porque quería lo mejor para su hija, un hombre que se oponía a Nikandros porque creía que sus hermanos estaban aprovechándose de ella.

Alisó las sábanas y se dio cuenta de que su marido le gustaba. El olor a Gabriel, que tenía algo marino, le produjo un anhelo muy intenso. Quería una vida normal con él y Angelina. A pesar de sus miradas de soslayo, algunas veces furiosas y otras tan ardientes que creía que iba a chamuscarse en ese instante, las tres últimas semanas habían sido las más felices que había pasado desde hacía mucho tiempo, quizá, en toda su vida.

Con un nudo en la garganta, colocó bien unas corbatas en el armario. Sabía que lo que la hacía feliz era la sensación de pertenencia que le había dado él. Tenía un sitio con Gabriel y Angelina. El padre y su hija, mientras negociaban una inestable tregua entre los dos, habían hecho que se sintiera valiosa y querida.

Tenía que hacer lo que hiciera falta para que eso fuese permanente. Solo tenía que demostrarle a Gabriel que ese matrimonio y esa vida que compartía con Angelina y él lo eran todo para ella.

Respeto, lealtad y sensación de pertenencia… Nunca se había esperado tanto.

Tomó la tableta y buscó la lista de cosas que tenía que hacer. Muy pronto, seducir a Gabriel sería algo más que uno de los puntos de la lista.

–Papá, ¿Ellie y tú os habéis peleado?

Angelina se lo preguntó mientras terminaba el proyecto del complejo turístico que su empresa estaba construyendo en las montañas de Drakon. Levantó el plano e hizo una bola con él. Nunca se había sentido tan inquieto y eso le estropeaba el placer que siempre había encontrado en el trabajo, el placer que siempre había sentido al ganar dinero… o con una mujer sexy.

Nada le satisfacía ya, nada de lo que había hecho durante las últimas semanas había conseguido que dejara de pensar en la cálida mujer que se encontraba en la cama cada noche cuando volvía a su dormitorio.

Cuando le había gruñido a Eleni y le había preguntado si no había un cuarto libre que pudiera utilizar ella, la muy sinvergüenza le había mirado sin inmutarse y le había contestado que no quería que los empleados tuvieran motivos para murmurar. Además, le había recordado que se habían casado para que Angelina tuviera un ambiente familiar, la seguridad de que no la quería una sola persona, sino dos.

Naturalmente, Gabriel, que nunca había compartido un dormitorio con una mujer, no sabía lo que había hecho. Las malditas cosas de su esposa iban entrando en los aposentos y ocupando su espacio. Si iba a tomar una camisa, se encontraba con el vestido amarillo que había hecho que pareciera un voluptuoso girasol. Si iba a tomar unos gemelos, se encontraba su joyero lleno de abalorios que, al parecer, le encantaba coleccionar. Si, después de una jornada agotadora de trabajo, quería darse una ducha, se la encontraba en la bañera gigante, entre burbujas y velas que le iluminaban tenuemente esa piel que quería acariciar y esos muslos que quería besar.

Era un multimillonario del sector inmobiliario, pero ni su cuarto de baño era suyo.

Esa brujilla estaba volviéndole tan loco que tan pronto quería aplastarla como besarla desaforadamente.

Si no la había echado a patadas de sus aposentos era por quién estaba detrás de él en ese momento, que lo había llamado «papá» aunque no se hubiese dado cuenta. Fuera cual fuese el tormento que Eleni le producía a su cuerpo, y empezaba a temer que llegase a tener una erección permanente, él se aguantaba porque Angelina había cambiado durante las últimas semanas. El brillo en sus ojos y

su transformación de ser una chica abatida a otra alegre y encantadora habían sido increíbles.

Evidentemente, su esposa sabía lo que hacía.

–Si estás ocupado, papá –siguió la dubitativa voz–, volveré más tarde.

–No, bonita, quédate.

Gabriel dejó el lápiz, se dio la vuelta y dominó las ganas de gruñir, que era lo que le había hecho a todo el mundo. Angelina tenía el pelo moreno recogido en una trenza y llevaba una camisa blanca y unos pantalones de montar a caballo.

–¿Ha estado bien la clase de equitación?

Ella entró despacio después de pensárselo un momento, y él sonrió por primera vez en todo el día. Su hija, como él, era muy calculadora. Cada vez que se veían, él podía notar que estaba sopesando los riesgos y las ventajas, que se preguntaba si podía fiarse de él. En cambio, si Eleni hubiese estado allí, Angelina no habría dudado siquiera en interrumpirlos.

–La clase ha estado bien, pero Eleni no ha venido.

–Ah…

Él intentó parecer despreocupado, pero no tenía ni idea de que Eleni fuese a las clases de equitación con Angelina, aunque tampoco podía decir que le sorprendiera. Al parecer, su esposa, entre los muchos talentos que tenía, era una amazona fantástica. No la había visto montando a caballo, pero Angelina no hablaba de otra cosa.

Además, no había tardado en darse cuenta de que Eleni era una persona a la que le gustaba estar al pie del cañón, incluso cuando se trataba de asuntos de Angelina. Nada le parecía trivial, ni la educación de Angelina ni su vestimenta, ni siquiera la dejaba en manos de una niñera cuando salían de compras o a comer helados. Sin embargo, él también se había dado cuenta de que no había descuidado ninguna de sus otras obligaciones.

Como Mia, la esposa de Nikandros, estaba embarazada de gemelos y el maldito Andreas seguía desaparecido, Eleni tenía que representar el papel de anfitriona, con Nikandros, en muchos actos oficiales.

Si bien refunfuñaba porque ella le había quitado espacio en los aposentos, el silencio cuando ella estaba en alguna recepción o en algún asunto del palacio llegaba a ser insoportable.

Contradictoriamente, le molestaba que tuviera una vida plena sin él cuando debería alegrarle que no le hubiese exigido nada más, que hubiese conseguido una madre para Angelina sin tener que hacer ninguna inversión sentimental.

Entonces, ¿por qué se sentía como si la princesa estuviese ganando una partida que él ni siquiera se había dado cuenta de que

estaban jugando? ¿Por qué la sorprendía algunas veces mirándolo con un anhelo puro, el mismo que sentía él cuando se la encontraba hecha un ovillo en un lado de su cama?

Raras veces se acostaba antes que él y siempre se la encontraba vestida y desayunando con la tableta cuando él se despertaba. Gabriel había visto la evidencia de lo mucho que trabajaba en las sombras que tenía debajo de los ojos y en sus facciones hundidas. Si no bajaba el ritmo, acabaría muy mal, pero tenía una voluntad muy obstinada que nadie podía debilitar.

–Dímelo, ¿os habéis peleado? –insistió Angelina.

–¿Le has preguntado lo mismo a ella? –replicó Gabriel tirándole de la trenza.

Como se había convertido en costumbre, ella le dio un manotazo, pero no se apartó del todo. Como si necesitará disimular con ese gesto para tocarlo.

Según Eleni, si refunfuñaba y farfullaba como un gigante gruñón, no podía extrañarle que le costara acostumbrarse a su contacto físico. Él le había preguntado si por eso ella, Eleni, daba un respingo cada vez que la tocaba y la muy sinvergüenza le había contestado, provocativamente, que la tocara en ese momento para que viera qué pasaba.

La princesa se había convertido en una descarada y siempre tenía un brillo en los ojos, como Angelina. Era apasionante verla convertirse en madre. Sería una leona feroz, una madre extraordinaria para todos sus hijos. Esa idea peregrina le cayó en la cabeza como un bombazo.

Farfulló un improperio y se pasó los dedos por el pelo. Si la tomaba, como deseaban todas las células de su cuerpo, el compromiso sería más profundo y nunca sería un acuerdo de conveniencia. Ya le resultaba insoportable imaginársela con otro hombre, y mucho menos que la besara o tocara. Además, si lo hacía, él no podría luego irse con otra mujer.

No era el ejemplo que quería darle a su hija y tampoco era lo que se merecía la princesa. Entonces, ¿a qué estaba comprometiéndose? ¿A un matrimonio de verdad? ¿A una relación con respeto y lealtad? ¿Se trataba de pasión o de sentimientos?

–Papá, no estás escuchándome.

Él se arrodilló, como sabía que le gustaba a su hija, y la miró con un gesto de arrepentimiento.

–Perdona, tesoro.

–Quise preguntarle a Ellie si habíais discutido. Esta semana ha estado bastante callada y, la verdad, creo que está muy triste –le explicó ella con una perspicacia impresionante para ser tan pequeña–. Ayer por la tarde fui a verla y… y se encontraba mal.

Quise preguntarle si tú eras el motivo y decirte que la dejases en paz.

–¿Que la deje en paz? –preguntó él con una mueca por el tono tajante de ella.

–Sí. Creo que todavía está conmocionada por su amigo. Ellie es muy fuerte, pero tiene que preocuparse de mucha gente.

–¿Un amigo…? –preguntó Gabriel con curiosidad.

–Sí. Les oí a Nik y a ella hablando de él. Ella estaba llorando y él la abrazó. Nunca la había visto así.

Gabriel sintió un estremecimiento. No podía imaginarse a su eficiente, fuerte e inteligente esposa llorando. Se daba cuenta de que estaba hecha de acero, de que tenía una integridad que nada podía quebrar. Había amado al hombre que la había abandonado y le había permanecido fiel durante años. Él no había conocido a nadie capaz de sentir con tanta profundidad.

–Papá por favor, ¿serás amable con ella y le preguntarás qué le pasa?

Era la primera vez que su hija le pedía algo, la primera vez que lo consideraba capaz de hacer algo bueno y positivo. Sin embargo, aunque no fuese así, nada podría impedirle que averiguara qué le pasaba a su esposa.

–Claro –contestó él dándole un abrazo a la niña.

Capítulo 8

GABRIEL tardó dos horas en encontrar a su esposa. Miró hacia donde señalaba el mozo de cuadras y se quedó clavado en el sitio por lo que vio. Despidió al mozo de cuadras y a otro empleado con un gesto de la cabeza y se sintió increíblemente posesivo. Ella no tenía su acostumbrado aspecto enérgico y resolutivo, parecía frágil y sola, y un arrebato protector se adueñó de él.

Estaba sentada encima de un montón de paja con las piernas pegadas al pecho y los brazos alrededor, como si quisiera reducirse a nada. Unos rayos de luz se colaban entre los tablones del granero y resaltaba el tono cobrizo y dorado de su pelo. Parecía una diosa dorada sin rastro de cinismo.

–Princesa…

Ella levantó la mirada con una expresión de cautela, con una repentina tensión en los hombros.

–¿Por qué sigues llamándome eso en ese tono de burla? Parece que piensas que solo soy eso.

–¿Acaso importa algo que te considere una princesa o no?

–No –contestó ella casi para sí misma–. ¿Necesitas algo? ¿Está buscándome Angelina?

–No necesito nada, pero Angelina está preocupada por ti.

–Es un encanto, pero no me parecía bien, por ella, que me viese así.

–Te concedo que eso lo sabes mejor que yo.

–¿Por qué estás siendo amable conmigo de repente? –le preguntó ella sin mirarlo siquiera.

–Me han ordenado que sea amable contigo, y me han amenazado aterradoramente si no lo hacía.

–Ah… ya lo entiendo. Es obra de Angelina.

Lo dijo como si a él le importara un comino.

–Si hubiese sabido que estabas… mal, lo habría hecho por iniciativa propia.

–Gabriel, por favor, solo tenemos la sinceridad, no acabes con eso también.

–Las relaciones no son mi punto fuerte y nuestra… nuestra relación ha sido complicada desde el principio.

–Porque decidiste que te engañaba, porque eres incapaz de confiar…

Aquel beso se había interpuesto entre ellos desde el principio. Él la había considerado una desconocida y así se había quitado un peso de encima, pero ¿y si ella le había contado la verdad y solo había querido que le diese un beso? ¿Qué pasaría si la verdad fuese así de sencilla y de complicada? Aunque hubiese fingido conformarse con lo que le había tocado, aquella versión de Eleni había sido vulnerable, había querido ser otra persona durante una noche… y él no se lo había permitido.

–Aquella noche estaba furioso. Acababa de enterarme de lo que me había ocultado Monique. Fui al baile queriendo ser cualquiera menos yo. Aquella noche, me parecía que las mujeres y los engaños iban de la mano. Yo conocía a la princesa de Drakon y me conmocionó enterarme de que aquella mujer cautivadora y la princesa fuesen la misma persona, como si ya no hubiese nada sensato en mi vida, como si nada fuese igual. Creo que ni siquiera me di cuenta de lo mucho que había empezado a contar contigo, de lo mucho que significaba tu presencia.

–Eso es lo que dices ahora.

–No. Siempre tenías una fuerza serena, incluso entonces. No me extraña que tu padre solo te escuchase a ti, que fueses la única que podía calmar sus ataques de furia.

Ella se quedó muy quieta cuando él cerró la puerta y se quedaron a oscuras, aunque entraba algo de luz entre las vigas. Lo miró con un brillo dorado en los ojos y tragó saliva cuando él alargó la mano para tocarla. Él captó un destello de anhelo antes de que parpadeara para disimularlo y se rodeara las piernas con más fuerza.

–He venido aquí para estar sola.

Jamás había empleado ese tono con él, ni cuando había sido más gruñón y desagradable. Se lo había dicho como si él no le sirviera para nada.

–¿Para poder… llorarlo en privado?

Hacía una semana, esa posibilidad habría hecho que saliera corriendo, pero, en ese momento, quería consolarla. Gabriel Márquez consolaba a su esposa por la pérdida de su amante… Eso era el mundo del revés.

–Sí, algo así.

–Princesa, vas a tener que cargar conmigo.

Las palabras se le habían escapado de la boca, pero se dio cuenta de que eran verdad en más de un sentido.

Él fue a sentarse a su lado y Eleni se movió, pero tenía una pared al lado y sus muslos se rozaron. Tenían los cuerpos pegados y

olía a paja y humedad.

–Eleni… Nadie es digno de tus lágrimas.

–Él, sí. Lo he querido durante años. Él nunca me miró por encima del hombro y ahora tengo que despedirme de él.

Una mezcla de rabia y amargura se adueñó de él y cada célula de su cuerpo se resistía a tener esa conversación. Una vez, una amante le dijo que tenía la misma consistencia sentimental que un coche y él se limitó a reírse. Nunca había sido celoso o posesivo porque todas sus relaciones habían sido efímeras.

En ese momento, ni siquiera podía darle un nombre al batiburrillo de sentimientos que lo dominaba por dentro.

–¿Estás reconociendo…–Gabriel estuvo a punto de atragantarse– que estás enamorada de… ese hombre?

Ella se movió delante de él como una figura borrosa con los ojos brillantes como los de un gato.

–¿Qué? ¿Puede saberse de qué estás hablando?

–Angelina me dijo que estabas llorando la pérdida de un amigo, que estabas increíblemente triste…

–Angelina se refería a Black Shadow, mi caballo desde hace seis años.

–¿Tu caballo?

–Sí, mi caballo, majadero insensible. Acabo de enterarme de que tiene una enfermedad terminal. Mi caballo era mi amigo y compañero más íntimo. ¿Crees que iba a estar aquí llorando por la pérdida de un amor y que iba a decírselo a Angelina? ¿Estás mal de la cabeza?

Ella no le dio la oportunidad de que contestara y se abalanzó sobre él dándole pequeños puñetazos. Gabriel levantó las manos temeroso de que su menuda esposa se hiciera daño, no de que se lo hiciera a él. Ese gesto hizo que Eleni se cayera del montón de paja y lo arrastrara con ella. Cayeron, él encima de ella, sobre más paja. Hacía muchos días que no sentía el corazón tan ligero. Ella no había estado llorando por su amor y quería gritar como un adolescente que había comprobado que también le gustaba a la chica que le gustaba a él. Sentía una ligereza que no había sentido ni cuando era joven y despreocupado.

Eleni resopló al sentir su peso encima.

–Quítate de encima… gigante insensible.

Él se rio y se movió lo justo para no aplastarla. Eleni intentó empujarlo, como si eso fuese posible, pero solo consiguió que su forcejeo despertara en él un deseo incontenible.

Le gustaba tenerla debajo, delicada y mirándole con rabia. Volvió a retorcerse un poco, pero separó las piernas y su erección acabó apoyada en la zona más cálida y sensible de ella.

Gabriel dejó escapar un improperio obsceno e, instintivamente, contoneó las caderas llevado por un deseo abrasador.

–¿Y si no quiero quitarme?

Gabriel la agarró de las muñecas y se las levantó para que tuviera que mirarlo. Eso la obligó a arquear el torso, a que esos pechos voluptuosos se frotaran contra su pecho.

–Llevas tres semanas atormentándome, cariño. ¿Sabes lo que le pasa un hombre después de tanta excitación insatisfecha?

Fue como si se hubiese acabado todo el aire del mundo y solo hubiese quedado la sensualidad para subsistir. Sus ojos grises la miraron como si fuese él más delicioso de los postres y pensara comérselo entero.

Sus manos le agarraban las muñecas con firmeza, pero también con delicadeza para ser un hombre tan grande. Durante días, lo había visto por sus aposentos, más o menos desvestido, y sabía lo musculoso y fuerte que era su cuerpo. Durante días, y algunas noches, cuando él se acostaba y el colchón se hundía bajo su peso, se había preguntado qué se sentiría al ser el objeto de toda esa fuerza, al ser la mujer que estaba debajo de ese cuerpo tan poderoso.

Ya lo sabía.

No estaba aplastándola contra el suelo, era un peso delicioso. Se pasó la lengua por los labios por el anhelo creciente que sentía entre los muslos. Estaba entre dos piernas musculosas, pero mantenía la parte baja de su cuerpo separada de la de ella después de ese primer contacto abrasador.

–Eres el hombre más exasperante que he conocido en mi vida. ¿Qué habrías hecho si hubiese estado llorando por mi amor, Gabriel?

Él bajó la cabeza y ella sintió la caricia de su aliento en los labios. Debería negarse, debería decirle que era una mujer de verdad, que tenía sentimientos, que no era un robot que podía utilizar cuando necesitaba una madre para su hija y que luego podía dejarla a un lado.

Él, mirándola a los ojos, bajó más la cabeza y la besó en la boca. Sintió una descarga por el contacto de esos labios firmes y delicados a la vez. Movió los labios sobre los de ella con un ritmo tan sensual que se estremeció. Todo, desde la oscuridad del granero hasta el dolor que sentía por dentro, se desvaneció ante el anhelo tan intenso y creciente que se adueñaba de ella. Era como si hubiese esperado siglos a sentir que su cuerpo la poseía.

–Te habría recordado que me habías prometido tu cuerpo a mí, princesa.

Entonces, sí le hizo notar la calidez y dureza de su erección

entre las piernas y Eleni dejó escapar un grito mientras los muslos se separaban para acogerlo.

–Te habría dicho que me perteneces a mí –añadió él con un brillo de satisfacción en los ojos.

Eleni no sabía si podía preguntarle lo mismo en voz alta, si podía recordarle que le había prometido lo mismo. Él no le dio la oportunidad de averiguarlo porque le introdujo la lengua en la boca con una caricia larga y sensual que hizo que ella dejara de pensar nada racional.

–Bésame también, princesa.

Eleni abrió lentamente la boca y también lo besó. Nunca había oído sonidos tan sensuales como la fricción de sus bocas, sus respiraciones aceleradas y acaloradas, la paja aplastada… Era como si todos sus sentidos estuviesen amplificados por mil, como si ella solo fuese un receptor de sensaciones.

Las caricias de sus labios y su lengua eran enloquecedoras y la estremecían más profundamente cada vez. Era como si él quisiera deleitarse con cada caricia de su boca y con cada vez que ella contenía la respiración.

El granero estaba completamente oscuro mientras él la seducía con la destreza de su boca. Los últimos rayos de luz se habían apagado y la oscuridad intensificaba las sensaciones que le recorrían el cuerpo. Pasó las manos de sus bíceps a sus hombros y le clavó los dedos cuando la acarició con la lengua. Quería moverse, quería tocarlo por todos lados, pero la tenía tan atrapada con ese cuerpo tan sólido e inamovible que era imposible.

–Gabriel… –susurró ella para pedirle más.

Cuando él no hizo nada, cuando ella oyó su aterciopelada risa masculina, introdujo los dedos entre su pelo, acercó más su cabeza a la de ella y le mordió el labio inferior llevada por un instinto que no sabía que tenía.

Él explotó al instante y sus besos fueron más ardientes, su lengua entró más y más deprisa en su boca, como si imitara el acto del amor con una maestría erótica que la derritió debajo de él.

La oscuridad le ahorró cualquier duda sobre si se denudaría delante de él cuando sus grandes manos bajaron y, con cuatro movimientos, la desvistieron por completo.

Sin embargo, cuando él se arrodilló y empezó a sacarse la camisa de los pantalones, deseó que el granero no estuviese tan oscuro. Sus ojos se habían adaptado a esa oscuridad y el contorno de su cuerpo la dejó sin respiración. Era impresionante, era un hombre perfecto, y le había elegido a ella, a la princesa baja, con curvas, un pelo indomable y anodina. A nadie podía extrañarle que la prensa y el público estuviesen tan asombrados por su

matrimonio.

Cuando le separó los muslos y se puso encima de ella, Eleni dejó caer la cabeza sobre la paja. Su piel era como terciopelo caliente que la cubría.

Dejó escapar un suspiró al sentir sus velludos muslos en los tersos de ella, sus músculos abdominales tensos contra la suavidad de su abdomen, el roce sedoso de su pecho sobre sus pezones endurecidos… Sintió sus manos curtidas por todo el cuerpo y, como si quisieran aprenderse todas las curvas, no quedó ni un rincón intacto. Tampoco quedó ni un milímetro de su boca que él no le devorara con besos lentos y ardientes.

–Eleni…

Ella dejó escapar un sonido ininteligible cuando Gabriel le tomó un pezón entre el índice y el pulgar, pero una oleada de sensaciones le arrasó el vientre cuando se lo metió en la boca. Gritó sin contenerse el sentir la lengua en el pezón antes de que se lo mordiera levemente.

Su boca no dejó de emitir sonidos incomprensibles mientras él seguía jugando alternativamente con sus pezones, como si no pudiera apartar la boca de ellos.

Tenía el cuerpo cubierto de sudor y el sexo húmedo y palpitante. Jamás había sentido eso en cada centímetro de su cuerpo, ese estremecimiento y temblor.

–Respondes a cada contacto como si fueras un instrumento, princesa. Tiemblas y gritas sin reparos… has estado volviéndome loco desde aquel baile.

Se quedó rígida cuando bajó más las manos por el abdomen y las mejillas se la recalentaron cuando le acarició los rizos. Cada caricia era como una exigencia masculina, una invasión descarada y sin contemplaciones.

Cerró los ojos con todas sus fuerzas porque sabía que estaba mirándola, que su placer y sus gemidos lo estimulaban. Fue separándole los pliegues sin prisa, primero con un dedo y luego con otro, como si memorizara sus rincones, como si nunca hubiese explorado así a una mujer.

Aunque claro que lo había hecho, cada caricia con los dedos o la boca demostraba que conocía su cuerpo mejor que ella misma. Sería mejor que recordara ese momento como el más placentero de su vida y no lo confundiera con una cercanía sentimental, que no creyera que a Gabriel lo impulsaba algo que no fuese la lujuria o que sentía algo que no fuese un reto a su vanidad masculina.

Todos los argumentos que había utilizado para convencerse de que solo era lujuria se esfumaron cuando introdujo un dedo primero y otro después. Dio un respingo al sentirse completamente

vulnerable. Sus dedos eran muy hábiles cuando le acariciaban los pliegues húmedos e inflamados.

–Por favor… –¿acaso no había ningún rincón de ella que él no fuese a descubrir?–. ¿No puedes…? Yo… quiero…

–¿Qué quieres, Eleni?

–Te quiero dentro, no hace falta que… –él curvó un dedo dentro de ella, que puso los ojos en blanco–. Dios…

–Quiero conocer tu cuerpo, princesa. Quiero conocer todos tus gemidos y jadeos, quiero saber qué hace que me anheles con voracidad, qué te llevará más allá…

Ella se agarró a unos manojos de paja mientras todo el cuerpo le vibraba con una tensión nueva.

–Ya estás haciéndolo… –susurró ella mientras él le pasaba el pulgar por la pequeña protuberancia.

Eleni gritó y arqueó las caderas con ganas de más. Él se detuvo al instante y ella lo maldijo dominada por la frustración.

–¿Te gusta, princesa? –le preguntó él mientras introducía y sacaba el dedo para humedecerla más.

La torturaba incesantemente mientras ella ignoraba todo excepto el anhelo profundo y visceral de su cuerpo. Se olvidó de la cantidad de veces que la llevó al borde para dejarla ahí cuando estaba a punto de explotar en mil pedazos.

No sabía cuándo, pero en algún momento había dejado de suplicarle. Entonces, cuando había decidido que él estaba vengándose por algún motivo perverso, le separó las piernas.

–Eso ha sido por todo lo que me has atormentado. Te necesito con toda mi alma, Eleni, pero es el momento de que me detengas si no quieres, princesa. Después, solo me pertenecerás a mí.

Ella lo miró a los ojos y asintió con la cabeza porque no le salían las palabras… o las palabras equivocadas, palabras sentimentales que no podía rebuscar porque el cuerpo se le estaba deshaciendo de placer.

Gabriel bajó la mano por la cadera, la introdujo entre los muslos y la abrió todo lo que pudo. Luego, la miró como si fuese uno de aquellos saqueadores que atacaban Drakon una y otra vez y se abrió paso con la punta del miembro.

Eleni parpadeó para intentar dominar el fuego abrasador que sentía por dentro, pero se olvidó de todo recato y gimió sonoramente cuando le restregó toda la extensión de la verga como si quisiera empaparse con su humedad. Hasta que entonces, cuando ella ya creía que esa tortura no acabaría nunca, entró con una acometida tan profunda que dejó de saber dónde acababa ella y empezaba él.

Gritó más por la impresión que por el dolor cuando la presión la

dominó por dentro y se le contrajeron los músculos internos. Le clavó las uñas en la espalda desnuda e intentó entender lo que estaba pasándole.

Sentía la garganta en carne viva por el grito y el bajo vientre seguía contrayéndose espasmódicamente alrededor de la granítica erección de Gabriel, seguía acostumbrándose a esa potencia ardiente que la dilataba por dentro. Estaba tomándola un hombre con un anhelo posesivo y primitivo, ¿cómo iba a mantenerlo todo en su contexto? ¿Cómo podía ella no soñar, cómo podía no atarse a él para siempre cuando… cuando le hacía eso, cuando le parecía que no podría volver a respirar, que no podría vivir más si él no se movía dentro de ella, cuando la mera idea de que él hiciese lo mismo con otra mujer la atravesaba hasta el alma?

Notó que las lágrimas le abrasaban las mejillas por esa mezcla de placer y dolor, por la necia ingenuidad de haber creído que podría acostarse con él, vivir con él, sin perder una parte de sí misma.

En medio de ese torbellino físico y emocional, ese hombre la miraba fijamente desde encima y con un brillo sombrío en los ojos.

–Me has mentido otra vez, princesa.

Eleni se mordió el labio inferior para disipar un poco la bruma que le cubría los sentidos. Le acarició la amplia espalda, le pasó los dedos por la columna vertebral como si no pudiese separarse de él. La desesperación le atenazaba las entrañas al darse cuenta del daño tan profundo que podía hacerle Gabriel, de hasta qué punto su vida ya estaba entrelazada con la de él.

–Deja de tocarme así –siguió él.

El anhelo resonó en todo el granero y el deseo le grababa unos surcos profundos alrededor de la boca. Eleni se contoneó debajo de él para intentar aliviar le tensión del bajo vientre, para aliviar las convulsiones de los músculos internos.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–No me lo preguntaste cuando hablamos de nuestro matrimonio. En realidad, no te interesaba lo más mínimo nada relacionado con nuestra vida conyugal, casi ni me besaste en la boda.

–Me pareciste una mujer que sabía lo que quería, princesa. Dijiste que habías sido casta durante mucho tiempo y que habías amado a Spiros.

–Oíste lo que quisiste oír, Gabriel.

El silencio de él le produjo una opresión en el pecho.

–Si temes que mi corazón acompañe a mi virginidad como una especie de gratificación extra, no te preocupes. Decidí hace mucho tiempo que se la entregaría a mi marido, fuera quien fuese. No podía permitirme que el escándalo de una aventura se sumase a que

fuese ilegítima. No podía poner en peligro el nombre de la Casa de Drakos ni por Spiros. Mi virginidad se convirtió en otra cruz para mí, en otro lastre en mi intento de ser una hija modélica para mi padre.

Él la agarró con más fuerza de las caderas y ella contuvo la respiración. Sus rasgos angulosos estaban cargados de tensión, tenía la piel húmeda y brillante, como la de ella, y los músculos del cuello le indicaban que necesitaba una fuerza de voluntad sobrehumana para mantenerse quieto.

Subió las manos por los velludos antebrazos hasta los bíceps y los hombros, lo acarició todo lo que pudo y volvió a ver la tensión reflejada en su rostro. Se le aceleró el corazón mientras esperaba a que él la rechazara, a que se produjera la explosión que estaba formándose dentro de él. Entonces, al sentir cómo la llenaba y al verlo encima de ella, y sin saber de dónde sacó ese atrevimiento, se negó a soltarlo. Bajó las manos hasta el trasero, se lo agarró y arqueó un poco las caderas para sentirlo más dentro.

Él gruñó e, instintivamente, acometió con las caderas.

–Agárrate a mí, princesa.

Casi no le dio tiempo antes de introducir las manos por debajo de su cuerpo, de levantarle el trasero, de salir completamente y de volver a entrar con una acometida incontestable.

Soltó el aire cuando la llenó completamente. Lo hizo una y otra vez con acometidas lentas y profundas que le desbocaban el corazón. La fricción que creaba en ese ángulo era increíble y todo el cuerpo volvía a acercarse al límite. La presión abrasadora aumentaba cada vez que se movía, hasta que llegó al clímax, a un estallido deslumbrante de placer que la dejó sin respiración.

Seguía dominada por esa sensación ardiente en la pelvis y con la respiración entrecortada cuando él acometió más deprisa y con más fuerza… y notó cuándo cedió la tensión, cuándo perdió el dominio de sí mismo y se quedó rígido. El gruñido de placer le retumbó por todo el cuerpo mientras explotaba dentro de ella.

Anhelaba agarrarlo con las manos, pero las dejó a los costados. Una vez pasado el momento, volvió a sentirse vulnerable y la realidad se hizo presente cuando se oyeron unas voces que se acercaban al granero y que acababan con toda la magia de la situación.

Gabriel salió de ella y se vistió con una tranquilidad y eficiencia que la dejó helada, aunque quizá hubiese sido porque ya no sentía la calidez de su cuerpo.

–Vístete, princesa.

La ayudó a levantarse y la sujetó mientras recuperaba el equilibrio. Le dio la ropa y le ayudó a subirse la cremallera del

vestido. Ella, que todavía sentía cierto dolor entre las piernas, tardó un rato en encontrar el equilibrio y en que el corazón dejara de retumbarle en el pecho… y en caer en la cuenta de que no habían usado preservativo.

Agarró a Gabriel cuando quiso alejarse e intentó verle la cara en la oscuridad.

–Gabriel… Yo… –Eleni notó que se sonrojaba–. He olvidado… Hemos olvidado… No hemos usado preservativo.

Notó la conmoción de él como si fuese tangible en la oscuridad, y su angustia como si fuese una bofetada en la cara.

–Gabriel –ella extendió una mano–, di algo.

Él le tomó la mano, sus piernas se entrelazaron y ella se dejó caer sobre su pecho. La rodeó con sus poderosos brazos aunque todas las células de su cuerpo estaban preparadas para el rechazo. Notó que introducía los dedos entre el pelo de la nuca y sintió la caricia de su aliento en la mejilla. Daba igual que estuvieran en la oscuridad más absoluta, ella seguía sintiéndose vulnerable. Una palabra desacertada podría destrozarla.

–Entonces, recibiremos con los brazos abiertos al bebé. Eso era lo que querías, ¿no?

Eleni, que estaba temblando de los pies a la cabeza, asintió. Se había preparado para que la virilidad de Gabriel la abrumara, pero su imaginación no se había acercado a la realidad ni mucho menos.

Se sentía cambiada por dentro.

Su boca le rozó la sien y fue bajando hasta la boca para darle un beso largo y profundo. Ella, apoyada en su brazo, se entregó a las caricias indolentes de su lengua, al despertar del deseo a pesar del dolor y dejó escapar un gruñido desde lo más profundo del pecho. Sus piernas le dejaron sitio y lo invitaron a más, pero él se rio con un sonido masculino, aterciopelado y seguro de sí mismo.

–Nada me gustaría más que tomarte otra vez, princesa, pero tienes que estar dolorida.

Ella captó algo en su tono que le puso los pelos de punta. Él la abrazó con más fuerza y cierta tensión.

–La próxima vez que te encuentres con un hombre en un rincón del palacio o la próxima vez que un hombre te arrastre a un rincón y te bese, grita con toda tu alma. No volverás a ver a Spiros. ¿Te ha quedado claro, Eleni? Ni siquiera volverás a pensar en él.

Incluso en ese momento, después de lo que habían hecho, él seguía sin confiar en ella.

Capítulo 9

CON Gabriel de viaje a Barcelona durante un par de semanas y Angelina ocupada con su tutor, ella pasaba las tardes con Black Shadow. Intentaba eludir la realidad que se le presentaba en forma de prueba de embarazo. Se le aceleró la respiración solo de pensarlo y Black Shadow relinchó al captar su nerviosismo. Ella lo tranquilizó con un susurro y deseó poder tranquilizarse a sí misma con tanta facilidad.

Llevaba mucho tiempo deseando tener un bebé, pero le daba pánico la posibilidad de tenerlo en ese momento. Naturalmente, quería un hijo de Gabriel con toda su alma y se le ocurrían cientos de posibilidades maravillosas cada vez que se imaginaba con ese hijo entre los brazos, con un hermano o una hermana para Angelina, pero su relación era tan frágil, tan inestable, que le daba miedo que un hijo cambiara a Gabriel.

Él había reconocido que eran una familia de verdad, pero ella no había llegado a saber si lo había dicho llevado por la pasión del momento o lo había dicho sinceramente.

Aquella tarde, después del granero, él la había acompañado a los aposentos y se había despedido de ella con un beso porque tenía que trabajar. A la mañana siguiente, cuando fue a buscarlo, él ya se había marchado del palacio. Se limitó a mandarle un mensaje de texto para comunicarle que estaba camino del aeropuerto y de Barcelona en viaje de trabajo. Supo que estaba esquivándola con la misma certeza con la que sentía el dolor entre las piernas o la marca de sus dedos en las caderas.

Ella también se había alegrado de ese respiro porque habría sido incapaz de comportarse de una forma normal a la mañana siguiente. No habría podido fingir que el encuentro en el granero no la había cambiado aunque su vida hubiese dependido de ello.

Hasta que se enteró de que mientras ella pensaba en él, Gabriel estaba en Barcelona con su omnipresente amiga abogada asistiendo a fiestas y encantado de la vida, como se había encargado de informar la prensa.

¿Ya ha perdido el interés por su esposa el magnate inmobiliario?

Era una llamada de atención para que despertara del cuento de hadas que había empezado a contarse. No sabía si Gabriel había vuelto a sus costumbres de antes o no, pero tenía que ver la realidad, tenía que recordar que aquello era un acuerdo que les convenía a los dos.

Esa era otra cosa que había aprendido de sí misma.

Para ella, nunca sería sencillo hacer el amor con Gabriel, siempre significaría algo más y necesitaría con toda su alma que también significara algo más para él, que él jamás deseara a otra mujer… y ahí estaba el problema.

No podía decirle lo que sospechaba, lo que sabía con toda certeza, lo que le aterraba, hasta que hubiese dominado sus sentimientos.

Gabriel volvió de su viaje a Barcelona y fue directo a su despacho para terminar de firmar unos documentos. Estaba completamente agotado después de haber tenido que lidiar con las preocupaciones de su hermana sobre su madre. Para Isabella, todo era un drama, todo era cuestión de vida o muerte, y, sin embargo, podía notar la emoción, que todo lo que le rodeaba tenía algo distinto.

Había pensado en Eleni todo el rato, en su expresión abatida cuando le había dicho que se vistiera en ese tono despectivo; en cómo se había encogido cuando le había dicho que no quería mentiras entre ellos; en cómo se había alejado de él como si no pudiese soportar que le tocase su sombra siquiera…

Había tenido que fijar unas normas nuevas para su relación, y avisarla de que no volviera a darle motivos de duda, para tomar el control de la situación. Todo estaría bien cuando ella hubiese entendido sus reglas para el matrimonio.

Con todos los músculos en tensión por la agitación, recorrió el laberinto de pasillos que separaba su despacho de sus aposentos. El afamado patio resplandecía a la luz de la luna y una ligera brisa llegaba del mar. Su corazón nunca había latido con tanta fuerza ante la perspectiva de ver a una mujer.

Eleni, bajo los chorros calientes de la ducha de su cuarto de baño, tomó aire para intentar dominar el nerviosismo que le atenazaba las entrañas, y que había empezado esa tarde, cuando Angelina le había susurrado con una sonrisa «papá ha vuelto».

Todas y cada una de las células de su cuerpo habían querido

cruzar corriendo el palacio para llegar hasta él y la tensión había ido aumentando con cada minuto que había pasado sin verlo.

De repente, la idea de instalarse en el dormitorio de Gabriel le parecía la idea más ingenua y ridícula que había tenido en su vida, como, retrospectivamente, se lo parecía ese matrimonio, pero ya no podía echarse atrás.

Necesitaba una lista de cosas que tenía que hacer para tomar el control de sus sentimientos, como hacía con todo lo demás. Lo primero era la distancia física para que no hiciera una majadería como rogarle que confiara en ella, o que la deseara como ella lo deseaba a él.

El segundo punto sería mantener la dignidad para que él no supiera el daño que le hacía. Esa había sido su estrategia incluso con su padre. La mayoría de los días, sobre todo al final, cuando su demencia había hecho que tuviera ataques de rabia o rencor, ella, había fingido que sus palabras hirientes no le hacían daño y, durante un rato, ella misma se lo había creído.

El tercer objetivo sería tomar el control del cuerpo y el corazón…

El agua le había parecido relajante hasta que le había parecido demasiado caliente sobre la sensible piel. Solo de pensar en Gabriel y en lo que le había hecho, sentía vívidamente los pliegues del sexo, la dureza de los pechos y el anhelo que se le despertaba entre las piernas.

Cerró la ducha y apoyó la frente en la baldosa fría. Ninguna lista serviría para sofocar el anhelo de su alma.

En medio de un batiburrillo de sentimientos, se puso el pijama apresuradamente, se cubrió con una bata y volvió a su antiguo dormitorio, que estaba en el lado opuesto del ala.

El alba estaba tiñendo de rosa el cielo cuando se levantó. Estaba demasiado alterada para dormir y demasiado cansada para vestirse e ir a trabajar.

Estaba yendo de un lado al otro cuando llamaron con fuerza a la puerta de su suite. Abrió y se encontró a Gabriel mirándola con el ceño fruncido. Ella, instintivamente, retrocedió un paso y él frunció más el ceño todavía. Él vio la bolsa de viaje, que ella había hecho sin pensarlo, la funda del ordenador portátil a los pies de la cama y el teléfono móvil conectado al cargador junto a la cama.

–¿Puede saberse qué significa todo esto, princesa?

–¿Qué…?

Ella consiguió decirlo mientras su cuerpo y su cabeza volvían a percibir toda la amplitud de su virilidad. Gabriel entró y cerró la

puerta dando un portazo, como había hecho en el granero. Llevaba una camisa blanca hecha a medida que empezó a desabotonarse con brusquedad mientras la miraba con todo detenimiento de arriba abajo. Le saltaron todas las alarmas, y se le despertó un deseo muy profundo.

–Esta noche no necesito… consuelo –añadió ella aunque se sentía como si estuviese dándose la vuelta del revés, como un calcetín.

Él levantó la cabeza y las manos se le pararon sobre los botones. Se acercó más… y se enfureció más cuando ella retrocedió

–¿Qué has dicho?

Eleni se pasó la lengua por los labios y deseó haberse callado. Él estaba tan cerca que podía oler su loción para después del afeitado, y le flaquearon las rodillas.

–¿Por qué has vuelto a tu suite, princesa? –efectivamente, volvía a estar muy furioso–. ¿Ya te has cansado de este matrimonio?

Ella se puso roja por la humillación y estiró el cuello para mirarlo a los ojos.

–Necesitaba un poco de distancia –contestó ella en tono defensivo–. Además, como te marchaste sin decir nada, como ni siquiera te preocupaste en preguntar por mí a la mañana siguiente, no estaba segura de que me quisieras… allí.

–¿Dónde?

–En tu cama.

Él se acercó un paso más y ella retrocedió otro.

–La primera vez no me preguntaste si te quería allí, te instalaste en mi dormitorio como si fueses la reina del palacio.

–Fui… Fui una necia. Creí que si me ofrecía a ti como un manjar, tú caerías en la tentación.

Él torció la boca, pero nada podía apagar el brillo diabólico de sus ojos. La miraba como ella miraría un par de zapatos de tacón de aguja, con una avidez posesiva.

–Y lo conseguiste. Me tentaste… y te devoré –ella volvió a sonrojarse y dejó de intentar evitarlo–. ¿Ese es el problema? –a Gabriel se le ablandó el gesto y algo más apareció en su mirada–. ¿Te hice daño?

Él parecía tan sinceramente agobiado que Eleni no pudo callarse.

–Me dolió, sí, pero no… en un mal sentido. Mia me dijo que se imaginaba que, dada nuestra diferencia de tamaño, las pasaría canutas.

Eleni volvió a ponerse roja por la humillación, pero porque él se rio con todas sus ganas, y fue el sonido más bonito que ella había oído en su vida.

–Quiero decir que creo que… no me dolió más de lo normal para ser la primera vez.

Gabriel se pasó una mano por el pelo y ella se preguntó si de verdad le habría preocupado que no hubiese estado en sus aposentos, si ella habría tirado la toalla sin luchar siquiera por su matrimonio.

–Entonces, ¿por qué estás aquí, Eleni?

–Te marchaste antes de que yo… Te marchaste sin decir ni una sola palabra y no volviste durante una semana. Es más, estuviste con tu… amiga abogada, quien, según dicen, es muy íntima tuya. En este matrimonio, tú no puedes ser quien decida todo, Gabriel. Me fustigué preguntándome qué estarías pensando, no sabía si me querías en tu cama.

–¿Y te quedarías fuera si no te quisiera en mi cama, Eleni? Entonces, ¿por qué no lo hiciste la primera vez?

Esa conversación no llevaba a ninguna parte y Eleni sabía que uno de los dos tenía que dar un paso hacia el otro; hacia la sinceridad de los sentimientos; a dar y a no querer nada a cambio; a dar un salto al vacío.

Ella exigía la confianza de él, pero no había confiado en sí misma, no había creído que podía ser igual a él, que todavía podía encauzar su matrimonio como ella quería.

Era lo que siempre había hecho con su padre. Había bajado la cabeza y se había tragado todos sus dardos envenenados sobre su sangre contaminada y sobre su incapacidad para pertenecer a la Casa de Drakos con la vana esperanza de que llegara a quererla.

Había sido muy cobarde, pero Gabriel significaba para ella lo que no había significado nadie. Entonces, ¿no debería luchar por él antes de tirar la toalla?

Tenía el pelo despeinado y la camisa abierta, nunca había estado tan impresionante y tan lejos de su alcance. Le dolía el pecho por el anhelo, pero tenía que decir lo que quería decir. Él se soltó el último botón y ella, hipnotizada por la perfección de su pecho bronceado, lo miró automáticamente.

–Creí que sería fácil, que me ocuparía de Angelina, que tendría un hijo y que tú no volverías a amenazar a Drakon. Sin embargo, me doy cuenta de que no puedo…

–Si estás pidiendo el divorcio dos meses después de casarte, yo…

–¡No! –ella lo miró espantada–. ¿Por qué no dejas de pensar lo peor sobre mí?

–¿Qué propones que hagamos, cariño?¿Qué quieres de mí?

–Me he dado cuenta de que necesito más de lo que tú estarás dispuesto a darme jamás, Gabriel, y no… no puedo dejar que me hagas daño como dejé que me lo hiciera mi padre toda mi vida.

Sigo intentando encontrar la manera de encauzarlo en vez de tirar la toalla, pero la infidelidad es mi gota que rebosa el vaso. Ya sé que lo acordamos, pero no puedo…

Él le acarició la mejilla con delicadeza y ella notó el escozor de las lágrimas en los ojos.

–No he tocado a otra mujer ni lo haré…

Gabriel volvió a pasarse la mano por el pelo con desesperación, aunque no podía compararse al pánico que había sentido cuando había comprobado que ella no estaba en sus aposentos. Eleni pedía muy poco, pero, aun así, cada palabra que él le decía era como si estuviese entregándole partes de sí mismo para siempre. No obstante, tenía que intentarlo.

–Jamás en mi vida me he acostado con dos mujeres a la vez, Eleni. Los medios de comunicación no dan respiro a Andreas y Nikandros, y ya deberías saber que la mitad de lo que dicen es humo.

Ella levantó la cabeza y lo miró a los ojos como si quisiera saber si estaba diciendo la verdad.

–En este momento, solo me importa Angelina –siguió él–. Bastantes dolores de cabeza tengo contigo, con Angelina y con terminar este proyecto en Drakon. Además, por si eso fuera poco, parece ser que mi madre va a casarse otra vez y cree que voy a estar en la celebración con ella y con ese individuo que ha elegido ahora. Fui a Barcelona para tranquilizar a Isabella y decirle que tomaré cartas en el asunto. Si me marché bruscamente, fue porque es lo que he hecho durante treinta y seis años. No… comento todos los sentimientos que se me pasan por la cabeza.

–¿Sentimientos?

–Sí. Sentía remordimientos por haberte tomado de aquella manera en el granero y por no haberte hecho caso sobre el vídeo… y no llevo nada bien los remordimientos. Jamás… –él se calló un instante–. Jamás había tenido una relación tan… complicada.

¡Eso tenía que dejarla satisfecha! No hacía falta que supiera lo posesivo que se sentía con ella o el miedo que había pasado al preguntarse por el hombre al que había amado una vez, el hombre al que, evidentemente, quería… y menos cuando el saber que había vuelto y que le había ofrecido el mundo entero a Eleni era como una sombra que se cernía sobre él en todo momento.

Sin embargo, ya se ocuparía de eso cuando llegara el momento.

En ese momento, era su esposa y se debía a Angelina a él.

La atracción sexual entre los dos estaba fuera de toda discusión y los dos volverían a tener los pies en la tierra cuando se enfriara. Incluso, podrían llegar a tener una vida sexual satisfactoria y una relación de respeto mutuo y de amor hacia Angelina y hacia los

hijos que pudieran tener.

–¿Fuiste a ver a tu hermana Isabella? –le preguntó ella en voz baja y mirándolo a los ojos.

–Sí. ¿Alguna pregunta más?

–¿Y tu amiga…?

–Alyssa no ha sido nunca mi amante ni lo será.

Eleni, mientras miraba ese pecho desnudo e indescriptiblemente sexy, pensó que ese balancín emocional iba a conseguir que saliera ardiendo en llamas.

–¿Tu madre vive en Barcelona? –consiguió preguntarle ella sin saber muy bien cómo.

–Sí. No nos hablamos e Isabella es una especie de *correveidile*. Ahora, me encantaría dar por terminado nuestro pequeño numerito personal y que nos acostáramos.

Eleni asintió con la cabeza y con la boca completamente seca. ¿Habían solucionado algo? Ya sabía que él no la engañaría, pero él todavía tenía problemas de confianza y eran problemas de los que no hablaría fácilmente.

Se dirigió hacia la cama con las rodillas temblorosas.

Miró las sábanas azul marino y quiso volver corriendo a la sala. ¿Quería dormir con ella? ¿Esperaba hacer el amor esa noche? La mera idea producía un anhelo de vértigo. ¿Podría dar ella el primer paso?

Tenía que ser la única mujer del mundo que podía dirigir a más de doscientos empleados de un palacio y, además, preocuparse por si su marido iba esa noche a su cama.

El corazón se le ralentizó cuando oyó que la ducha se abría y se cerraba casi acto seguido. Estaba demasiado alterada para quedarse dormida y acabó esperando al lado de la ventana… y Gabriel salió con el pecho todavía mojado y una toalla atada a la cintura. Se quedó sin el poco aire que le quedaba.

Tenía la piel morena y tersa y una hilera de vello oscuro le bajaba desde el pecho hasta el ombligo y acababa desapareciendo por debajo de la toalla.

Se secó la espalda con otra toalla y desvió su atención hacia ahí. Los hombros anchos, la piel resplandeciente… No podía dejar de mirarlo fijamente y no se acordaba casi de respirar.

Se dejó caer en una butaca, le tomó las manos y se las puso en los hombros. Eleni dio un respingo. El calor del cuerpo de él había irradiado hasta las yemas de sus dedos a través de la tela de la camisa. Era de acero puro y sus hombros eran tan anchos que la abarcaban por completo.

Se oyó el canto de un pájaro a lo lejos, entraba una leve brisa por las puertas acristaladas y el silencio era tan sepulcral que Eleni

estuvo segura de que se podían oír los estruendosos latidos de su corazón.

–¿Qué… qué esperas que haga?

–He trabajado mucho tiempo en la misma postura durante el vuelo de vuelta. Me duele muchísimo la espalda.

–¿Y…? –preguntó ella indignada por el tono autoritario de su voz.

Él ladeó la cabeza y la devoró con la mirada.

–Sé una buena esposa, princesa. Tu esposo ha vuelto después un día muy arduo y necesita… atenciones –contestó Gabriel con una sonrisa que era malicia pura.

–Pobre Gabriel…

–Ya sabes, el matrimonio es así… Hay que ocuparse de que tu esposo reciba todo lo que necesita.

Ella torció la boca y tuvo ganas de reírse al ver el gesto de sufrimiento en la cara de él.

–No sabía que fueses tan experto en cuestiones matrimoniales…

–No hago nada a medias –él se encogió de hombros–. ¿Y bien, princesa?

Eleni no se había sentido tan contenta jamás.

–¿Qué quieres?

–Tampoco voy a hacer que trabajes demasiado –contestó él.

Eleni lo miró atónita.

–¿Qué?

–Tú… ya no eres solo la princesa de Drakon, Eleni, eres mi esposa. Podrías bañarte en una bañera llena de diamantes si quisieras, podrías renunciar a todos tus deberes en el palacio, podríamos…

–Aceptaste mi petición de quedarte en Drakon –le interrumpió ella.

–Sí, pero todavía me gustaría que hicieras tu vida fuera del palacio. Si quieres algo, solo tienes que pedirlo, Eleni.

Quiso preguntarle si tenía el corazón al alcance de su mano, pero decidió que tenía que ir paso a paso y, en ese momento, la espalda desnuda de su marido le acaparaba todas las fuerzas.

Volvió a pensar en lo que le había pedido y se dispuso a ocuparse de sus músculos.

Tenía razón. Había dolorosos nudos por los hombros y la parte superior de la espalda. Su piel, aunque estaba mojada, seguía siendo cálida. Le masajeó los músculos rígidos en silencio y fue deshaciéndole cada nudo. Esa calidez pasaba de sus dedos a la piel de él, que se la devolvía entre cosquilleos. No supo cuánto tiempo estuvo así, pero, en ese momento silencioso, hubo una conexión entre ellos, aunque fuese tenue.

El silencio, como un péndulo, era agradable o tenso según el momento. Hasta que, de repente, Gabriel se dio la vuelta y la tomó en brazos. Eleni solo pudo mirarlo fijamente.

La dejó en la cama y se quedó entre sus piernas. Le bajó los tirantes del camisón mirándola a los ojos y dejó sus pechos expuestos a su abrasadora mirada.

–Aquella noche… no estuve a la altura.

–¿Cómo?

–Estaba oscuro y solo podía tocarte y sentirte, no pude venerarte con la mirada.

Le pasó los dedos curtidos por la piel desnuda y le despertó todas las terminaciones nerviosas. Arqueó la espalda como si tuviese voluntad propia y exigiera todo el placer que pudiera darle. Gabriel dejó escapar una risa ronca y se lo concedió.

Le lamió un pezón hasta que estuvo tan sensible que le dolió. Eleni introdujo las manos entre su pelo y gimió cuando él se lo introdujo en la boca y lo succionó. Se derritió entre las piernas como si fuese lava líquida y el camisón de seda cayó silenciosamente al suelo.

–Eres la mujer más hermosa que he visto, princesa –susurró él.

La tumbó con delicadeza en la cama y le bajó lentamente la boca desde los pechos hasta el abdomen. Ella se estiró como un gato, pero las sábanas, aunque frescas, no sirvieron para refrescarle la piel recalentada… y gimió de placer cuando él también se tumbó a su lado, colocó una pierna entre las de ella y le frotó ese punto ávido de que lo acariciaran.

–Ya estás húmeda…

Eleni, sonrojada, se volvió hacia él, que, con la piel morena resplandeciente de vitalidad, volvió a recordarle a uno de esos saqueadores que atacaban Drakon una y otra vez. Le pasó las manos por los hombros y el vello del pecho y oyó que contenía la respiración.

Aquella noche no lo había tocado, solo había recibido las caricias de él, había esperado toda su vida una pasión como la que le despertó Gabriel, pero no había participado casi.

Había tardado casi treinta años en tomar las riendas de su vida y ya era hora de que también tomara las riendas de su propio placer… y, en ese momento, su placer consistía en aprender todo lo que pudiera de ese hombre implacable que aquella noche la arrastró más allá de todos los límites. Quería saber qué lo llevaría a él a ese mismo punto. En ese momento, la princesa anodina de Drakon quería tener un poco de poder sobre su marido.

Con un atrevimiento que le sorprendió a sí misma, lo empujó y lo tumbó en la cama.

–Eleni…

Ella se mordió el labio inferior y observó es belleza masculina que tenía delante. Le habría encantado ser pintora para inmortalizar cada línea de ese cuerpo fibroso y poderoso que, sin embargo, podía acariciarla con una delicadeza que a ella le habría parecido imposible.

–Quiero hacerlo, Gabriel, quiero darte placer. ¿Me dejarás?

Él se puso las manos detrás de la cabeza y arqueó provocativamente las cejas.

–Soy todo tuyo, princesa.

A ella se le velaron los ojos y el pelo le cayó como una cortina alrededor de la cara. La luz de la vela le daba un tono dorado a la piel y le recorrió todo el cuerpo, de los pies a la cabeza, con esa mirada dorada, que se detuvo un momento en la tienda de campaña que formaba la toalla a la altura de la entrepierna.

Gabriel no había conocido a ninguna mujer como su esposa. Era decidida incluso en los momentos más sombríos, no retrocedía un paso si creía que tenía razón y tomaba lo que quería, aunque él se hubiese portado como un majadero… y en ese momento lo miraba como si fuese un manjar. Quería tumbarla y entrar en ella, pero ya lo había hecho así una vez. Iría despacio aunque lo matara, y, a juzgar por cómo lo miraba, eso era lo que iba a pasar.

–Primero, tienes que… desenvolverme, princesa –le provocó él.

Eleni se sonrojó, pero le quitó la toalla con unas manos firmes y seguras. Abrió los ojos como platos y contuvo la respiración cuando vio la erección. Entonces, la tomó entre las manos y la apretó con suavidad, lo hizo como si no supiera qué hacer, pero con firmeza y mirándolo de una manera que hizo que se pusiera como una piedra.

–No sé qué hacer… –Eleni se pasó la lengua por los labios insinuantemente aunque ella no lo sabía–. Enséñame, por favor.

Él cerró los ojos y dejó escapar un gruñido.

–Vas a matarme…

Le tomó las manos entre las de él y le enseñó a acariciarle. Notó que sudaba y que el placer se le acumulaba en las entrañas mientras ella subía y bajaba las manos como él le había enseñado. Sentía el roce de su pelo en las tetillas y los músculos abdominales se le endurecieron como rocas. Eleni le pasó la punta de la lengua por el borde de la oreja y él dejó escapar la mayor obscenidad que se le ocurrió.

–¿Qué quieres, Gabriel? Solo tienes que pedírmelo.

–Tómame con la boca –contestó él sin dudarlo.

Abrió los ojos cuando notó su aliento en la erección y consiguió ver como se cerraban sus labios carnosos alrededor del extremo de su miembro. Gabriel gruñó con los ojos en blanco e introdujo las

manos entre su pelo para que lo tomara más profundamente. Sintió una descarga de placer por toda la columna y, con otra maldición, la apartó.

–Gabriel, espera…

Él ya no podía contenerse. La agarró y la colocó horcajadas encima de su regazo. Quería verla así, con los pezones endurecidos moviéndose, con el abdomen contraído, con la espalda arqueada, mostrándole solo a él toda su voluptuosidad.

–Tómame dentro de ti… –le pidió él con una voz casi irreconocible.

Ella esbozó la más maravillosa de las sonrisas y él notó que se le acumulaba la tensión en la pelvis mientras ella se introducía la punta de su verga. Gabriel, agarrándola de las caderas, esperó a que volviera a acostumbrarse a él y dominó las ganas de entrar hasta el fondo de su húmeda calidez.

Eleni fue descendiendo lentamente con el ceño ligeramente fruncido y la lengua entre los labios para humedecérselos. Entró centímetro a centímetro hasta que lo rodeó como un guante. Le temblaban los músculos y el deseo lo atenazaba por dentro. Habría contoneado las caderas, pero lo detuvo el gemido de incomodidad que dejó escapar ella. Consiguió dominar la avidez, y notó que la erección se contraía como si se quejara.

Apretó los dientes, la miró y el corazón le retumbó en el pecho. La rigidez de su espalda le recordó que no tenía experiencia, que había sido virgen hasta hacía una semana.

Ella, aunque tensa todavía, contoneó ligeramente las caderas y él sintió una descarga de placer en las entrañas. La agarró de las caderas y se sintió impotente ante el dolor de ella.

–¿Te duele, Eleni?

Ella abrió los ojos con los labios arrugados.

–No me duele, pero es un poco incómodo –ella volvió a mover el trasero y gimió–. Es… como si te sintiera por todas partes, Gabriel, como si me hubieses atravesado por la mitad y me da miedo moverme –unas lágrimas le empañaron los ojos–. Lo siento… Necesito unos segundos para acostumbrarme a ti.

–No pasa nada, princesa. Tenemos toda la noche, tenemos meses para conocernos, tenemos años para hacer todo lo que quiero hacer contigo.

Por algún motivo que él no consiguió comprender, eso hizo que las lágrimas le cayeran por las mejillas… y ella se las secó inmediatamente.

–Quería ser sexy y seductora contigo, no ponerme a llorar a mares.

Sus… encuentros con otras mujeres no se habían parecido nada

a aquello. En ese momento, no podía recordar la cara de otra mujer o, mucho menos, que le hubiese susurrado algo delicado después de haberse acostado con ella.

La bajó con las manos entre el pelo y no le importó salir de esa calidez que lo envolvía, sin importarle que su cuerpo se contrajera por la frustración.

–Eres la mujer más fascinante que he conocido, princesa, y tú no tienes la culpa. Yo… Yo no te he preparado. Eres menuda y yo soy… un bárbaro enorme.

Ella se rio mientras lo besaba.

–No puedo verificarlo, así que tendré que creerte.

Él le dio un azote desenfadado en el trasero y la estrechó más contra sí.

–No te preocupes, cariño, cuando nos hayamos acostumbrado el uno al otro, voy a devorarte, no vas a salir de la cama durante una semana.

–¿De verdad? –le preguntó ella con los ojos como platos.

–De verdad. Ahora, cállate y bésame.

Sus pechos eran un peso delicioso y su vientre lo acariciaba con delicadeza. La besó con un cariño que eliminó la brusquedad de la lujuria. La besó con toda la destreza que supo hasta que volvió a gemir.

Introdujo las manos entre los dos y la acarició por todos lados, desde los pezones endurecidos hasta los sedosos pliegues, que seguían húmedos. Esperó a que ella se contoneara sobre él, hasta que notó su disposición, y volvió a entrar en ella. Cuando ella se inclinó para besarlo, acometió para entrar más y los dos gruñeron.

Esa vez, sus cuerpos encontraron un ritmo que podían seguir, como si supieran cómo crear la magia.

Se movieron juntos como seres desenfrenados, besándose con las manos agarradas. Cuando le enseñó a moverse con él, Eleni siguió sus instrucciones, arqueó la espalda, confió en su cuerpo y en el de él y se deleitó con los gruñidos de placer de Gabriel, con haber conseguido que ese hombre poderoso e imponente sintiera ese ardor indefinible.

Estallaron juntos de placer y ella cayó sobre su pecho con los ojos cerrados. Tenían los cuerpos húmedos y las respiraciones entrecortadas.

El silencio los envolvió como un manto y cada latido del corazón le indicó que se había enamorado irremediablemente de su marido. Cada palpitación del cuerpo y cada gota de sudor se maravillaban del cuerpo granítico que tenía debajo. Siempre reconocería el corazón acelerado que tenía debajo del de ella.

Entonces, se abrió paso el pánico porque sabía que Gabriel

jamás le entregaría su corazón, que nunca la amaría como lo amaría ella durante el resto de su vida, estuvieran juntos o no, tuvieran un hijo o no.

Capítulo 10

DURANTE el mes siguiente, Drakon celebró que Andreas, su querido príncipe heredero, había vuelto de su misterioso viaje.

Eso fue lo que Gabriel oyó de su esposa, a quien no veía casi. Estaba entusiasmada porque su hermano mayor estaba en Drakon otra vez. Él, la única vez que había visto a Andreas, se había quedado impresionado.

Andreas Drakos siempre había sido un hombre implacable, pero esos días parecía como si sus ojos solo reflejaran una rabia fría y despiadada. En ese momento, tenía encima de la mesa una información que sabía que Andreas estaba buscando, que había conseguido porque Eleni le había pedido que ayudara a su hermano… y estaba empezando a comprobar que no podía negarle nada a su esposa. Sin embargo, había captado algo en la mirada de ese hombre que no le había gustado.

Los tres hermanos aparecieron por todos lados durante unos días. Nikandros, a regañadientes, abandonó a su esposa embarazada y se murmuró mucho sobre la posibilidad de una alianza entre la Casa de Drakos y la hija de un ministro del Gobierno, pero si había un hombre poco adecuado para ser el esposo de alguien, ese era Andreas Drakos.

La increíble preocupación que lo había acuciado desde la llegada de Andreas se hizo realidad cuando le comunicaron que el príncipe heredero le había pedido una reunión… sin la presencia de Eleni.

Gabriel llamó a la puerta y entró en el despacho de Andreas. Vio a Nikandros y a otro hombre y se le quitaron las ganas de saludar educadamente, como había ensayado. Si no se equivocaba, y nunca se equivocaba, ese hombre era Spiros Kanellos, el hombre al que había amado su esposa, el hombre que había desaparecido de Drakon durante casi diez años, el hombre que había reaparecido, de repente, la noche de su boda.

De repente, todo encajó en su sitio. Iba a estrangular a Andreas porque eso explicaba que ese hombre pudiera moverse libremente por el palacio y su certeza de que Eleni lo recibiría.

No hizo caso de la presencia de ese hombre, pero, naturalmente, se fijó en su expresión desafiante y en la simetría perfecta de sus facciones. Una furia gélida se adueñó de él y, por primera vez en su

vida, tuvo una sensación de fatalidad.

–¿Puede saberse qué significa todo esto, Drakos? –preguntó Gabriel sin disimular la furia.

Andreas ni se inmutó por el tono amenazante de Gabriel.

–A juzgar por tu expresión, deduzco que ya conoces a Spiros.

–Claro. Como ha estado merodeando por el palacio y rondándole a mi esposa, he tenido que avisar a mi servicio de seguridad de que era una amenaza para Eleni y les he dicho que podían disparar si lo veían.

El hombre rubio se quedó pálido y Nikandros intervino en voz baja.

–Hombre, Márquez…

Andreas miró a los ojos a Gabriel.

–Nik, Spiros, dejadnos solos.

Nik farfulló algo y acompañó al otro hombre afuera.

Gabriel esperó unos dos segundos hasta que se dejó llevar por la furia y le pegó un puñetazo a Andreas en la mandíbula, quien se llevó una mano a la cara sin rechistar siquiera. Gabriel sacudió la mano y la satisfacción se adueñó de él.

–Drakos, olvídate de tus maniobras rastreras. Ella ya no es tu hermana, es mi esposa. Si no quieres que hunda Drakon y, si quieres volver a verla, no te metas en nuestra vida. Lo arruinaré todo antes de dejar que te metas en medio.

Andreas siguió como si Gabriel no hubiese amenazado todo lo que él más quería.

–Gabriel, se merece que la amen. Lo ha esperado muchos años. Mi maldito padre le mintió durante todo ese tiempo porque quería atarla a un hombre de la edad de él para que él pudiera controlarla, para que fuese su servidora durante el resto de su vida. Spiros la ama y le dará lo que ella necesita. Te conozco mejor que nadie y acabarás destrozándole el corazón. No es demasiado tarde, Gabriel.

–No necesita amor, se casó sabiendo muy bien lo que hacía –replicó Gabriel con rabia aunque sentía un vacío en las entrañas–. Además, puedo darle perfectamente lo que quería del matrimonio.

Aunque ella estaba ocupada durante el día con Angelina y las noches las ocupaban con una pasión que crecía a medida que la alimentaban, él sabía lo que anhelaba Eleni, conocía esa sonrisa que ponía cuando lo veía, sabía que su incapacidad para amarla acabaría haciéndole daño, sabía que él siempre estaría esperando que el hacha cayera sobre su relación, que siempre estaría esperando que algo saliera mal.

Reprimía una parte de sí mismo en cada sonrisa y en cada palabra, se oponía a todos los intentos que hacía Eleni para acercarse a él, todavía consideraba que su matrimonio era un

acuerdo que les convenía a los dos.

Andreas percibió todas sus dudas y entró a matar.

–Eleni, durante toda su vida, ha sufrido la presión de mi padre, la mía e, incluso, la de Nikandros, por su nacimiento ilegítimo, por la amabilidad condescendiente de mi padre hacia ella, por no ser ni hija ni empleada… Estoy reparando todo el daño que nos hizo, Gabriel. Nikandros está otra vez donde tenía que estar y Eleni se merece que, por una vez, la den una oportunidad en la vida, tiene que tener la oportunidad de ser feliz.

Gabriel no había querido estrangular a un hombre nunca antes, nunca antes había querido que su corazón estuviese enterrado y nunca antes se había arrepentido de haber conocido a la princesa de Drakon.

Si le daba esa oportunidad, ¿Eleni elegiría vivir con él? ¿Le importaba a él que lo eligiera y que no estuviese obligada? Apretó los dientes.

–Andreas, tengo una carpeta en mi mesa con la información que estás buscando. ¿Sabes por qué la tengo? Porque Eleni me rogó que te ayudara, porque ella se preocupa por ti, por Nik y por todos.

El rostro de Andreas se oscureció y una sombra le cubrió los ojos. Aparentemente, estaba tranquilo, pero Gabriel sabía que la ira estaba adueñándose de él. Lo despedazaría vivo con sus propias manos, pero, naturalmente, se sosegó. Nada indicaba que ansiara esa información, menos el brillo de sus ojos. Su dominio de sí mismo era legendario.

–¿Sabes dónde está ella? –le preguntó Andreas sin poder evitar que la voz le temblara un poco.

–Sí –contestó Gabriel–. Te daré toda la información si haces que Spiros desaparezca, no quiero verlo.

–No puedo –Andreas se frotó los ojos con una mano temblorosa–. No sabes cuánto me tienta la idea de ser como un dios, pero no seré como el hombre que me crio, no jugaré con las vidas de otras personas.

Gabriel dejó escapar una carcajada sin ganas.

–¿Y la mujer que aparece en esa información?

Sintió una punzada de lástima por ella a pesar de que había decidido mantenerse al margen. Andreas Drakos era un hombre frío e inflexible que estaba hecho a imagen y semejanza de su padre, el rey Theos, por mucho que él intentara oponerse.

–¿Qué vas a hacer con ella, Andreas?

–Es mía, Gabriel. Quédate la información. Puede irse al fin del mundo, pero la encontraría. Mi hermana, en cambio, se merece elegir. Por una vez, se merece elegir cómo quiere vivir la vida.

Evitó el silencioso dormitorio, fue al cuarto de baño, se desvistió y se dio una ducha. Volvió a vestirse y, una vez en la sala, se sirvió una copa. Seguía dándole vueltas en la cabeza a lo que le había dicho Andreas y haber visto al hombre al que había amado Eleni hizo que el whisky le supiera amargo.

¿Creía Andreas que iba a renunciar a su esposa sin más? ¿Creía que iba a ceder a Eleni a un majadero que ni siquiera había tenido agallas para luchar por ella? Sin embargo, ¿podía vivir con Eleni sabiendo que lo hacía obligada y que lo único que había querido de ese matrimonio había sido un hijo? ¿No se preguntaría toda la vida si lo habría elegido si hubiese podido?

Seguía igual de desorientado dos horas más tarde, cuando se abrió la puerta y apareció Eleni. Gabriel no se había imaginado que podría quedarse hecho trizas al ver algo, como le pasaba al ver las lágrimas de su esposa. Ella, pálida y demacrada, lo miraba sin verlo.

–¿Black Shadow? –le preguntó él con cariño.

Ella no dijo nada, solo asintió con la cabeza, pero él podía ver el brillo de sus ojos incluso en la oscuridad y la intensidad de ese dolor lo desarbolaba completamente. No quería volver a verlo. Abrió los brazos y ella se abalanzó sobre él como si ese fuese su sitio, se acurrucó contra él como si lo fuese todo.

Entonces, por primera vez en su vida, Gabriel quiso significar algo para una mujer.

Era menuda entre sus brazos, pero, aun así, esa mujer tenía mucha fuerza por dentro.

–Háblame de él.

Gabriel se dio cuenta de que lo había dicho en el tono autoritario de siempre y de que ella quizá necesitase cierta delicadeza, pero nunca había sido capaz de ser delicado.

Quizá ella quisiera un hombre en quien confiar sin dudas, que fuese romántico sin segundas intenciones, que pudiese expresar con palabras la confusión que sentía por dentro… Quizá quisiera recuperar a Spiros Kanellos y la mera idea era como ácido que lo corría por dentro.

–Black Shadow era lo único que de verdad me había regalado mi padre. Le costó una barbaridad de dinero y se negó a que lo montara nadie para domarlo. Mi padre siempre había estado orgulloso de mi talento como amazona, de mi mano con los caballos. La tuve desde que era muy pequeña y creo que a él eso le demostraba que era suya, que pertenecía a la Casa de Drakos.

Eleni lo dijo como si eso todavía se cuestionara, como si tuviera que justificar constantemente su presencia en el palacio. ¿Por eso trabajaba tanto para sus hermanos? ¿Todavía dudaba de su sitio en

la Casa de Drakos? La abrazó con más fuerza mientras la rabia se adueñaba de él.

–Me encariñé de Black Shadow en cuanto lo vi. Tenía el pelo resplandeciente y no se fiaba de nadie, pero necesitaba que lo acariciaran con cariño. Creo que fue mutuo –siguió ella con una sonrisa–. Se le formó un tumor… en el vientre y ya llevaba un tiempo deteriorándose. No había podido dormir nada y, al amanecer, fui a ver cómo estaba. Fue como si hubiese estado esperando para despedirse de mí.

Gabriel notó su emoción, la abrazó y ella lloró como si se le hubiese roto el corazón. El hielo que tenía en el pecho, aunque él no lo sabía, se le derritió. Le acarició la espalda para consolarla y dispuesto a darle el mundo si lo necesitaba.

–Querida… él sabía cuánto lo querías.

Ella se secó la cara en la camisa de él y farfulló unas disculpas. Él corazón se le alteró bajo esos dedos dubitativos. Esa noche, la cabeza le daba vueltas.

–Eleni, ¿por qué te has quedado en Drakon todos estos años? ¿Tanto querías al rey chiflado?

Él notó que volvía a ponerse rígida y sonrió para sus adentros.

–Por favor, no lo llames así. Su demencia era real y tuvo muchísimas consecuencias.

–¿Y tu madre?

Él, por fin, hizo la pregunta que siempre le había intrigado.

–No quiero hablar de ella.

Él captó el tono defensivo que ella no podía disimular y se encogió de hombros. No conocía los sentimientos dolorosos, pero hasta él podía ver que Eleni escondía el dolor bajo la aceptación de su posición en palacio.

–Cuando Angelina vaya creciendo y me pregunte por su madre, ¿debería mentirle y mantener intactos los recuerdos que tiene o debería contarle la verdad? –preguntó Gabriel en tono despreocupado.

Eleni suspiró y apoyó la cabeza en el hombro de él. Gabriel sabía que ella entendía lo que quería decir, que entendía que Angelina ya sabía, hasta cierto punto, que su madre no le había contado a él la existencia de su hija. Fuese doloroso o no, la niña tendría que vivir con eso el resto de su vida.

No sabía por qué le había apretado las tuercas a Eleni, pero quería que ella se lo contara, quería saberlo todo de su esposa, quería demostrarse a sí mismo que Eleni estaba mejor con Angelina y él, que tenía todo lo que pudiera necesitar en la vida.

–Mi madre era la niñera de Andreas. Al parecer, la reina había estado enferma durante mucho tiempo y ella tuvo una aventura con

mi padre que duró años. Son cosas que he oído en voz baja a los empleados del palacio. Cuando me tuvo, cedió todos los derechos a mi padre y se marchó con un montón de dinero. Es posible que mi padre haya sido manipulador y que, incluso, haya estado chiflado, pero me dio un hogar. Andreas me quería, a su manera, cuando podría haberme odiado y Nikandros siempre me dijo que yo era la buena de todos nosotros. Mi padre y mis hermanos… hicieron que me sintiera querida.

Gabriel, atónito por lo inocente que parecía, la miró detenidamente.

–¿Cómo?

–Me necesitaban. Gracias a las manipulaciones de mi padre, los tres estaban siempre de uñas unos contra otros, y yo era el parachoques.

Eleni lo contestó como si no se hubiese hecho indispensable, como si no fuese parte del entramado de sus vidas. ¿Eso hacía que se sintiera útil y necesitada? ¿Por eso había estado tan dispuesta a casarse con él? ¿Así podía ayudar a Angelina por un lado y a Drakon por otro? ¿Era la solución perfecta porque su corazón ya pertenecía a otro hombre?

–Al final, resultó que solo yo podía manejar a mi padre. Les debo mucho. ¿Cómo iba marcharme? Aquella noche me preguntaste por qué quería escapar de quien era. Llevo a Drakon en la sangre tanto como Andreas o Nik. Aunque Andreas encontrase a un desdichado para que se casara conmigo, ¿puedes imaginarte a quién elegiría?, no habría entendido mi apego a Drakon. Ese hombre solo se casaría como un favor a mis hermanos o como una transacción comercial. Creo que mi padre, a pesar de sus provocaciones despiadadas, hizo muy bien al atarme a Drakon, como lo hizo con mis hermanos.

–¿Y qué pasa con el amor, princesa?

Ella lo miró con los ojos todavía brillantes por las lágrimas.

–¿Qué quieres decir?

–¿No es algo que quieren todas las mujeres?

Ella bajó las pestañas para disimular la expresión.

–Yo, no. Yo… Spiros, mi padre y mi madre me abandonaron… y se me quitaron las ganas, Gabriel –contestó ella con la voz temblorosa y la tensión reflejada en los hombros.

Él contuvo la respiración mientras esperaba. Las palabras de Andreas tenían cada vez más sentido a medida que ella hablaba. Eleni nunca había tenido la oportunidad de elegir quién era, nunca tenido la oportunidad de amarse a sí misma o a otra persona.

–Creo que ya no sé qué es el amor –siguió ella–. De no haber sido por la madre de Nik, por Andreas y por Nikandros, ni siquiera

habría sabido qué era la bondad.

Debería haberlo dejado en ese instante. Remover el pasado no les llevaría a ninguna parte. Él era su presente y su futuro por el bien de Angelina… y tenía que ser egoísta.

Pero, entonces, ¿quién pensaba en el bienestar de Eleni? Estaba claro que nadie lo había hecho nunca. Él empezaba a entender que Nik y Andreas lo habían intentado, empezaba a ver qué era lo que le había llevado a Andreas a hacer de dios entre bambalinas.

Él habló aunque no sabía muy bien los motivos, aunque solo quería llegar a ver en el alma de ella.

–¿Cómo podía una empleada a sueldo tener alguna capacidad de negociación con el rey Theos cuando él se enteró de que estaba esperando un hijo suyo? Todo el mundo conocía su obsesión con su dinastía, su obsesión con la sucesión en la Casa de Drakos. Legítima o no, eras de su sangre y estoy seguro de que no le dio ninguna oportunidad.

–Yo jamás habría renunciado a un hijo mío, bajo ninguna presión –replicó Eleni, aunque con poco convencimiento.

–Era un malnacido despiadado, princesa –insistió él con rabia al acordarse de las palabras de Andreas–. Si te dio un hogar, Eleni, fue por vanidad, para quedar bien y nada más.

–Entonces, nunca sabré lo que ella podría haber querido…

Gabriel la abrazó con más fuerza. Las pequeñas heridas que había acumulado a lo largo de los años, y que se había dicho a sí misma que no tenían importancia, se habían convertido en una herida que ya no podía pasar por alto. Sabía el tipo de hombre que había sido su padre, ¿por qué no se había preguntado nunca cuál había sido la situación de su madre? ¿Por qué no se había cuestionado nunca la condescendencia constante de su padre con ella?

Él le había repetido una y otra vez que le había dado un hogar cuando su madre no la quiso, hasta que su meta en la vida fue complacer a su insoportable padre. Sintió un sudor frío al pensar en todas las veces que él le había recordado que debería estarle agradecida, que se lo debía a él… y a sus hermanos, todas las veces que había dado por supuesto que solo siendo indispensable para su padre y sus hermanos se merecería un sitio en el palacio.

También se acordó de lo furioso que se puso cuando le dijo que quería casarse con Spiros. Solo Andreas pudo contenerlo. Andreas, quien se opuso a lo que habría sido un matrimonio con un hombre que le triplicaba la edad.

Sabía que Andreas lo había intentado, sobre todo, durante los últimos años. Le había dicho, una y otra vez, que se hiciese una vida propia, le había dicho que no les debía nada ni a Nikandros ni

a él y que ya había pagado, multiplicada por mil, la bondad abusiva de su padre. Sin embargo, no podía quitarse de encima la sensación de que ella sola no serviría para nada, de que tenía que demostrar que era una de ellos… y le pasaba lo mismo en todas las relaciones.

Se vio con toda claridad por primera vez y sintió cierto entumecimiento por dentro.

Si se había ofrecido para casarse con Gabriel, había sido solo porque podría ser la madre de Angelina. Le había exigido muchas cosas a él y, sin embargo, había escondido su autoestima detrás del cariño por la niña, se había dicho a sí misma que era inevitable si quería salvar Drakon.

Era el mismo miedo que le atenazaba el corazón cada vez que quería decirle a Gabriel que iban a tener un hijo, que la dejaba sin palabras cuando quería pedirle que la amara como ella lo amaba a él. Era la sensación de ser insignificante cuando veía los pasos que Angelina y Gabriel habían dado para acercarse. Era el miedo que le susurraba al oído que pronto, muy pronto, él ya no la necesitaría, que ella ya no aportaría nada valioso a la relación.

Hundió la cara en el pecho de él y esperó a que se le pasara el pánico, a que se le soltara el nudo que tenía en el estómago. Su olor le pareció embriagador y deseó no volver a salir de entre sus brazos. Sin embargo, no le dijo eso e inclinó la cabeza hacia atrás.

–Gabriel, ¿no me harías el amor?

Captó la sombra de duda en sus ojos antes de que le diera un beso en la sien.

–Princesa, tenemos que hablar de algo.

Eleni se incorporó en su regazo con las manos por dentro de la abertura de la camisa y se encontró con la calidez de su piel y la dureza de sus músculos. Los latidos de su corazón eran como un ancla para su vida y su olor le transmitió la sensación de acierto… Gabriel había conseguido convertirse en el centro de su mundo.

Se inclinó y le besó la clavícula. Sabía a sal y a hombre, era un sabor celestial.

–No, Gabriel… –susurró ella mientras le abría la camisa.

Le recorrió el pecho con los labios y fue bajando por el abdomen hasta que estuvo de rodillas delante de la butaca de él. Le pasó los nudillos por encima del pantalón, por la erección, y un deseo descontrolado se adueñó de ella. Lo miró y vio que esos ojos grises como el acero se oscurecían, que apretaba los dientes y que se agarraba con fuerza a los brazos de la butaca.

La deseaba. Gabriel Márquez, el poderoso magnate inmobiliario, ese hombre impresionante que disimulaba el amor que sentía por su hija con el deber, un hombre que, con palabras ásperas, había conseguido que ella viera lo que podía llegar a ser, ese hombre, la

deseaba.

Le bajó despacio la cremallera y empezó a quitarle los pantalones. Él la agarró de las muñecas y le habló con una voz ronca y gutural.

–Princesa, déjame que te ame. Estás sensible y alterada, no tienes que hacer eso.

Eleni se apartó el pelo de la cara y sonrió.

–No, claro que no tengo que hacerlo, pero quiero hacerlo.

Toda su vida había intentado ser una hija excepcional, una buena hermana, una princesa impecable, una amiga, una generosa donante para la beneficencia, había intentado hacer todo lo que le había parecido que le haría feliz y que acabaría concediéndole un sitio propio. Lo había hecho incluso cuando se había casado con Gabriel por Angelina y por Drakon.

Eso, sin embargo, quería hacerlo por ella misma.

Él soltó el aire lentamente cuando le acarició la erección y fue como un bálsamo para su alma. Fue lamiéndosela de arriba abajo y sintió que se derretía entre los muslos. Él introdujo las manos entre su pelo para llevarle la boca sobre su miembro. Tenía un sabor ardiente y sus gruñidos y obscenidades le producían palpitaciones entre los muslos. En ese momento, en la oscuridad de la noche, en la intimidad de su dormitorio, ese hombre era suyo.

Siguió lamiéndole toda la extensión de la verga, estremeciéndose con su propio deseo, hasta que él la apartó. Cuando la besó en la boca, fue como si se hubiese desatado una tormenta en la habitación, como si quisiera marcarla tanto como ella quería marcarlo a él… como si quisiera poseerla. La mordisqueaba e introducía y sacaba la lengua con un ritmo ancestral. Eleni separó las piernas para dejarle sitio y gritó cuando le restregó el abdomen con la erección.

La deseaba y, por el momento, tendría que conformase con eso. Más tarde, ya elaboraría un plan para conservarlo con nada para ofrecerle aparte de su amor, de sí misma. Eleni Drakos Márquez, princesa de Drakon.

–Eres mía, princesa.

Gabriel lo dijo en un tono tan posesivo que ella se dejó arrastrar. Le bajó las manos por el vestido y le tomó los pezones entre los dedos hasta que arqueó la espalda a merced de su voluntad.

–Dilo.

–Soy tuya, Gabriel –susurró ella sobre su boca antes de que él volviera a besarla.

Cuando la llevó a la cama, cuando le levantó el vestido y entró por detrás sin la delicadeza de todas las veces que habían hecho el amor, Eleni se dejó dominar por la maravillosa sensación de que la

poseyera, se deleitó con la sensación de que podía hacer que perdiera el dominio de sí mismo, de que la necesitara tan acuciantemente.

Se movieron a un ritmo perfecto, como si estuviesen hechos el uno para el otro, y cuando llegaron juntos al clímax, Eleni no sabía dónde empezaba y dónde acababa.

Cuando él se derrumbó encima de ella y la besó en la cabeza, lo miró con una sonrisa sin importarle lo que había visto en sus ojos. Se le amontonaban las palabras en la boca, palabras que quería gritarle al mundo y a él, palabras que también quería que le dijeran a ella, pero, en cambio, lo volcó todo en un beso.

Por el momento, había esperanza y se aferraría a ella con las dos manos.

Capítulo 11

ELLIE! ¡Ellie! ¿Dónde estás?

Eleni se dio la vuelta, dejó de mirarse el leve abultamiento del abdomen en el espejo y se bajó la amplia túnica.

Tenía que contárselo enseguida a Gabriel, pero entre el regreso de Andreas y los preparativos para la coronación, que Mia estuviese en las últimas semanas de embarazo y que Gabriel estaba viajando cada vez más, no había encontrado el momento indicado.

Aunque, mejor dicho, estaba intentado reunir el valor y, entre tanto, estaba complicándolo todo. Además, la creciente tensión entre su marido y Andreas tampoco ayudaba. Cada vez que Gabriel volvía a casa y ella se empeñaba en que todos cenaran juntos, surgía algún conflicto entre ellos.

Como tampoco ayudaba que tuviera sensación de que Gabriel estaba alejándose poco a poco de ella. Todavía se reía con ella, le tomaba el pelo por la devoción que sentía hacia todo lo relativo a Drakon y pasaba el tiempo libre con Angelina y con ella. Todavía hacía el amor con ella, unas veces lo hacía con tanta pasión posesiva y durante tanto tiempo que ella acababa maldiciéndolo y otras, con tanto cariño y delicadeza que volvía a enamorarse de él con locura.

Sin embargo, una especie de tensión flotaba en el aire cuando estaban en la cama y la había agotado completamente, cuando iban a ver a Angelina a una competición ecuestre o cuando estaba de viaje y la llamaba todos los días para ver cómo estaba su hija. Era un distanciamiento infinitesimal, como si tuviese la cabeza en otro sitio o algo así. Siempre se recordaba que el trabajo absorbía toda su atención, que era un patrón exigente, y eso le parecía bien porque ella también tenía muchas cosas que hacer, pero, aun así, notaba el alejamiento… y eso hacía que pospusiera un poco más el momento de contarle la verdad.

Suspiró y se dio la vuelta justo cuando Angelina entraba en su dormitorio. La abrazó con sus bracitos y ella le dio una palmada en la cabeza con el corazón rebosante. Pronto estaría abrazando a un bebé.

–Apestas a cuadra, Angelina –comentó Eleni entre risas.

Angelina, que tenía unos ojos muy parecidos a los de su padre, también sonrió. Le gustaban tanto los caballos que el comentario de Eleni era un piropo para ella.

–He hablado con papá esta mañana y va a volver esta tarde.

–¿Cuándo? –preguntó Eleni con el corazón acelerado.

–Tiene una sorpresa para ti. Me ha dicho que puedo contártelo –la niña estaba tan emocionada que no podía pararse quieta–. Ellie, va a encantarte… –Angelina hinchó el pecho y levantó la barbilla–. Me pidió ayuda y lo hemos elegido juntos.

A esas alturas, la emoción de Eleni no tenía límites. Gabriel había estado colmándola de regalos durante las semanas pasadas. Joyas, ropa exclusiva, una casa en las montañas donde habían pasado un fin de semana esquiando con Angelina, una mansión que estaba proyectando él a unos kilómetros del palacio… Cuando ella se había reído y le había preguntado para qué quería una mansión, él le había contestado que así podría dejar el palacio y vivir lejos de sus detestables hermanos. Los regalos eran interminables y muy caros.

–Sé que no, pero diría que estás intentando comprarme, Gabriel –le había dicho ella con un guiño.

Sin embargo, él no se había reído como hacía siempre que hablaban de su relación y la había mirado con un gesto raro de tensión en la boca.

–Solo me cercioro de que tienes todo lo que puedas querer, princesa.

Había sido el momento perfecto para decirle que solo lo quería a él, que él ya le había dado toda la felicidad del mundo con Angelina y el bebé que estaba esperando, que le había dado la posibilidad de ser ella misma.

Sin embargo, como era una cobarde, solo le había tomado una mano y le había besado la palma.

–Ellie, tienes que ir a verlo…

–¿No querrá dármelo él?

Angelina se rio. Fue un sonido tan chispeante y alegre que Ellie suspiró de felicidad.

–No es algo que él pueda darte así como así y, además, estoy segura de que no le importará que lo veas antes.

–De acuerdo, ya me has intrigado. ¿Dónde está?

–En los establos. Ellie, por favor… ¿puedo ir contigo?

Ella, que sabía que Angelina era como su padre cuando quería salirse con la suya, negó con la cabeza.

–Tu profesor de matemáticas ya ha llegado. ¿Qué te parece que tu padre, tú y yo vayamos a verlo otra vez cuando él esté aquí? –Angelina asintió con la cabeza y ella le dio un beso en la mejilla–. Y

dúchate antes de ver al señor Stephanapolis.

Se le aceleró el corazón mientras se peinaba un poco y se ponía unas zapatillas deportivas. Seguramente, Angelina habría mostrado más compostura que ella en esa situación, pero, en ese momento, le importaba un rábano la compostura.

Cada vez que él se iba de viaje, ella se sentía como si le hubiesen amputado una de las extremidades. Quería pedirle que las llevara a Angelina y a ella, quería decirle que el tiempo que pasaba fuera se le hacía eterno… y también quería decirle que lo amaba con toda su alma aunque estuviese tan taciturno y gruñón como había estado las últimas semanas.

Percibió una especie de silencio nervioso cuando por fin llegó a los establos y se le paró el pulso cuando oyó ruidos en el cajón de Black Shadow. Se apresuró y se apoyó en la pared opuesta cuando le flaquearon las piernas.

El purasangre era alto, más de un metro sesenta de alzada, atlético y con un reluciente pelaje marrón oscuro. Era de una absoluta belleza y perfección, como el hombre que lo había comprado y, como él, era orgulloso y arrogante. Retiró la cabeza cuando ella fue a acercarse. Se moría de ganas por acariciar ese lomo, pero él no le dejaría todavía.

Sería muy nervioso, como sus antepasados árabes, y la bullía la sangre de emoción solo de pensar en domarlo y en establecer un vínculo con él. Cuando lo consiguiera, su lealtad sería absoluta y su amor eterno e incondicional, lo mismo que anhelaba de Gabriel.

No tenía ni idea de cuándo lo había decidido Gabriel ni de cómo se habían escapado Angelina y él sin que ella se diera cuenta. El padre y la hija estaban tendiendo puentes poco a poco.

Lo observó un rato más y salió de los establos. Le dominaba la emoción al pensar en la vuelta de Gabriel. Ese regalo era muy especial porque indicaba que la conocía y que quería verla contenta otra vez aunque él entendía que ella siempre lloraría la pérdida de Black Shadow.

Quería darle las gracias personalmente por un regalo tan extraordinario, por saber qué la haría sonreír otra vez, por preocuparse de ella. Era más de lo que esperaba y también sabía que era más de lo que él se había comprometido a hacer.

Sin embargo, las semanas que habían pasado juntos, aprendiendo pequeñas cosas de él y observando su relación con Angelina, también le había prendido una llama de esperanza.

Ya sabía, en contra de todo lo que decía la prensa siempre que podía, que Gabriel no era de relaciones esporádicas. Sabía que tenía un corazón rebosante de lealtad hacia quienes consideraba suyos. A pesar de la negativa inicial, había aceptado ayudar a Andreas para

que encontrara lo que estaba buscando, fuera lo que fuese. Ninguno de los dos le contaba lo que estaba pasando, pero ella estaba acostumbrada a los secretos de palacio y estaba encantada de concederle esa privacidad a Andreas.

Cuando la madre de Monique, la abuela de Angelina, llamó entre lágrimas para rogar que le dejaran ver a su nieta, ella había contenido la respiración y había esperado. Mentiras aparte, estaba claro que Monique había querido a su hija y la idea de que separaran a Angelina de otra persona que la quería había estado a punto de desgarrarla por dentro.

Sin embargo, ante su pasmo, Gabriel le había pedido consejo, había confiado en que querría lo mejor para Angelina… y también había reconocido, con una emoción que ella no le había visto nunca, que, en el fondo, quería rechazar la petición de esa mujer, que le gustaría alejar a su hija, definitivamente, de la familia de su madre.

No obstante, había acabado escuchando su consejo, que creía que para Angelina era bueno que en su vida hubiese personas que la querían así.

Llevó a la madre de Monique hasta Drakon en su avión privado, pero insistió en que Eleni acompañara a Angelina y su abuela durante la visita de un día a la ciudad. Él, incluso, cenó con ellas esa noche. Ella se dio cuenta de que su marido, por mucho que lo negara, tenía unos sentimientos muy profundos cuando se tratada de las personas a las que quería, aunque también era muy excepcional que alguien llegara a acercarse tanto como para comprobarlo.

¿Alguna vez la consideraría a ella una de esas personas? ¿Alguna vez tendrían algo más aparte de la relación física y la relación con Angelina?

Entonces, vio una sombra que entraba en los establos. Se le aceleró el corazón ante la posibilidad de que fuese Gabriel. Se apartó un mechón de pelo de la cara y salió al pasillo central para ver quién era.

–Hola, Eleni.

Spiros la miraba con el resplandeciente pelo dorado y una sonrisa que le iluminaba el hermoso rostro. Ella se quedó rígida con el corazón a mil por hora. No quería que Gabriel lo encontrara allí, no quería que la frágil tregua que habían logrado saltara por los aires. ¿Se creería que ella no lo había planeado? ¿Entendería que era una conversación que ella tenía que tener? No podía desenmarañar los complicados sentimientos hacia Gabriel si no se despedía del pasado para siempre, no podría volver a confiar en sí misma hasta que no supiera por qué la había abandonado Spiros.

–Hola, Spiros.

Él le tomó las manos y ella sintió una punzada de cercanía. Hubo un tiempo en el que adoraba ese rostro. El pelo rubio, el cuerpo esbelto, la nariz recta… Era como ver a un amigo añorado y querido. Le alegraba que estuviese bien, que no hubiese muerto en un desdichado accidente, como había llegado a temer algunas veces.

–¿Te alegras de verme?

–Yo… No sé qué sentir, Spiros, o qué decir. Me causaste muchos problemas por tu aparición el día de mi boda. Desapareciste sin decir una palabra y volviste a aparecer como si no hubiese pasado nada.

–Lo siento.

Le tomó las mejillas entre las manos y la miró con devoción. Algo se le estremeció por dentro, quizá fuese aquella ingenua de diecinueve años, pero no podía evitar ablandarse al acordarse de que él había sido su única salvación durante aquellos años tan complicados.

Si no se hubiese marchado, si se hubiesen casado… No sabía qué les habría deparado el futuro, pero sí supo de repente, con toda certeza, que Spiros llegaba demasiado tarde, y no solo porque se hubiese entregado a Angelina y Drakon.

–Me costó muchísimo entrar en el palacio y, cuando lo conseguí, te encontré con el vestido de novia e increíblemente guapa. Perdí la cabeza en ese instante. Espero que ese español arrogante no fuese… cruel contigo.

–Gabriel nunca es cruel.

Ella había sabido lo que era la crueldad gracias al rey chiflado. Por muy despiadado que dijera que era, Gabriel dirigía su imperio con mano firme, pero siempre era considerado.

–Spiros, te marchaste hace años. ¿De verdad esperas que no haya cambiado nada, que yo no haya cambiado?

–Pero me esperaste, ¿no? No miraste a otro hombre y no te casaste hasta hace unos meses. Me lo dijo Andreas. Andreas me dijo que me esperaste, que me lloraste…

Eleni se agarró a la pared que tenía detrás al sentir una náusea. Todo lo relativo a su hermano mayor, y el conflicto en el que había estado metido desde que la demencia de su padre había empeorado, era un mal presagio.

–¿Qué tiene que ver Andreas con todo esto?

Todo encajó mientras hacia la pregunta; que Andreas le preguntara por Spiros, una y otra vez, después de la muerte de su padre, que Andreas le preguntara por qué no había pasado página en su vida…

–Él me animó a que volviera. Me preguntó si todavía te amaba y contesté que sí, pero fue demasiado tarde. Cuando vendí mi empresa en Estados Unidos y volví, tú ya te habías casado con él.

Una sombra de desdicha cruzó su rostro angelical y ella se sintió como si hubiese pisado una mina enterrada. ¿Cuándo y cómo había buscado Andreas a Spiros? ¿Era ese el motivo de la tensión entre Andreas y Gabriel? Podía imaginarse la furia de Gabriel por la intervención de Andreas y sintió un miedo que conocía muy bien. No quería perderlos a ninguno de los dos. Era muy típico de Andreas maniobrar entre bambalinas. Iba a estrangular a su hermano mayor.

–Di algo, Eleni.

–¿Por qué te marchaste? –le preguntó ella con rabia producto de la desesperación–. Me preocupé mucho, me imaginé todo tipo de cosas espantosas. ¿No fuiste capaz de decirme a la cara que habíamos terminado, que no me habías amado nunca?

–Te amaba con locura, Eleni. Fue por culpa de tu padre. Él me dijo que no era bastante para ti, que tenía que madurar. Cuando le dije que te escaparías conmigo, amenazó a mi familia. Ya sabes cuánto dependen mi padre y mi familia de la voluntad del rey. Dejé que me convenciera para que esperara, me sentí como si no pudiera ofrecerte nada. Me prometió que, si llegaba lejos, volvería a tenerme en cuenta al cabo de los años, pero con la condición de que no te viera ni me pusiera en contacto contigo. Por eso me marché, Eleni, y… llegué lejos.

Ella sintió como si su corazón hubiese recibido la puntilla.

–Te esperé, pero cuando no llegaste… renuncié a ti. Entonces, al cabo del tiempo, tu familia dijo que te habías marchado a Estados Unidos, que habías conocido a alguien y que te habías olvidado de mí.

–Estoy seguro de que él les obligó a decirlo –Spiros se movió con rabia–. Tu padre… estaba loco. Nunca quiso que te casaras conmigo, nunca quiso que dejaras de estar a su lado, Eleni. Fui un tonto al creerlo.

A ella le temblaron las piernas por la crueldad de su padre. Spiros tenía razón y Gabriel había tenido razón. Su padre había querido retenerla durante toda su vida, como a una empleada sin sueldo, como a una acompañante, para recordarle que le debía todo lo que tenía en la vida. No solo le había arruinado la vida a ella, también se la había arruinado a Spiros.

–¿Por qué has vuelto ahora, Spiros?

Ni siquiera podía reunir rabia contra él, no sentía nada.

–Me enteré de que el rey Theos había muerto y sabía que… seguías esperándome.

Eleni ni siquiera se molestó en corregirlo, aunque iba sintiendo más resentimiento cada vez.

–Como sabes muy bien, ahora soy una mujer casada –se separó de Spiros y, de repente, se sintió inmensamente cansada–. Ya no te amo.

–Pero yo sí te amo, Eleni. Esperaría otros diez años si así te consiguiera.

¿Cómo podía decirle ella que eso no iba a suceder, que debería haberse quedado para enfrentarse a su padre, que no debería haberse dejado llevar por sus inseguridades?

Con lágrimas en los ojos, dejó que la abrazara y sintió una opresión en el pecho por él, por ella y por el futuro que podrían haber tenido de no haber sido por las maquinaciones de un anciano enfermo.

Por su propia cordura, le habría gustado sentir algo por Spiros. Jamás rompería sus votos, pero, al menos, su corazón quedaría a salvo de Gabriel. Sin embargo, aunque Spiros la abrazaba, aunque el hombre al que había amado le prometía amor eterno, ella no sentía nada.

Él no era inmensamente alto; él no tenía unas espaldas anchas y unas caderas estrechas; él no la miraba con unos ojos grises y cautivadores; él no la llamaba «princesa» en un tono burlón y, en cierto sentido, diciéndolo de verdad; él no negaba tener sentimientos; él no protegía con uñas y dientes a quienes consideraba suyos; él no amenazaba a sus poderosos hermanos por, supuestamente, haberla descuidado y a todo el mundo por haberla insultado… sencillamente, él no era Gabriel.

–Ya he hecho mis votos, Spiros –quiso ser delicada con él y aliviar su remordimiento por el amor que sentía hacia Gabriel–. He hecho promesas a una niña y a su padre. No voy a incumplirlas. Lo siento, pero no tenemos ningún porvenir y es posible que no lo hubiésemos tenido nunca.

Spiros frunció el ceño y la agarró con fuerza de los hombros.

–Esto no ha terminado, Eleni. Me niego a renunciar a ti después de todos estos años. Ese español no te ama y no te hará feliz.

Eleni no supo cuánto tiempo se quedó en los establos después de Spiros se hubiese marchado y con sus amenazas retumbándole en los oídos, pero daba igual. Gabriel la había anulado para cualquier otro hombre.

«He hecho unas promesas y no voy a incumplirlas».

Las palabras que le había dicho Eleni a aquel hombre lo persiguieron todo el día. Tenía que haber elegido ese momento para

entrar en los establos y tenía que haber oído precisamente eso y dicho por ella… ¿Alguna vez había pensado que era voluble y tramposa como su madre, Monique o Isabella? En ese momento, le gustaría que lo fuera, que le diera igual todo el mundo menos su propia felicidad.

Sin embargo, no lo era, su esposa era una maldita santa dispuesta a sacrificar su felicidad por las vidas de los demás.

Algo le dijo por dentro que, si renunciaba a la felicidad, era decisión de ella. Esa vocecilla le recordó mucho al hombre arrogante y despiadado que había sido cuando había amenazado con hundir Drakon si una simple mujer no atendía sus deseos.

¡Cuánto deseaba olvidar lo que había visto en los establos!

Había visto el dolor en sus ojos por el porvenir perdido, las lágrimas que le habían caído cuando Spiros le había contado lo que había hecho su padre, cómo se había dejado abrazar, como si no quisiera que la soltara…

Habría dado cualquier cosa por no haberlo visto y por haber podido seguir como había estado desde hacía semanas; disuadiendo a Andreas, haciendo planes para llevarse a Eleni y Angelina de ese maldito palacio, recordándose una y otra vez que Eleni había elegido ese matrimonio y no una idea fantasiosa del amor, que se había entregado plenamente porque lo quería.

Sin embargo, la sombra de ese hombre se había cernido sobre ellos. La idea de que Spiros quisiera un amor eterno y de que él se lo hubiese ocultado a ella se había metido entre ellos como un muro invisible, hasta que el remordimiento lo había apartado de ella.

Eleni se había dado cuenta de todo. Él, más de una vez, había visto que ella titubeaba antes de decirle algo, había visto su expresión dolida cuando no la miraba a los ojos o evitaba estar con ella.

Durante semanas, él había vivido en un limbo; no quería separarse de su mujer, pero tampoco podía vivir con lo que había elegido ella. Sin embargo, en ese momento, cuando había visto su cara y había oído lo que había dicho, le parecía insoportable vivir así ni un minuto más.

¿Así era como se había sentido su padre cuando había vuelto su madre, cuando sabía que ella lloraba al amante que la había abandonado y, aun así, no podía alejarla de él? A él la había parecido una debilidad de su padre.

¿Tanto había amado su padre a su madre? ¿Era eso lo que se sentía al amar a alguien?

Él quería que Eleni fuese feliz por encima de todo. No podía soportar la idea de un porvenir sin ella, pero tampoco podía vivir con ella cuando sabía que su corazón pertenecería siempre a otro

hombre, cuando sabía que él le había robado la felicidad egoístamente.

–Gabriel, ¿cuándo has vuelto?

Se dio la vuelta y vio que Eleni se acercaba a él en la sala. Tenía una sonrisa titubeante y los ojos apagados con restos de lágrimas.

–Hace una hora. Tuve que firmar unos documentos para mi ayudante.

Eleni llegó hasta donde estaba él y lo miró con cautela al darse cuenta de que estaba tenso.

–Yo… He estado esperando para verte.

–¿Por qué? –preguntó él con cierta brusquedad.

Ella le tomó las manos, les dio la vuelta y le besó los nudillos.

–Yo… Yo quería darte las gracias por el regalo –ella suspiró cuando él frunció el ceño–. El purasangre… Angelina se fue de la lengua y el caballo y yo ya somos casi amigos. Ya estoy un poco encariñada con él.

Eleni se puso de puntillas para darle un beso en los labios, pero él se movió en el último momento y acabó dándoselo en la mejilla.

Gabriel asintió con la cabeza y se aclaró la garganta, aunque no sabía qué decirle. Era insoportable ser su marido, robarle esa intimidad, aunque ella se la entregaba deseosamente, cuando, en realidad, podría querer dársela a otro hombre. Le espantaba ese poder que tenía ella sobre él, que hiciera que fuese tan débil, que hiciera que quisiera poner su felicidad en las manos de ella, que hiciera que el futuro sin ella le pareciera un abismo insondable.

Eleni dejó escapar una risa nerviosa para reclamar su atención.

–Gabriel, ¿pasa algo?

–Eleni… ¿has visto otra vez a Spiros?

–Yo… –Eleni parpadeó–. Gabriel…

–Contesta, princesa.

Fue tan tajante que ella dio un respingo, pero asintió con la cabeza y una opresión de miedo en el pecho. Esa mañana, había pensado abrirle su corazón, pero, en ese momento, le daba miedo mirarlo a los ojos y solo encontrar distancia e indiferencia.

–Sí. Hace una hora. Él… Gabriel, era una conversación que teníamos que tener. Yo tenía que verlo por última vez –la rabia se adueñó de ella, pero era un sentimiento mucho mejor que el miedo–. No puedes creer que esté teniendo una aventura con él delante de tus narices. Si lo crees, eres…

–No, te creo, princesa. Lo que quiero saber es si te contó lo que hizo tu padre.

–Sí.

Las lágrimas le empañaron los ojos otra vez, pero no por sí misma. Lloraba por su padre, quien solo había querido controlar y

manipular a sus hijos en vez de amarlos. Lloraba por Spiros, quien era un buen hombre y había sido una marioneta en ese juego.

–Pero tú ya me has hecho dura, Gabriel, ya me has abierto los ojos a lo que él fue.

–Entonces, ¿lo has… superado?

–Todo queda en el pasado, Gabriel. Prometí ser tu esposa y una madre para Angelina. Nunca he incumplido lo que le he prometido a nadie, ni a mi padre ni a Spiros ni Andreas, y, desde luego, no voy a hacerlo ni contigo ni con Angelina, para bien o para mal.

Él no había querido volver a oír esas malditas palabras dichas por ella. Le costaba respirar, como si estuviesen arrancándole una parte de sí mismo, como si ya tuviera un agujero en el pecho.

No podía seguir haciéndolo, no podía vivir con ella cuando sabía que quería a otro hombre, otro porvenir.

–Ya no queda nada en este matrimonio para ninguno de los dos, ¿verdad?

–¿De qué estás hablando?

–Angelina y yo nos entendemos, pero, aun así, te pediría que no pongas fin al matrimonio tan pronto. Mañana me marcharé de Drakon y Angelina se quedará contigo.

Gabriel la habría estrechado entre los brazos si ella hubiese mostrado el más mínimo dolor, la habría mantenido encadenada a su lado, pero su esposa volvía a tener la máscara puesta. Solo la palidez de su rostro indicaba que él había dado por terminado el matrimonio. A Eleni le habían enseñado machaconamente a anteponer las necesidades de los demás a las propias, a mantener la palabra pasara lo que pasase.

Tardaría tiempo, pero ella acabaría entendiendo por qué él tenía que hacer eso, por qué estaba arrancándose el corazón.

–¿Por qué haces esto? –preguntó ella pasándose una mano por el abdomen como si quisiera protegerse–. Gabriel, ni siquiera entiendo lo que estás haciendo.

–Estoy liberándote, princesa, estoy dejando que te marches –él, incapaz de resistirse a tocarla, le tomó la cara entre las manos–. Yo, para empezar, no debería haberte amenazado, y tampoco debería haber aceptado tu contrapropuesta. Ya nos has entregado a Angelina y a mí bastante de tu vida. Eres libre para buscar lo que quieras y a quien quieras, el porvenir que quieras.

–Si esto es obra de Andreas, te juro que lo despedazaré con mis propias manos. No lo hagas, Gabriel, no está bien.

–Sí está bien, princesa, es lo único que está bien. Cuanto más tiempo sigamos con esta farsa, más daño acabaré haciéndote. Dejaré en tus diestras manos que se lo transmitas a Angelina sin hacerle daño. Princesa, como verás, confío plenamente en ti, confío en ti

como no he confiado en nadie en toda mi vida.

Gabriel no esperó a oír lo que tenía que decir ella. Se marchó de la vida de la princesa de Drakon antes de que ella le arrebatara todo lo que tenía.

Capítulo 12

LAS semanas posteriores a la marcha de Gabriel fueron las peores de su vida. Hasta los peores días que había pasado con su padre, cuando estaba iracundo y ella hacía todo lo posible para calmarlo, eran preferibles a la estela de desolación que había dejado Gabriel.

Para todo el mundo y, afortunadamente, para Angelina, nada había cambiado. Había conseguido convencerla de que su padre tardaría unos meses en resolver un asunto urgente, y había dejado la puerta abierta para que pudiera visitarlo cuando quisiera. Si bien no había engañado del todo a Angelina, sí había decidido seguirle el juego, por el momento.

Ella, en cambio, no tenía la misma entereza que la niña. Se había enfrentado a Andreas, le había llamado de todo por haber jugado a ser dios con su vida y había llorado, lo que había provocado una pelea monumental entre Nik y Andreas.

Se había necesitado que Mia, muy embarazada, hubiese intervenido para calmar a los hermanos y ella, al final de todo, tampoco se sentía nada mejor.

Seguía sintiendo que le faltaba una parte vital de sí misma.

Ya estaba embarazada de seis semanas y lo disimulaba con túnicas muy amplias. No se lo había contado a nadie. Gabriel tenía derecho a saberlo el primero y no podía privarle de eso por mucho que la hubiese enfurecido. Llamaba todas las noches para hablar con Angelina mientras ella se quedaba esperando que preguntara por ella y fingiendo ante Angelina que ya había hablado con él. Cuando Spiros intentó consolarla, ella le había pedido que se marchara. Ya le había arruinado bastante la vida por culpa de su padre.

Deseaba con toda su alma contarle a Gabriel que estaba esperando un hijo suyo. Sabía con toda certeza que si había algo que podía hacer que volviera con ella, eso sería la noticia de su embarazo. Si se enteraba de que iba a ser padre otra vez, estaría a su lado.

Sin embargo, no lo quería así. No quería ni su lástima ni su sentido del deber. No quería ser su esposa si no la amaba. No podía

volver a vivir así ni por él.

Gabriel fue a la extensión de terreno que había detrás de los establos y, atónito, se quedó parado.

Eleni estaba montando el enorme purasangre que le había regalado hacía unas semanas. ¿Ya lo había domado?

Se le paró el pulso cuando vio que lo espoleaba hacia un recorrido de obstáculos que no parecía nada fácil. El pulso siguió parado mientras ella saltaba cada obstáculo como si fuera un juego de niños. No se movió de la silla ni una sola vez y tampoco perdió la concentración con la que lo dominaba. El purasangre reaccionaba con tanta prontitud que era caso como si fuesen almas gemelas. Se inclinó más sobre el animal para susurrarle algo al oído y, entonces, a él se le aceleró el pulso a mil por hora cuando Eleni tomó el último obstáculo con una maestría que solo había visto a saltadores profesionales.

Evidentemente, ella dominaba ese circuito de saltos.

El corazón se le apaciguó poco a poco y volvió a preguntarse si ella dejaría de asombrarle alguna vez, si alguna vez dejaría de desearla con esa intensidad devastadora.

Esperar a ver qué hacía ella había sido una tortura. Como había sido una tortura esperar en Barcelona para terminar de lidiar con su madre y las consecuencias de veinte años de distanciamiento después de que su hija, que había sido su espía, le dijera que el amigo de Ellie se había marchado para siempre.

Esperó junto al vallado mientras ella desmontaba y susurraba al oído del animal durante unos minutos que le parecieron interminables. Si no la hubiese visto saltar esos obstáculos, no se lo habría creído en ese momento. El caballo parecía inmenso al lado de ella, que parecía frágil, casi quebradiza, como cuando había estado entre sus brazos.

La siguió a unos pasos de distancia mientras llevaba al caballo a su cajón. Todavía no se había percatado de su presencia, tan absorta estaba atendiendo al animal. Despidió al mozo de cuadras y llenó un comedero con agua y avena.

Se apoyó en el cajón de al lado y cerró los ojos para deleitarse con las palabras, tranquilizadoras y halagüeñas, que le dirigía al animal. Se ocupaba de él con cariño, como hacía con Angelina, y su manera de disfrutar con una tarea tan sencilla impregnaba el aire que los rodeaba.

Pasó casi media hora cepillando el lustroso pelaje del caballo y no paró de decirle lo buen chico que era. El caballo relinchó y le pasó el hocico por la cara, y él volvió a sentir el mismo anhelo de

siempre. ¿Había quedado reducido a sentir celos de un animal?

Su risa retumbó en el establo y le llegó dentro de ese sitio vacío que tenía dentro y que nunca lo había sabido. Algo se le metió ahí, pero no quiso saber qué era.

Cuando ella salió del cajón, él también salió de entre las sombras y se puso delante de ella. El pelo se le había escapado a medias de la trenza, como le pasaba a Angelina. Tenía la piel brillante por el ejercicio y unos mechones pegados a la frente por el sudor.

El pulso que le palpitaba con fuerza en el cuello era el único indicio de que su presencia le afectaba. Llevaba una camisa blanca y pantalones de montar que se le ceñían maravillosamente a las caderas. Una gota de sudor le cayó por el cuello y desapareció entre sus pechos. Sus gemidos durante las noches que habían pasado amándose le resonaron en los oídos. Había sido una revelación en la cama, como en todos lados. Había sido ardiente y dispuesta entre sus brazos mientras él le enseñaba distintos placeres uno detrás de otro.

Sin embargo, él era siempre el que se quedaba sin aliento y su forma de hacer el amor iba más allá de lo físico.

La tentación de su cuerpo y el olor de su excitación despertaron en él un deseo incontenible, pero tomó aire para intentar dominarlo. Se dio cuenta de que no quería hacer daño a esa mujer ni de palabra ni de obra. Necesitaba su calidez, su corazón generoso, su razonamiento retorcido, su eficiencia pragmática…

–Hola, princesa.

Eleni levantó la babilla con un gesto desafiante, pero él ya había captado el atisbo de dolor en sus ojos. Ella lo miró de arriba abajo, con un premeditado interés femenino que le caldeó la sangre, pero que le dejó frío el corazón.

–¿Has venido para proponerme otro acuerdo, Gabriel? Porque tenías razón, ya no puedes ofrecerme nada –hubo algo en su tono que a él le congeló las entrañas–. ¿No has vuelto hasta que tu pequeña espía te ha contado que he despachado a Spiros y que ya no te juegas nada si vuelves?

Él notó que la falta de calidez en sus ojos era como una punzada en su cuerpo.

–Quería que eligieras, princesa.

–No, elegiste por mí otra vez –Eleni se rodeó con sus propios brazos con un gesto que indicaba rechazo a gritos–. Como todos los arrogantes malnacidos que han abundado en mi vida. No has sido mejor que mi padre o Andreas.

Para Gabriel, sus palabras fueron como dardos venenosos.

–Dejarte ha sido lo que más me ha costado en toda mi vida.

–No, Gabriel –replicó ella con lágrimas en los ojos–. Lo que más te habría costado habría sido pelear por mí como he estado haciéndolo yo por ti durante todo este tiempo. Lo que más te habría costado habría sido exponerte, hacerte vulnerable por mí, confiar en mí de corazón. ¡Ni siquiera me diste una oportunidad! Tiraste la toalla en cuanto no te serví.

¿Cómo era posible que no hubiese visto el daño que estaba haciéndole? ¿Tenía razón ella? ¿Había ocultado su miedo y sus vulnerabilidades y había decidido que era lo acertado? ¿Alguna mujer lo había entendido mejor que ella?

–Tienes razón. Yo… Yo me he pasado la vida encalleciéndome, sin confiar en nadie. Cuando te vi con Spiros, cuando te oí decir que yo solo era una promesa para ti, no pude soportarlo. Fue como si mi peor pesadilla se hubiese hecho realidad.

Ella resopló y se secó las lágrimas con brusquedad, como hacía su hija cuando él le hacía daño con su insensibilidad.

–Tu palabra y tu lealtad ya no bastaban, princesa.

–¿Qué quieres decir? ¿Qué necesitas que no te haya dado, Gabriel?

–Tu corazón –contestó él poniéndole una mano en el pecho.

A Eleni le retumbó el corazón de tal manera que Gabriel no pudo decir nada durante unos minutos y ella lo miró con cautela e inseguridad.

–Gabriel…

–Quería tu corazón, Eleni, tu corazón generoso, cariñoso y afable. No quería que fueses mi esposa porque has hecho una promesa, porque Angelina te necesita o porque estás programada para hacer cualquier cosa por este maldito país… o peor todavía, porque fuésemos la única oportunidad que tenías para formar una familia propia. Quería que fueses mi esposa porque tu corazón me pertenecía, porque tenías que estar conmigo, porque no podías pasar ni un día más sin amarme, como no puedo pasarlo yo.

–Gabriel…

Eleni lo susurró con la voz tan quebrada que a él se le aceleró el corazón. Sin embargo, sus ojos también se empañaron con unas lágrimas de furia y él sintió que el miedo le atenazaba las entrañas.

–Princesa –Gabriel lo dijo con tanta delicadeza que las lágrimas de ella cayeron más deprisa–, no puedo devolverte una vida con aquel hombre, pero te amaría con toda mi alma. Te veneraría todos los días de tu vida y te daría todos los hijos que quisieras. Además, intentaría ser el mejor esposo y padre del mundo –Gabriel se arrodilló y apoyó la cabeza en su abdomen–. Eleni, dame una oportunidad y no te arrepentirás jamás.

Eleni también se arrodilló y se arrojó entre sus brazos. Su abrazo

fue una sensación celestial y su olor la envolvió como una manta cálida y segura. Era suyo, era el único sitio donde tenía que estar del mundo. ¿Acaso no lo sabía ese hombre arrogante y cabezota?

–Te amo, Gabriel. Me has conocido mejor que nadie en mi vida. Has hecho que sintiera que tenía importancia, aunque gruñeras por eso. ¿Cómo podías pensar que Spiros me importaba algo después de todo lo que hemos pasado juntos? ¿Por qué no lo hablaste conmigo? ¿Por qué te marchaste de esa manera?

–Tenía que arreglar algunas cosas. Quería… Quería ser un hombre distinto en el caso de que me eligieras. Cosas pospuestas durante demasiado tiempo.

–¿Qué…?

Él se sentó en el suelo y la sentó sobre su regazo con la cara apoyada en el pelo. Sus brazos eran como unas tenazas alrededor de ella. Eleni, exultante de felicidad, esperó. Merecía la pena esperar a ese hombre, su marido.

–Mi madre tenía dieciocho años recién cumplidos cuando su padre concertó su boda con mi padre, a pesar de las quejas de ella. Al parecer, él, que tenía treinta y siete años, el doble que ella, se había enamorado locamente. Nací al cabo de un año y ella… creo que el matrimonio acabó con sus sueños. Se lo reprochó a su padre, a mi padre y luego a mí. Durante toda mi infancia, ella… salía por ahí, iba a fiestas y hacía amistad con hombres desconocidos mientras mi padre la esperaba en casa. Yo lo consideraba un necio. Él le regalaba todo lo que pedía, joyas, ropa, el último modelo de coche… No sé cuándo, pero empezó a llevarme a esas fiestas y clubs. Quizá tuviera remordimientos o quizá me utilizara como escudo ante mi padre, pero lo único que recuerdo son las mentiras que le contaba. En aquella época, a mí me daba igual porque me llevaba a todos lados. Mi madre era una criatura deslumbrante a quien todo el mundo amaba y que resplandecía en todas las fiestas a las que iba. Confiaba en ella, la adoraba y, seguramente, habría matado a mi propio padre si ella me lo hubiese pedido. Hasta que conoció a aquel hombre. Hasta ese momento, yo creía que solo estaba moviéndose en el límite, que quería ver lo lejos que podía llegar sin quebrantar los votos. Sin embargo, se enamoró de aquel pintor y me di cuenta inmediatamente de que estaba cambiando. Le rogué que no lo viera y ella me prometió que jamás me abandonaría, que yo era su hombrecito, el amor de su vida. Entonces, una noche, al amparo de la oscuridad, se fugó con él.

Ella lo abrazó con fuerza y él sonrió a pesar de la opresión que sentía en el pecho cada vez que hablaba de sus padres. Él había querido consolarla, pero ella había vuelto a desarmarlo otra vez.

–Al final, se marchó durante cinco años y, cuando volvió

arrastrándose, estaba embarazada de mi hermana.

–¿Isabella?

–Sí.

–¿Qué hizo tu padre?

–La acogió en contra de todos mis argumentos. La desprecié durante mucho tiempo por haberle hecho tanto daño. Mi padre nunca miró a otra mujer, nunca dejo de amarla. Ella dijo que lamentaba lo que había hecho y que se arrepentía, pero el daño ya estaba hecho y él murió poco después.

–¿Por eso… no te fías de las mujeres?

Él se rio y ella lo abrazó. Nada podría llenar el vacío que sentía cuando pensaba en su padre y la impotencia que había sentido cuando lo veía consumirse con una botella, pero ¿cómo había llegado a pensar que Eleni le haría algo así? ¿Cómo había podido preocuparle entregarse a ella? Era la mujer más leal y generosa que había conocido en su vida.

–No es que no me fíe de las mujeres, querida, es que no quería comprometerme con una. Me prometí a mí mismo que jamás me vería en su posición, que nunca amaría tanto como para perder el instinto de conservación.

–¿Y amar a Angelina…?

–Angelina ha hecho que me lo replantee todo. Por un lado, no puedo creerme que mi madre me abandonara, y creo que ahora lleva el remordimiento grabado en la cara. Sin embargo, por otro lado, sé que Angelina será una mujer, y la idea de que imaginármela con un hombre que le dobla la edad… me da un punto de vista distinto. Mi madre quiso verme durante años. Cuando me enteré de lo que te había hecho tu padre, tu dolor me desgarró por dentro… e hizo que me diera cuenta de lo que tuvo que sentir mi madre cuando la cargaron con un marido que le doblaba la edad y un hijo, atrapada sin escapatoria alguna. Hizo que pensara cómo te habría destrozado una situación así. Podría perdonarle cualquier cosa a Andreas por haber impedido que tu padre te hiciese algo así. Cuando pensé en ti, entendí enseguida lo que tenía que hacer.

–¿Qué…?

–Fui a verla después de tantos años.

–Gabriel… –susurró ella sobre su pecho–. ¿Por qué no me lo dijiste? Me habría gustado estar…

–Estuviste en mi corazón, princesa. Si no, no habría entendido su dolor.

–¿Se alegró de verte?

Él sonrió con una felicidad muy profunda.

–Sí. Va a casarse y me parece que creía que no se lo perdonaría.

–¿Estás enfadado con ella otra vez?

Eleni sentía una punzada en el corazón porque ya sabía que sería porque quería a su madre, que no era ese hombre despiadado que se creía él que era.

–No, no lo estoy. Quería saber algo más sobre ese hombre, pero comprendí que no me correspondía –contestó él con cierto dolor en la voz aunque había dado un paso enorme. Ella sabía que esas heridas tardarían en curarse–. Después de haberla visto, no pude quedarme más tiempo, no pude… seguir sin verte, princesa. Angelina me contó que habías despachado a Spiros y pude respirar tranquilamente por primera vez desde hacía semanas –la miró y le tomó la cara entre las manos–. Te amo, princesa, sin miedo ni reservas. Te amo tanto que no puedo vivir sin ti ni un minuto.

Lo besó con el corazón rebosante de felicidad y se dejó arrastrar por el beso devastador de él. Entonces, de repente, como si fuese algo urgente, se levantó y la levantó con él.

–Eleni, ya sé lo que prometí, pero ahora tengo que pedir algo a nuestro matrimonio.

Ella se rio, se puso de puntillas y le besó las palpitaciones del cuello.

–Lo que quieras, Gabriel.

–Quiero que dejemos el palacio y que tengamos nuestra casa donde quieras, en cualquier parte del mundo menos aquí.

Eleni tragó saliva con cierta perplejidad.

–¿Por lo que hizo Andreas?

–Porque el palacio tiene recuerdos tristes para ti. Hace que no te sientas la impresionante mujer que eres, princesa. Yo te haría feliz, Eleni. Tú y yo con Angelina y todos los hijos que tengamos.

Eleni se rio con una felicidad desbordante en el pecho.

–Eso era antes de que te conociera, Gabriel. Antes… Antes de que me enseñarás qué y quién soy. Antes de que tiraras por tierra todas las ideas preconcebidas que tenía sobre mí misma, pero no puedo marcharme, Gabriel. Por favor, no en este momento.

–¿Por qué, princesa? –le preguntó él tomándole las mejillas con un cariño que hizo que a ella se le encogiera el corazón.

–Ojalá pudiera odiar a Andreas por entrometerse, Gabriel. Fue como mi padre, aunque no tuve valor para decírselo. Sí lo odié cuando creía que no volverías, cuando estaba sola en nuestra cama y te añoraba, pero lo hace con buena intención. Lo hizo porque me quiere. Lo sabes, ¿verdad? Hizo lo que tenía que hacer, pero a su retorcida manera.

Gabriel asintió con la cabeza.

Solo su amor por Eleni y el respeto por todo lo que había logrado Nikandros durante el año anterior habían evitado que

descargara toda su ira sobre Andreas y su querido Drakon por haberse entremetido. Le había pasado algo a Andreas y sintió lástima de la mujer que estaba buscando.

–Andreas hizo que me diera cuenta de que no tenía elección si te amaba. No soportaba que tuviese razón, pero tuve que hacerlo, tuve que marcharme. Aun así, no quiero que estés cerca de su influencia manipuladora, no quiero que juegue con nosotros como si fuésemos marionetas.

–Toda mi vida he sido el parachoques entre mi padre y él, Nik y él, Nik y mi padre –le explicó ella con lágrimas en los ojos–. No podría aguantar no verlo. Si me obligarás a elegir, te elegiría a ti, pero, por favor, no lo hagas. Él… Le pasa algo, Gabriel. Está como poseído. Me necesita, nos necesita.

Gabriel sacudió la cabeza por la asombrosa generosidad de su esposa, por su capacidad de perdonar y olvidar, por su capacidad de amar. Volvió a abrazarla y sus lágrimas lo desarmaron. Gabriel vio una ligera posibilidad para Andreas en ese amor que ella evocaba por su inflexible hermano.

–Andreas no nos necesita, princesa, pero nos quedaremos y nos ocuparemos de él hasta que encuentre lo que necesita, pero ni un solo día más.

La besó en los ojos y dejó que un arrebato de amor y miedo se adueñara de él. Entendía que amar a esa mujer apasionada implicaba que otros podían hacerle daño y aceptar que ella quería a todo el mundo sin reservas. La abrazó con todas sus fuerzas.

–No volveré a compartirte con nadie, princesa. Ni con Andreas ni con Nikandros ni con Drakon, ¿de acuerdo?

–A lo mejor tienes que hacerlo, Gabriel…

–¿Qué? –preguntó él con el ceño fruncido.

Eleni le apartó un mechón de pelo de la frente y contuvo la respiración, le tomó una mano, se la llevó al abdomen y sonrió.

Él la miró varias veces de la cara al vientre hasta que se quedó pasmado.

–¿Cuándo pensabas decírmelo…? –susurró él.

–Cuando hubieses decidido que me amabas, Gabriel –ella le tomó la cara entre las manos y le obligó a mirarla–. Si te lo hubiese contado, habrías tomado las riendas de mi vida, me habrías obligado a ser tu esposa aunque…

–Mi esposa y mi hijo son míos.

–Aunque no me hubieses amado. ¿No lo entiendes? No podía arriesgarme, no podía vivir así otra vez. Te amo, Gabriel, y no te ocultaré nada jamás.

La rabia fue remitiendo poco a poco y le dio un beso.

–Será mejor que cumplas esa promesa, princesa, o te enterarás

de lo bárbaro que puedo llegar a ser.

Eleni se rio. Bárbaro o no, era el hombre que la amaba.

Epílogo

MARIA Drakos Márquez, un bultito diminuto que cabía en la mano de su padre, llegó al mundo siete meses más tarde con un alarido que indicó que no era un ángel apacible.

Tenía un pelo moreno y tupido, unos ojos grises que miraron fijamente a su padre y una boca fruncida, como si se quejara.

El corazón se le había subido a la garganta hacía unas horas, cuando su esposa había empezado a tener dolores. En ese momento, cuando miraba a su hija, le parecía que el corazón no le volvería nunca al pecho.

Esa vida no dejaría nunca de asombrarlo… y todo gracias a su esposa.

Gabriel miró a Eleni con un nudo en las entrañas. Le parecía que no podía haber un día mejor que cada uno que pasaba con su esposa y su hija y, sin embargo, su vida estaba repleta de esos momentos maravillosos.

–Déjame verla, papá –le pidió Angelina tirándole nerviosamente del brazo.

–Tranquila, pequeña.

Se alegraba de que su hija mayor no hubiese dado muestras de que se sintiera marginada o descuidada. En realidad, no sabía bien quién había estado más emocionado por la llegada de la pequeña niña, si él o su hija.

Angelina abrió los ojos maravillada mientras acariciaba con devoción las manitas de su hermana.

–Es muy pequeña, papá. Yo…

Él entendió perfectamente cómo se sentía Angelina. Él se sentía feliz y nervioso porque la felicidad de alguien tan pequeño estaba en sus manos.

Gabriel le entregó el bebé a su propia madre, que tenía los ojos empañados de lágrimas. Angelina también se inclinó hacia el bebé, pero antes abrazó a Eleni y le dio un beso con todas sus fuerzas.

–Te quiero, Ellie.

Gabriel sonrió a sus cuñados, Andreas y Nikandros, que esperaban su turno para ver a la niña. El corazón le retumbó en el pecho cuando Andreas la tomó en brazos y le susurró algo. Sus

manos ligeramente temblorosas se contradecían con el gesto inexpresivo de su rostro y los surcos de las mejillas se le hicieron más profundos mientras miraba detenidamente a su diminuta sobrina.

Gabriel desvió la mirada y tomó aire.

Maria pasó de Andreas a Nik, quien la llevó con la naturalidad de un padre reciente.

Maria podría querer a muchas personas, había muchas personas que se ocuparían de ella. Además, si él metía la pata, su esposa lo corregiría, le enseñaría a querer a ese ser diminuto.

Soltó el aire con todas sus fuerzas.

–Gabriel…

Levantó la mirada al oír la voz ronca de su esposa. Tenía unos mechones de pelo pegados a la frente y ojeras alrededor de los ojos, pero a él nunca le había parecido tan guapa.

–¿Sí, princesa?

Ella le tendió una mano y él la tomó, se la llevó a la boca y le dio un beso en el interior de la muñeca. Ella le agarró la barbilla como si entendiese la importancia de su reacción sentimental a su hija.

Poco a poco, se le fueron secando los ojos. Al ver el gesto inquisitivo de su esposa, se metió en la cama diminuta y la rodeó con un brazo. Los demás se habían marchado de la habitación.

–¿Era tu madre, Gabriel?

A su supereficiente esposa no se le escapaba nada.

–Umm…

–¿Le has pedido que viniera?

–Sí. Yo… –él la besó en el cuello porque necesitaba olerla–. Cuando te pusiste de parto, no pude soportarlo. La llamé y ella se ofreció a montarse en un avión en ese momento. Le mandé mi avión y llegó aquí unos minutos antes de que Maria naciera. Me has traído tanto amor, Eleni, que es muy difícil aferrarse al pasado, al rencor. Es como si en mi corazón solo hubiese sitio para el amor.

–Lo entiendo, Gabriel. Amarte me ha enseñado a amarme a mí misma.

Él le apartó un mechón de pelo y le dio un beso en la frente.

–Te amo, princesa, con toda mi alma.

Ella le tomó una mano y se la besó con los labios temblorosos.

–Gracias por amarme, Gabriel. Gracias por darme dos hijas maravillosas.

–Gracias por formar una familia conmigo, princesa.

Al cabo de unos minutos, se quedó dormida como un tronco. Cuando su madre volvió al cabo de un rato y le devolvió a Maria, él le dio un beso en la mejilla que dijo mucho más que las palabras y

volvió a la cama con el bultito en las manos para esperar a que su esposa se despertara y le diera un beso. Sin embargo, al mirarla, comprendió que iba para largo y suspiró, pero no le importó porque merecía la pena esperar a la princesa de Drakon.